185

ALREVÉS

Los crímenes de los pasos perdidos

SANTIAGO TARÍN



ARCHIVOS DEL CRIMEN

185

ALREVÉS

Los crímenes de los pasos perdidos

SANTIAGO TARÍN



IVOS DEL CRIMEN

ARCH

Nacido en Barcelona en 1959 y licenciado en Ciencias de la Información por la Universidad Autónoma de Barcelona, Santiago Tarín es escritor y periodista; e hijo, hermano, sobrino y cuñado de periodistas. Ha trabajado en Radio Nacional, Radio Barcelona-Cadena Ser, Agencia Efe y los diarios Ya y La Vanguardia, medios en los que ha cubierto temas tan diversos como campañas electorales, política local, atentados terroristas, crónica judicial y de sucesos, visita del Papa, las actividades del crimen organizado en España, la corrupción política, el asesinato del obispo Ellacuría en El Salvador o la guerra de Pablo Escobar y los cárteles de la droga contra el Estado colombiano.

Durante veintiún años fue profesor del máster de periodismo que imparten conjuntamente las universidades Central de Barcelona y Columbia de Nueva York. Durante diez años fue miembro del Equipo de Investigación de La Vanguardia y ha colaborado en medios como TV3, Com Radio, Rac 1 o Historia y Vida; también ha sido jurado del premio Ciutat de Barcelona en su vertiente de historia y asesoró la serie de TV3 La zona fosca.

Es autor de los libros Barcelona, en rosa y negro (2002), Viaje por las mentiras de la historia universal (2007) y En el tsunami catalán (2020).

Vengo a contarles un puñado de historias que no salen en los libros de texto, pero que forman parte de nuestra memoria colectiva. No son mis memorias, pero son memoria y contribuyen a explicar un tiempo, una ciudad y un país. Escriben la contraportada de los relatos históricos, las narraciones de la vida cotidiana en su vertiente más oscura y, al mismo tiempo, nos cuentan cómo éramos, qué vicios teníamos o cómo nos divertíamos. Son la otra cara de una misma moneda.

Les contaré historias de desalmados, de gente sin conciencia, de delincuentes desaparecidos y de truhanes de otras épocas. Algunos están pintados en el blanco y negro, otros ya se definen en color; hay entre ellos personajes peculiares, estafadores poetas, fotógrafos que captaron la esencia de la marginalidad o pillos propios de las mejores comedias.

Entre esta fauna despiadada también hay criminales que lo fueron por azar o por la desdicha de unos momentos inclementes. En ellos anidó la desesperación, la incomprensión, la tristeza, la rabia o el desarraigo.

A algunos los veremos con compasión. Las historias de todos ellos se guardan en un desván invisible, el que tiene el salón de los pasos perdidos de los tribunales de justicia.

Los crímenes de los pasos perdidos

,

Los crímenes de los pasos perdidos

SANTIAGO TARÍN

ALREVÉS
BARCELONA-2025

Primera edición: febrero del 2025

Para Josep Forment, siempre con nosotros

Publicado por:

EDITORIAL ALREVÉS, S.L.

C/ Torrent de l'Olla, 119, Local

08012 Barcelona

info@alreveseditorial.com

www.alreveseditorial.com

© 2025, Santiago Tarín

© de la presente edición, 2025, Editorial Alrevés, S.L.

Ilustración de la portada, Fernando Piñana

Autor representado por Silvia Bastos, S.L. Agencia literaria

ISBN: 978-84-10455-10-8

DL B 22078-2024

Producción del ePub: booqlab

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del «Copyright», la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro, comprendiendo la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Para Sandra

LOS PASOS PERDIDOS

Los pasos perdidos tienen nombre de tango, esa música que según uno de sus profetas es un pensamiento triste que se baila, y en ellos resuenan ecos de conversaciones sobre la condición humana. Los pasos perdidos es el nombre popular del gran salón central del edificio del Palacio de Justicia de Barcelona y tiene un desván invisible, en el que se almacenan miles de historias que se van acumulando año tras año y a veces olvidando hasta que alguien las rescata, las desempolva y las devuelve de una memoria extraviada.

He pasado muchas horas en los pasos perdidos, y no ha sido un tiempo perdido. Vuelvo ahora imaginariamente a la sala de aspecto entre monasterial y palaciego, para buscar esa buhardilla inmaterial. La llave para abrirla era y es la palabra, las charlas que mantuve con jueces, fiscales, abogados, policías, víctimas y delincuentes, donde afloraban los aspectos que no se recogen en los documentos oficiales: la verdadera sustancia del relato, su esencia humana.

Traigo aquí los crímenes de los pasos perdidos: semblanzas de personajes de toda laya, de acontecimientos singulares, de desmanes y prejuicios, de malvados y victimizados. Fueron noticia ayer, son memoria hoy. Tal vez no son los más conocidos, incluso son inesperados, pero todos son singulares por sus circunstancias. Una buena historia no precisa de una pila de cadáveres para ser interesante, sino de protagonistas originales o particularidades que la hacen única. La narración de estos episodios constituye la crónica de sucesos y tribunales, que gira en torno al momento en que la vida de unas personas cambia sin posibilidad de vuelta atrás, lo que es, en resumen, la base de la narrativa; por eso este es uno de los periodismos más literarios que existe. Manuel Ibáñez Escofet, que era director adjunto de La Vanguardia cuando llegué al diario, defendía que el periodista ha de tener una intención literaria; en

pocas secciones se puede desarrollar como en esta, porque más allá de las estrictas reseñas resumidas en fríos escritos oficiales, el reportero ve que cada asunto guarda en su seno varias historias: la de las víctimas, la de los detenidos, la de sus familias, la de los defensores y acusadores. Incluso, a veces, te das de frente con casos en que el victimario es a su vez una víctima de situaciones adversas. No hay reglas estrictas en este mundo y las fronteras están delimitadas por líneas muy finas.

Llamarla crónica negra es una simplificación porque hay muchos matices en este cuadro; tonalidades poco puras, mestizas, nacidas de la mezcla de varios colores. El dato no es la única verdad de la trama y se debe pretender captar toda la gama cromática de la paleta, y por ello hay que ver, que no es lo mismo que mirar, escuchar, que no es sinónimo exacto de oír, y comprender, que no equivale a justificar. Sentado en los bancos de los tribunales o de pie en los pasillos de las comisarías, la tarea del cronista no es juzgar ni acusar, sino explicar. Ese es su trabajo, contar al lector, al oyente o al espectador qué ha pasado y por qué. Al reportero no le compete decirle a su público qué debe pensar, sino darle toda la información posible para que llegue a sus propias conclusiones, lo contrario es fraudulento, tratar a la gente como niños que no pueden razonar e induce a la manipulación. Es innegable que el periodista no viene de Saturno y tendrá sus creencias, ideología y opiniones, pero debe ser lo más honesto posible. El oficio del reportero consiste en relatar: lo otro es cosa de jueces, fiscales, abogados y policías. Hay una gran diferencia en los desempeños y por eso el reportero debe no solo recopilar detalles, sino también comprender qué ha llevado al desenlace, lo cual no implica minimizar la tragedia humana que conlleva el suceso, sino completar una narrativa que ayude a entender lo que ha ocurrido, porque es la forma en que se puede mejorar la sociedad; poniendo de relieve aciertos y fallos o la posible existencia de corrupción, deficiencias o disfunciones en el sistema. No siempre es posible, porque el espacio de los diarios y el tiempo de los informativos en radio y televisión es limitado, o puede que no sea factible llegar al trasfondo de lo ocurrido, pero vale la pena

intentarlo, aunque no se pueda conseguir. Lo fácil es excitar el morbo y contentarse con la sangre derramada o las puñaladas propinadas y el mero entretenimiento, a veces incluso soez, va venciendo a la narración. Ya dio la voz de alarma Ryszard Kapuscinski, el escritor y reportero polaco, quien denunció cómo el espectáculo estaba ganando terreno frente a la realidad. Josep Martí Gómez, que para mí fue el maestro del reportaje y en especial de los temas de sucesos y tribunales y con el que tuve la suerte de compartir redacción y charlas, dejó escrito en su libro de 2016, El oficio más hermoso del mundo, que «a partir de Alcàsser, la información sobre el fenómeno delictivo se salió de madre. Hoy tenemos difícil deslindar lo que hay de crónica rosa y de crónica negra en una información. (…) La responsabilidad de los medios de comunicación en el vertiginoso embrutecimiento de la sociedad es un hecho».

La vida y la narrativa son caminos paralelos que tienen sus límites en cuanto a argumentos esenciales. La teoría literaria los circunscribe a treinta y seis. Jorge Luis Borges decía que solo hay nueve. Ferdinand von Schirach, el abogado alemán que ha publicado estupendos libros sobre los casos que conoció, relató en Crímenes (2009) que cuando empezaba su carrera como letrado intentó convencer a un juez veterano sobre las motivaciones de su cliente, pero este le cortó y le indicó que no perdiera el tiempo, que en los juzgados solo se buscaban dos cosas: semen o dinero. Se aproxima mucho a la realidad, los motivos suelen ser bastante básicos, pero la diferencia estriba en cómo contar la historia, en intentar comprenderla, en captar sus matices.

Con los años, te das cuenta de que la llamada crónica negra es una figura geométrica con muchos ángulos. Hay una víctima principal, pero luego hay muchas otras: las familias, los amigos, incluso los testigos y a veces hasta el propio condenado. El proceso judicial es la construcción de una verdad formal que culmina con la sentencia, necesaria para el funcionamiento de la sociedad, pero no siempre es toda la verdad y a veces ni siquiera es la verdad. En 1992,

Abderrazak Mounib y Ahmed Tommouhi fueron condenados a veinticuatro años de prisión por violación. Siempre negaron que fueran culpables y hubo artículos que defendieron su inocencia, como los de mi compañero de La Vanguardia Domingo Marchena. En 1995 se detuvo por delitos similares a otra persona, Antonio García Carbonell, que era físicamente como un duplicado de Mounib, y el ADN demostró que él había cometido la agresión sexual por la que estaban encarcelados ambos marroquíes. La Guardia Civil emitió un informe exculpatorio y la fiscalía pidió el indulto, que ellos rechazaron porque lo que de verdad querían es que se proclamara su inocencia, no que se les perdonara, que no es lo mismo. El laberinto judicial impidió que se les exonerara. Mounib murió de un infarto en su celda el 30 de abril de 2000 y su compañero de desdicha estuvo quince años privado de libertad. En marzo de 2023, treinta años después, el Tribunal Supremo anuló la condena de la Audiencia de Barcelona, cuando uno ya estaba enterrado y el otro de regreso en su casa, con la pena cumplida. Es una excepción del funcionamiento del sistema, pero las anomalías existen.

Legalidad no siempre equivale a justicia y hay mucho desgarro en la crónica judicial y policial, por la tragedia que suponen los casos y porque a veces los humildes tienen la sensación de que su falta de medios impedirá que sean tratados en los tribunales de la misma forma que los pudientes, lo cual no siempre es así, pero algunas veces, sí. Durante días, en el ascensor de la fiscalía de la Ciutat de la Justícia de Barcelona se pudo leer este grafiti: «Los ricos nunca entran. Los pobres nunca salen». El periodista tiene la obligación de buscar la verdad, pero jamás debe olvidar que la verdad única e indivisible no existe: aquellos que a lo largo de la historia han intentado imponer la suya solo han traído catástrofes. El escritor Salvador Espriu lo explicó de forma poética durante una entrevista en televisión: la verdad es una estrella que se rompe y de la que cada uno tiene un pedazo. Es necesario que el cronista deje los prejuicios en la puerta y conserve las dudas razonables. Más de una vez se saldrá de ver un juicio y se tendrá la impresión de que no se sabe lo que pasó.

Ahora bien, de la misma manera que en la reconstrucción de un suceso aparecen piezas de un puzle que se pretende ensamblar, no se puede negar que, en los juzgados y en las comisarías, el mal hace acto de presencia, incluso de forma ominosa y absoluta; personas que han matado por razones como la envidia, o el ansia de dominar, o por codicia. Hasta hay veces en que el mal es gratuito y se materializa de forma banal, y entonces es difícil hallar una explicación razonable. En octubre de 2004, en uno de los episodios más conocidos de la historia criminal reciente, un hombre llamado Pedro Jiménez asesinó a dos mujeres policías en L'Hospitalet, para luego profanar los cadáveres. No las conocía. Simplemente se topó con una de ellas cuando iba a entrar en la portería de su domicilio, la siguió hasta el piso que compartía con su compañera, vio la oportunidad y lo que vino a continuación está fuera del alcance de la mente de cualquier ser humano común y corriente. ¿Por qué? Porque sí, porque tuvo la posibilidad. Es en estos casos cuando el dolor de parientes y amigos es aún más profundo, porque el ser humano siempre quiere encontrar una justificación a lo ocurrido y, cuando esta no existe, el alma de los allegados a los fallecidos sufre unas laceraciones profundas, irremediables. La banalidad del mal que describió Hannah Arendt en los criminales nazis también anida en determinados delincuentes y hace saltar todas las costuras de nuestra humanidad y raciocinio. Difícilmente se puede superar aquello que no se comprende.

Por los pasos perdidos desfilan horrendos crímenes cometidos por desalmados, pero también todo tipo de casos, que pueden tener hasta una vis cómica. Se ha investigado la muerte de un loro y se ha juzgado a un tipo que retuvo a una prostituta porque consideró que aún le quedaban diez minutos para gozar de su compañía; se ha llevado al banquillo de los acusados a un joven que se negó a soplar un alcoholímetro porque no tenía dientes y a un hombre cuyo perro se escapó y se dio un festín a cuenta del pollo, cuatro gallinas y el pavo de la vecina. Los animales dan mucho de sí en los tribunales: un matrimonio robó nueve cerdos, veintiún pollos y sesenta conejos para sacrificarlos y guardarlos en dos congeladores industriales que

también se agenciaron sin pagar: habían montado un matadero ilegal.

O hay protagonistas surrealistas. Un camello empapeló las farolas del barrio de Sant Roc, en Badalona, con carteles con el siguiente anuncio: «Vendo costo del güeno». En un alarde de marketing directo, señalaba que su campaña iba destinada a «chavales rollaos» y que el precio era veinte euros por barrita de hachís. No hizo falta contratar al detective Poirot para descubrirlo, el muy simple había añadido su nombre, dirección y hasta un plano para quien quisiera comprar su momento de felicidad. En un escrito singular, un preso de la cárcel de Logroño impugnó ante el ayuntamiento de la capital riojana una multa que le habían puesto a su coche por estar mal estacionado, arguyendo unas razones bien excéntricas. El recluso detallaba que la sanción, a su parecer, injusta, se la habían endosado a las diez y diez de la mañana, pero que a las nueve menos cuarto había asaltado una sucursal de Ibercaja «con la intención de hacer mío cuanto dinero encontrara en su interior». Diez minutos después salió a la carrera y se subió a su vehículo, pero fue interceptado por un agente de la Guardia Civil. Tuvo que dejar allí su automóvil y una hora después lo multaron por obstruir el tráfico. El sujeto argumentó que no tenía responsabilidad en el abandono de su Citroën en un cruce y que era inicuo multarle por ello, porque no se fue de allí porque quiso, sino porque le obligaron. Vaya por Dios. En su peculiar ética podía asumir su responsabilidad en un atraco, pero no una multa de aparcamiento. La verdad, hoy las redes sociales son menos entrañables.

También te das de frente con escenas que si se vieran en una película, el público ensalzaría la imaginación de los guionistas, pero es que la ficción se fundamenta en la realidad. Un atracador se libró de la cárcel porque tenía un hermano gemelo y en la rueda de reconocimiento su abogado puso a los dos. Las víctimas no pudieron distinguir a uno del otro. A la calle. Meses después, el hermano redentor cayó porque formaba parte de una banda que asaltaba

bancos, que la Policía no lograba identificar pero que finalmente fueron capturados in fraganti. Debía de ser cosa de familia.

Y encuentras en los pasos perdidos a personajes que urden una vida que no existe. En febrero de 1986, la Policía detuvo a Daniel, de veintiocho años, porque había robado de la biblioteca de la Facultad de Medicina de Barcelona quinientos setenta y cinco libros y ciento ochenta y tres revistas especializadas. Hijo de una familia humilde —su padre, jubilado y su madre, dedicada a la limpieza de casas ajenas—, dijo a sus progenitores que estudiaba en esa facultad, lo cual era una invención, porque ni siquiera tenía el graduado escolar ni superó las pruebas de acceso a la universidad para mayores de veinticinco años, lo que no le impidió hacerse pasar por catedrático para firmar un contrato de trabajo para el hijo de una conocida.

Pero no siempre las cosas son simpáticas. Los profesionales que se dedican al derecho penal tienen un trabajo diferente al de otros colegas suyos, porque lidian a diario con asuntos que afectan directamente a lo más íntimo de las personas, incluso a la vida o la muerte; no son simplemente números o declaraciones de Hacienda. Por mucho que no quieran llevarse el trabajo a casa al terminar el día, a veces no es posible. Una abogada amiga mía recibió a una mujer que quería denunciar a su pareja por maltratarla. Al día siguiente quedaron en el juzgado para formalizar la acusación, pero la víctima no aparecía. Comenzó a llamarla por teléfono, sin respuesta. Horas después supo que, mientras la llamaba, el hombre la estaba estrangulando en la casa, hasta arrebatarle la vida. No hay manera de pasar página de algo así.

De la misma manera que una víctima va a un abogado, al juzgado o a una comisaría, al periódico acudían gentes para contar sus cuitas en busca de que un periodista aliviara sus pesares. Había de todo, incluso chalados, pero había que oírlos, separar el grano de la paja, porque entre ellos hay quien merece atención y relata algo interesante que escribir. No todos, es cierto. Un día salí a atender a alguien que pedía hablar con un reportero y me encontré en el

vestíbulo con un personaje que iba por la Rambla vestido de Jesucristo, anunciando el inmediato fin del mundo debido a los pecados de los hombres. Discretamente, le obvié y le pedí al conserje que le comunicara que estábamos muy ocupados. Hace muchos años y el Apocalipsis profetizado no ha llegado, aunque pecados no faltan. Pero hay quien sí debe ser escuchado y no poder ayudarlos es el peor de los momentos. Los artículos no escritos son los que más te duelen. Yo tengo varios, pero dos los tengo clavados en el corazón.

Se llamaba José y un día vino a verme porque alguien, no me dijo quién, le había dicho que yo podía ayudarle. Era ya mayor, alto, canoso y muy educado. Me contó que su padre era un obrero cuando estalló la guerra civil y que en los primeros meses de la contienda una mañana se marchó a trabajar y no regresó jamás. Creía que lo había secuestrado un piquete anarquista y no quería morirse sin saber qué fue de él. Le dije que era muy difícil averiguar qué había pasado. Lo intenté. Hice gestiones. No hallé nada. Asistí a una jornada sobre la localización de fosas clandestinas y hablé con los encargados de la recuperación de los cadáveres. Les detallé qué estaba buscando y me dijeron que no había manera de averiguarlo. Cité a José en el periódico y le expliqué que no descubrí nada, me disculpé por no poder encontrar a su padre. Se despidió y se marchó tan abatido que no sabía qué hacer, pero nunca se ha ido de mi memoria. Tiempo después leí un libro donde un miembro de las llamadas patrullas de control confesaba cómo las víctimas que secuestraban en sus razias eran asesinadas y los cuerpos incinerados en una cementera a las afueras de Barcelona. Quizás ese fue el final del padre de José.

Otra noche salí a atender a una persona que solicitaba hablar con un periodista. Vestido con traje y corbata, de mediana estatura, complexión fuerte, moreno, con gafas tintadas, bigote y barba y marcado acento, explicó que era un fiscal antidroga mexicano que había huido por estar amenazado por un cártel y estaba refugiado en España, pero ya no podía seguir así y tenía que volver a su país

donde estaba su esposa y sus hijas, aunque sabía que lo más posible es que lo mataran. Quería que si, finalmente, lo asesinaban, se supiera que había pasado. Cuando mencionó a su familia se echó a llorar. Fue demoledor ver derrumbarse así a un hombre hecho y derecho, que afrontó peligros para salvaguardar su integridad. Al día siguiente se lo comenté a un jefe, pero respondió que no le interesaba el artículo. Me quedé tan anonadado que no supe qué objetar. No he sabido más de él, ni si el final fue el que presagiaba.

Si tuviera que confesarme, reconocería que estos son mis dos pecados periodísticos que quizás no he expiado: dos artículos no publicados. Se me han olvidado muchas cosas, pero estas dos, no. No fue culpa mía, pero me siento en deuda. Un abogado buen amigo mío me riñó cariñosamente durante una comida porque estaba obcecado con un artículo que no podía culminar y que se refería a una persona humilde que no hallaba reparación al daño sufrido: me dijo que no se pueden asumir como propios los pecados del mundo y que es preciso tomar cierta distancia con los asuntos, porque si no el horizonte es caer enfermo.

Pasean por los pasos perdidos la memoria de personajes singulares, de tramposos simpáticos, de estafadores que fueron estafados en su avaricia, de forajidos que crearon una leyenda, de peculiares supervivientes que su día a día no tiene más porvenir que el momento. Ellos conviven con auténticos malvados, gentes sin escrúpulos, y todos juntos forjan la historia cotidiana que explica mucho de lo que somos como sociedad. Se ven allí muchas tragedias y en ocasiones es necesario el humor para sobrellevarlo. No hay sentido del humor más negro que el de un médico o de un abogado, que hora tras hora lidian con actos inhumanos y situaciones a vida y muerte.

Pero sí es posible otra mirada, por muy terribles que fueran las cosas que contar. En primer lugar, porque lo trascendente es la historia, no quien la cuenta; y, en segundo, porque es necesario observar con dosis de misericordia, que bastante tienen ya quienes se han visto

involucrados, ya sea como víctimas o como acusados. Martí Gómez dijo en su libro que «el relato me lo daban ellos. Yo solo ponía unas gotas de piedad».

El desván de los pasos perdidos no es solamente un contenedor de la marginalidad. Cuando rescatas del olvido esos episodios te das cuenta de que no solo es crónica negra, sino también la otra cara de la historia oficial, la que completa la descripción de la sociedad en un momento. Nos muestra cómo éramos, de qué forma nos divertíamos, cómo se aparecía la avaricia, o las bajas pasiones, o los vicios o las bondades. De la misma manera que los sumarios describen personas y delitos pretéritos, observamos por medio de ellos, como si fuera un telescopio que atisba el pasado, la ciudad y su evolución. Al igual que la ciudad de mis padres ha desaparecido en la niebla del pasado, la que yo viví en los años ochenta y noventa está difuminándose para dar paso a otra, con sus virtudes y sus prejuicios. Barcelona siempre ha sido una ciudad con diversas capas de desigualdades y promesa de prosperidad para quienes no la tienen allí donde nacieron. Antes acudían a ella gentes de todos los puntos de España; hoy la ciudadanía está compuesta por razas, acentos, lenguas y creencias diversas, y así queda reflejado en las comisarías y en las salas de justicia. No es bueno ni malo: es así. Quien escriba sobre la Barcelona de finales del siglo xxi ya describirá una metrópoli muy distinta a la de 2024.

Las historias estaban ahí, en los pasos perdidos, solo hacía falta ir a buscarlas. Y cuando recoges una, entablas una relación con ella, la cuidas, quieres saber más, entenderla; la mimas hasta que tu trabajo lo encuentra otra persona, continuando esa cadena que es la memoria, el antídoto del olvido. El desván de los pasos perdidos almacena muchas historias. Todas las que cuento aquí las he conocido directamente por mi oficio de periodista, excepto la de el Mula, que era de mi padre y en la que me sumergí tras descubrirla. Una anotación: los nombres que figuran en los capítulos dedicados a los atracadores y a los quinquis son reales, como son verdaderas las identidades de Enrique Sánchez Roldán, Hernando Toro, Juan Carlos

Firpo, Manuel Delgado Villegas o Samuel Yaw, pero es ficticia la de Matías, para no hacer hincapié en quien fue acusado de matar a Samuel, que fue declarado inocente. En otros capítulos he usado también identificaciones falsas o simplemente nombres de pila, porque se trata de personas que han rehecho su vida, han cumplido condena o son sucesos muy traumáticos para los allegados de las víctimas o victimarios. Todas estas historias se guardan en esta habitación invisible. Allí están los hechos más conocidos del gran público, asesinos sangrientos, violadores inclementes, corruptos sin conciencia, esos donde ese mal se puede ver a poca distancia, oírlo y estremecerse; pero hay muchas otras: gentes que escogieron carreteras llenas de curvas, atajos imposibles o tartufos que fingen lo que no son. El juicio es como una obra de teatro, pero donde todo lo que se representa es verídico y tiene la característica de que apela a nuestros sentimientos y miedos; es fácil pensar que uno podría verse involucrado por azar en un episodio como el que está viendo, una cosa que raramente se creerá al leer la referencia del consejo de administración de un gran banco. Esto explica el interés que despierta la crónica judicial y que, hace años, antes de la difusión de los programas de televisión y las redes sociales, era frecuente ver público en las salas de vistas, personas que iban a contemplar el drama ocurrido en la vida real. En fotos antiguas se ven colas ante el Palacio de Justicia para asistir al juicio de un caso famoso, como quien va a un concierto de los Rolling Stones o a un estreno en el cine. Durante años, unos jubilados no se perdían una sesión interesante en lugar de jugar a la petanca o ir a ver obras. El máximo exponente de este grupo era un personaje entrañable conocido de todos los periodistas, el señor Andreu, y hay que decir que apreciado por jueces, fiscales, funcionarios y reporteros. En jornadas donde puede que creyeras que no había nada interesante que echarse a la libreta, él intuía en qué sitio encontrar algo que contar. Y, además, era como un comentarista experto, porque sin haber estudiado ni una palabra de derecho, su experiencia como espectador en las salas le hacía augurar con acierto el desenlace. Si hubiera existido una casa de apuestas sobre juicios como hay en el

fútbol, se hubiera forrado. Él decía que iba a la Audiencia porque siempre aprendía algo.

El reparto de lo que se ve en los tribunales y en las comisarías es tan variado como cualquier película coral: granujas de medio pelo, villanos inicuos, malandrines que podrían convencerte de que eran santos varones, corruptos arrogantes, asesinos sin conciencia y víctimas, muchas víctimas que merecían esas gotas de piedad que derramaba Martí Gómez, el maestro que lo era sin quererlo, porque no necesitaba dar consejos a quien se quisiera fijar en cómo hacer las cosas. Todos conviven en esa buhardilla donde se guarda la memoria, y, de vez en cuando, vuelven a la vida, como en estas páginas. La mayoría son crónicas de perdedores: los tangos de los pasos perdidos.

PENA DE MUERTE, PENA DE VIDA

El epitafio es una foto. En blanco y negro. Los dos tonos antónimos expresan dramáticamente un instante, un presente, pero también un pasado y un futuro que no se podrán describir en color. Solo los definen el blanco y negro. La foto forma parte de mi herencia, porque los hijos de los periodistas heredamos historias, que son retales de tiempos pretéritos que nos cuentan cómo era el país de nuestros padres y nuestros abuelos. Yo heredé muchas fotos y muchas historias. Esta es una de ellas.

A pie de calle el frío es soportable, atrás ha quedado el temporal que dejó el país cubierto de hielo y nieve, pero el sótano es húmedo y huele a humanidad. La luz de las lámparas es mortecina y triste, como si fuera un reflejo más de la pesadumbre de los inquilinos; la constatación de que el futuro inmediato será una penitencia. No hay alegría en este lugar; nada reconforta. El fotógrafo espera el momento de iniciar su trabajo en el edificio de la Vía Layetana de Barcelona, sede de la Jefatura Superior de Policía. Arriba están los grupos de investigación, en el piso inferior, bajo el nivel de la acera, los calabozos, dispuestos en una hilera. Hoy es 17 de febrero de 1954. Es una de las noticias del día, más allá de las notas oficiales que inundan los periódicos. El fotógrafo apresta su cámara y se sitúa frente a una celda, esperando el momento de captar la imagen que su diario necesita. Pega el ojo al visor y ante él aparece la escena. Abren la reja y sacan del cubículo a un hombre joven, que ocupa el primer plano del encuadre. Está esposado y luce un aparatoso vendaje en la cabeza, además de un ojo amoratado. Viste con prendas toscas, una chaqueta basta sobre una camiseta. A su lado izquierdo, un policía uniformado, con correajes y pistola, le sostiene el brazo. El hombre se deja conducir, mansamente; está como ido. Otro agente está tras él, con gafas oscuras y sonriente. Cuatro hombres más, con americana y corbata, completan la composición

en diferentes planos posteriores. Todos miran a cámara, todos, menos dos: uno es el detenido; el segundo, el más alto de todos, es un reportero.

El fotógrafo aprieta el disparador, refulge el flash. Atrapa los pasos vacilantes, los que le van a conducir al patíbulo. Él debe saberlo. Los que le rodean deben saberlo. Difícil escapar entonces a ese destino con dos muertes en el bolsillo; una, la de un agente de Policía. El hombre alto, con sombrero, lo mira con tristeza. No debe de tener muchas dudas sobre el final, porque otros asesinatos se han resuelto de la misma manera: con el garrote vil. El hombre alto odia la pena de muerte, porque sobre él mismo pesaron dos durante la guerra civil y se salvó en el último momento, por un tecnicismo: al ser condenado era menor de edad, y no se podía quitar la vida a un menor de edad. Qué cosas. Ese hombre alto con sombrero, el de la mirada triste, era mi padre, Manuel Tarín Iglesias, entonces reportero de sucesos. Mi padre guardó esta foto y en el reverso dejó escritas dos palabras: «el Mula».

Enrique Sánchez Roldán. Ese era su verdadero nombre. Quién sabe si su alias se debía a su fuerza física o a su obcecación. Fue un delincuente de rapiñas exiguas y motivaciones incomprensibles para el siglo xxi. Un ladrón criado en la miseria, que robó conejos, aparatos de radio, botellas de bebidas alcohólicas o puros; unos delitos de subsistencia para olvidar por un rato cómo vivía, haciéndolo de la única manera que sabía, quitándoselo a otros, por lo que fue a dar con sus huesos a prisión. Al cumplir su última condena por esos misérrimos latrocinios se sumergió en un torbellino en el que, en días, mató a un policía armado (entonces se llamaban así) y a un taxista. En cuarenta y cuatro días, Enrique Sánchez Roldán fue capturado, juzgado y ejecutado a garrote vil. Seguro que hay otras biografías tan trágicas como esta en aquel país que hoy parece tan lejano, incluso desaparecido de la memoria colectiva de las generaciones actuales, pero difícilmente más absurdas y propias del cine neorrealista italiano, que, por cierto, nació en esos años.

Cada foto tiene una historia, dijo el fotógrafo Hernando Toro, pero las fotos también capturan un tiempo. Son unos años donde comienza a asomarse un cambio en el aislacionismo de España y se difunde la tesis oficial de que la economía del país empezaba a mejorar, pero la época del Mula es un periodo de precariedad, de privaciones y de delitos definitorios de las carencias de una época gris. Solo hace falta repasar sus rapacerías: conejos, radios, puros, bebidas. Cuando el fotógrafo apretó el disparador, en la cámara quedó para siempre no solo el motivo central de la imagen, sino también la sustancia de unos años, con sus claroscuros, sus emociones y su memoria. En los diarios se publicaban ecos de sociedad como bailes de gala en mansiones o peticiones de mano de familias de postín, y locales de lujo proporcionaban diversión a quien pudiera pagarlo, pero la foto gritaba penurias y estrecheces de otra parte de la población, que solo se pueden reflejar en blanco y negro; dos tonos a los que el paso de las décadas añadió una pátina sepia que la hace aún más expresiva; nos retrotrae a un país que aún tenía muy presente en la memoria la autarquía y en el que la cartilla de racionamiento se había eliminado tan solo dos años antes. Es necesario conocer el contexto para entenderla más. La fotografía puede verse en el periódico La Prensa, acompañada de la reproducción de su ficha policial en la que se muestra de frente y de perfil a un joven de labios finos, mandíbula recia, abundante mata de pelo y cuello poderoso. La imagen de él magullado una vez detenido también se publicó, aunque recortada, en la página 12 de la edición de La Vanguardia del 18 de febrero de 1954. El antetítulo del artículo es: «Importante servicio de la policía». Luego, el título reza «Captura del asesino de un taxista y un policía armado», que se complementa con el siguiente subtítulo: «En colaboración con otros maleantes, también detenidos, Enrique Sánchez Roldán había ejecutado numerosas fechorías». En la misma edición de La Vanguardia que daba cuenta del arresto del Mula, la portada estaba ocupada por tres fotos. En la principal aparecía Francisco Franco en los actos conmemorativos de la creación del cuerpo de Ingenieros de Minas. El dictador era una presencia recurrente en las primeras páginas de los diarios. Las otras dos estaban dedicadas a un

convenio entre el ayuntamiento y los Ferrocarriles de Sarrià a Barcelona (así se llamaban entonces) y a la visita del delegado nacional de Deportes a las oficinas de la organización del campeonato del mundo de hockey patines que se tenían que celebrar en Barcelona en mayo y junio (y que ganaría España). En la imagen puede verse a un joven Juan Antonio Samaranch, vinculado a este deporte. Los rotativos reflejaban mucha vida pública, pero poca cotidianidad de la gente, que pasaba muchos apuros. En aquella edición escribía Noel Clarasó, se publicitaban las pistolas Astra «mundialmente apreciadas», se daba cuenta de los rumores sobre un armisticio en la guerra de Indochina (entre Francia y Vietnam) y los almacenes El Siglo anunciaban a bombo y platillo su mes blanco para el bebé, en el que un pijama de franela costaba cincuenta y seis pesetas con sesenta céntimos (0,34 euros) y unos zapatitos de lana, siete (0,04 euros). Unos precios que no se parecen ni por asomo a los de 2024, que dan idea del sacrificio que representaba para muchos comprar y que muestran las enormes diferencias entre la sociedad de entonces y la de ahora.

Enrique Sánchez Roldán nació en Alés, en la región de Occitania, Francia, el 23 de septiembre de 1925. Su padre llevó a los suyos allí porque había trabajo en las minas de la zona. Eran cinco hermanos, una de las cuales emigró a Nueva York para trabajar como «artista de varietés», según cuentan los documentos oficiales. Él era el de en medio: había dos mayores y dos menores. Cuando tenía un año, la familia volvió a España y se afincó primero en Esplugues de Llobregat y luego en L'Hospitalet de Llobregat.

Hombre rudo y sin remilgos, de escasa formación, que se libró del servicio militar por ser su padre sexagenario, practicó el boxeo y su escuela fue la calle y la delincuencia. Sus contados intentos por tener un oficio siempre fueron interrumpidos por detenciones provocadas por sus delitos. Entre la marginalidad y el trabajo, siempre se decantó por el hampa. A muy temprana edad, a los quince años, lo admitieron en Altos Hornos de Cataluña, ocupación que perdió por un arresto. Tras cumplir condena lo contrataron como

peón de albañil. Llevaba nueve meses en libertad cuando cayó de nuevo en manos de la Policía, porque le había robado el dinero a una anciana. Otra vez sin empleo. La única actividad que desempeñó repetidamente fue la de ladrón. Su carrera de fuera de la ley empezó bien temprano, con pequeños hurtos a los catorce años. Cuando tenía diecisiete, saltó la tapia de una casa y se llevó tres conejos que valían setenta y cinco pesetas (menos de medio euro). Días después lo volvió a intentar y pretendió llevarse seis, pero fue sorprendido y llevado ante el Tribunal Tutelar de Menores, que le impuso cinco meses de arresto.

El correccional no cambió nada y sus encontronazos con los jueces fueron continuos. El 24 de noviembre de 1944 fue condenado a dos años, cuatro meses y un día por robo, perpetrado al entrar en una casa de L'Hospitalet y llevarse trescientas pesetas (menos de dos euros), una gabardina, un abrigo, un par de zapatos para niña, un reloj y dos tarjetas para fumador. El 27 de enero de 1950, por el mismo apartado del Código Penal, se le impusieron seis años y un día, debido a que, en compañía de un cómplice, que tenía el oficio de alpargatero, cometió dos rapiñas; en la primera, en la noche del 15 al 16 de noviembre de 1947, quitaron el cristal de un bar sito en la rambla Justo Oliveras de L'Hospitalet, accedieron al local y se llevaron un aparato de radio, puros y botellas por valor de 1.946 pesetas (menos de doce euros), amén de cincuenta pesetas en efectivo (0,30 euros). La misma noche, saltando por el terrado, entraron en un domicilio de la entonces calle del Generalísimo Franco (hoy Prat de la Riba) de la misma ciudad y se hicieron con ropa tasada en ciento veinticinco pesetas (0,75 euros). El importe era significativo para esos tiempos, pero también lo es que la Justicia y el sistema penitenciario no eran clementes. Enrique Sánchez Roldán, alias el Mula, fue enviado al penal de Ocaña, en Toledo; un lugar con una historia sangrienta durante la guerra civil, destino posterior de vencidos en la contienda y cuyas celdas conoció el poeta Miguel Hernández.

Tres años estuvo el Mula en Ocaña. Quedó en libertad justo el día en que cumplía veintiocho años, el 23 de septiembre de 1953. Sin conocidos en la zona y sin recursos, sus pasos lo devolvieron al lugar familiar, a casa de sus padres en L'Hospitalet. El penal no lo reformó, no era un hombre reflexivo ni capaz del arrepentimiento. Enseguida se metió en más líos, para empezar amorosos. Protagonizó un triángulo para arrebatarle la esposa a un hermano. Antes de ir a parar a la cárcel, Enrique salía con una chica llamada María, que mientras él cumplía condena se había casado con uno de sus hermanos. Este sospechó que ambos habían reanudado su relación tras la reaparición del Mula, de manera que un día fingió irse a trabajar para regresar de improviso, encontrando a la pareja en la cama. El marido burlado echó a la mujer del domicilio y ella, su hijo de dos años y Enrique se instalaron en el piso de los padres del Mula, en la calle Llobregat.

Seguimos en blanco y negro, en el neorrealismo, en la patria de los abandonados de la suerte. Para llegar a fin de mes, los padres del Mula han realquilado una habitación de su casa, que ocupa un matrimonio con sus cuatro hijos. Ahora, con el regreso de Enrique, que además ha traído a María y a su hijo, una modesta vivienda será compartida por once personas; una muestra más de la dureza de los tiempos. No habrá color en la vida de Enrique Sánchez Roldán, un expresidiario sin trabajo, sin dinero, morando en una casa que no es suya con diez personas más y siendo responsable de una pareja y del hijo de su hermano. El presente es gris, pero no habrá arcoíris en el futuro. No es un hombre instruido, no tiene buen carácter y ha crecido subsistiendo a base de robos. Nunca se planteó en serio buscar un empleo para salir adelante, y no lo hará ahora, cuando en las Navidades de 1953 Enrique Sánchez Roldán se precipitó a una alocada espiral de violencia, que se inició la noche de fin de año en un descampado del barrio de Les Corts.

Día 31 de diciembre de 1953. La ciudad padece una ola de frío incluso con aguanieve. El termómetro no sube de los cinco grados a las horas de más sol. Se acaba el año. Los diarios desparraman

júbilo festivo y optimismo en sus páginas. Frases de la sección Crónica de la Jornada de la sección local de La Vanguardia: «Barcelona se encuentra en estos días, y lo estará particularmente en las últimas horas del día de hoy, deslumbrante de luz, de bullicio, de optimismo. Se advierten en todas partes los preparativos de una velada resplandeciente, en la que se dará suelta a la alegría y al fausto». No será así para todo el mundo. Enrique y María salen del piso de L'Hospitalet y caminan hasta el barrio barcelonés de Les Corts, buscando un rincón para la intimidad que no encontraban en la vivienda. En aquel momento, Les Corts era muy distinto a la actualidad. Había aún pequeñas casas de campo, otras construcciones precarias, solares sin edificar y se estaba empezando a levantar el estadio del Barça. Enrique y María se estiran en un descampado dedicados el uno al otro cuando les requiere un policía armado de la agrupación de Tráfico, Clemente López Vela, que les pide la documentación. Como quiera que la pareja responde que no la lleva, los conmina a ir los tres a su domicilio para comprobar su identidad. María se azora. ¿Qué pasará cuando el policía se dé cuenta de que no están casados? Es más, está casada con otro hombre, del que tiene un hijo. ¿Le quitarán al niño por llevar una vida reprobable para las normas de la época? Lanza sus temores a Enrique. No habían andado mucho cuando el Mula, que se había rezagado con el pretexto de orinar, agarra un ladrillo y da muerte al agente a golpes en la cabeza, quedándose con su pistola reglamentaria.

A la mañana siguiente, el 1 de enero, es viernes y festivo. Los que se llaman Manuel celebran su santo y los inspectores de guardia en la comisaría de L'Hospitalet oyen por la radio que ha fallecido José Millán Astray, el fundador de la Legión. Luto nacional. Tendrán que lucir una banda negra sobre el brazo del abrigo. Un hombre se presenta en la puerta. Dice a los agentes que vive en una barraca en Les Corts, que ha salido a pasear y que ha descubierto un cadáver. Van a comprobarlo y hallan el cuerpo de Clemente López Vela. No hay testigos ni una pista que indiquen qué ha pasado. Un crimen inexplicable. Caso abierto a la espera de más datos.

Pasan los días. Las fiestas van tocando a su fin. La noche de Reyes, Enrique Sánchez Roldán, María y el chiquillo pasean por la feria de juguetes. Él no tiene dinero; el niño no tiene regalos. La mujer pregunta qué le van a comprar. Enrique envía a María y al chico a la casa. Lleva encima la pistola que le ha arrebatado al policía. Conseguirá unos billetes por la fuerza y su sobrino será feliz como tantos otros niños, no un desventurado. El Mula se sube a un taxi. Amenaza con el arma al conductor, Rafael Izquierdo Solano. El taxista se resiste. Enrique le dispara en la cabeza. Lo mata. Le arrebata la recaudación del día, seiscientas pesetas. Vuelve a la feria. Compra un triciclo. El chaval tendrá su fiesta la mañana de Reyes. Un hombre ha muerto por ello. El color ya no es gris. Es negro.

El Mula trota sin freno: ya no es un ratero, es un asesino. En una semana ha pasado de llevarse los conejos de un vecino a matar a dos personas. Ya todo da igual. Ya no hay forma de volver atrás, de escribir este capítulo final de otra manera sin que tenga un mal desenlace. Tampoco sabrá hacerlo, no es capaz de bajarse de ese tiovivo endemoniado. Necesita dinero y lo busca con un cómplice, Macario, un camarero al que las autoridades vinculaban con la venta ilegal de tabaco, un delito tan pretérito como otros que explican esta historia. Macario le ha contado a Enrique que tiene un vecino que es cobrador del Banco de la Propiedad y que suele llevar encima lo que recauda. El 28 de enero le acometen, le golpean con el arma que el Mula arrebató al policía asesinado y le quitan la cartera, pero resulta que ese día está vacía y únicamente porta recibos y papeleo. Un fiasco. Enrique lleva días sin comer decentemente, está en la ruina, no puede parar. Al día siguiente asaltan un bar en la carretera de Sants en compañía de sus parejas, María y Dolores, que son amigas y comparten el oficio de planchadoras. Del establecimiento se llevan doscientas cincuenta pesetas y sus objetos fetiche: varios paquetes de cigarrillos Ideal y una botella. El Mula está enfadado, es poca recompensa por correr peligros. Le recrimina al propietario del negocio:

—¡Pocos cuartos!

Finalmente, el 30, atracan un colmado de la calle Juegos Florales de L'Hospitalet, donde atan al comerciante después de dispararle y se quedan con setecientas cincuenta pesetas.

L'Hospitalet, una ciudad cuyas fronteras con Barcelona son las diferentes aceras enfrentadas de la misma calzada, es entonces una urbe que está cambiando, abandonando el campo para albergar a emigrantes que buscan trabajo en las industrias de la comarca. No es un lugar salvaje, no hay violencia en sus calles y plazas, pero ahora los inspectores de la comisaría tienen encima de sus mesas dos asesinatos sin resolver cometidos en pocos días; algo muy poco común en esos años. En las carpetas hay fotos de autopsias y de los lugares donde ocurrieron los crímenes, datos de las víctimas, pero ni un solo testigo, ni un posible culpable. Nada. Hay que buscar confidentes, alentar chivatazos, encontrar indicios. El responsable de la investigación tira del mismo manual que el amoral prefecto de Policía de la película Casablanca, el capitán Louis Renault, inmortalizado por el actor Claude Rains, que en una escena del film, ante un tumulto, ordena a sus subalternos: «Detengan a los sospechosos habituales». En L'Hospitalet, los sospechosos habituales son bien conocidos por los agentes. El encargado de resolver los crímenes ordena redadas en los locales de mala reputación; tugurios frecuentados por personajes del hampa local que son llevados al calabozo y amenazados con endilgarles cualquier posibilidad de complicarles la vida si no les dicen algo que sirva, ya sea Código Penal, la Ley de Vagos o Maleantes o la primera norma que se les pase por la cabeza. En la crónica escrita por mi padre encontramos el detalle esencial: la delación. Uno de los truhanes sopla a la Policía que no pierdan de vista a un maleante apodado el Mula, ya que ha oído que un compinche de Sánchez Roldán en prisión comentaba que le había prometido que cuando saliera de la cárcel daría unos atracos y le enviaría dinero. El apodo del soplón es el Sordo, y puede que oyera poco, pero parece que hablaba mucho.

Alguien recuerda que ese nombre ha sido pronunciado en esas jornadas en las oficinas policiales. Aflora una denuncia: el hermano del Mula había ido a la comisaría a acusarlo porque se acostaba con su mujer y agrega que nadie se le enfrentaba porque era muy violento. Ya tienen un nombre y una dirección.

La detención es tumultuosa. Ocho policías rodean el piso de la calle Llobregat en la madrugada del 16 de febrero. El Mula intenta escapar por la parte trasera cuando se da cuenta de la presencia de los inspectores, pero se topa de frente con los cuatro agentes que vigilan esa salida. Vuelve dentro y se encierra. «Abre la puerta, ríndete», gritan los funcionarios. «No pienso hacerlo», responde él. Los policías echan la puerta abajo. El momento es tenso, extremadamente violento, pues cuando los funcionarios penetran en la vivienda se encuentran que allí no solo estaba Sánchez Roldán, sino también María y el hijo de esta, los padres del Mula y los realquilados, la familia compuesta por un matrimonio y sus cuatro hijos, que asisten aterrorizados a la escena. Once personas por un lado; ocho policías por otro. Es un espacio pequeño. El Mula recibe a los inspectores pistola en mano, hace un disparo al aire y policías y delincuente caen sobre una cama, que se rompe. Hay golpes, culatazos; mana sangre que hace resbalar a los agentes; el arma del Mula se encasquilla; lo reducen. Parte del dispensario de la Cruz Roja: el Mula tiene dos heridas contusas en el cuero cabelludo, una en la región molar, probable hundimiento ligero en la región parietal izquierda y conmoción cerebral no profunda. Pronóstico reservado y lesiones que justifican el aparatoso vendaje que muestra en la fotografía conservada por mi padre durante años.

De la clínica a comisaría, donde se le toma declaración. Consciente de que su suerte está echada, el Mula reconoce las dos muertes infligidas además de los atracos.

—¿De dónde has sacado la pistola Star del nueve corto que tenías cuando te detuvimos, esa que lleva un escudo oficial y las letras PAT (Policía Armada de Tráfico)? —pregunta el inspector.

—Es la que llevaba el policía cuando le maté. Y con esta misma arma asesiné al taxista de Les Corts.

Le interrogan por otros delitos cometidos en esas fechas, pero no los asume, asegura que no fue él:

—Si hubiera hecho alguna cosa más, lo diría. ¡Qué más da uno más si con lo hecho hay suficiente para que me fusilen!

No iba desencaminado, debía de saber lo que le esperaba. El 20 de marzo, Enrique Sánchez Roldán comparece ante un consejo de guerra, junto con Macario, María y Dolores. Numeroso público se congrega ante el edificio del Gobierno Militar, donde se celebra la vista. El acusado reconoce los crímenes. En los atestados policiales y en un informe de la Guardia Civil se le describe como peligroso y capaz de todos los actos «por monstruosos que fueren». Se le presenta como «maleante habitual» que vive «del producto del robo», siendo «de temperamento agresivo», pero sin actividades políticas, «indiferente al glorioso Movimiento Nacional», y que «sus acciones se encaminan única y exclusivamente en obtener dinero sin miramiento de medios, para satisfacer las exigencias de su vida licenciosa». Un texto inundado de la prosopopeya de esos años.

El fiscal pide dos penas de muerte para el Mula. Su defensa, ejercida por el capitán del regimiento de artillería 62 Emilio Moreno García-Tapia, solicita ochenta y un años de cárcel por todos los delitos confesados, pero busca todos los argumentos posibles para evitar la pena capital, en especial sus escasas entendederas. En sus alegaciones admite que es un hombre de temperamento violento y agresivo, pero lo retrata como una persona «completamente irresponsable. Es un peligroso social, no un perverso. Su conducta y sus actos le acreditan como un niño malo, pero… un niño, pese a sus apariencias de hombre». El militar argumenta que su vida no es licenciosa, sino de privaciones, «pero que su redención es posible». Como último ruego, implora que «el Consejo de Guerra se detenga en esta asombrosa sinceridad con que declara sus reprobables actos

el procesado. Se siente un héroe trágico y absurdo. Es un retrasado mental y su alma tiene el desarrollo de un niño». Y, citando a Concepción Arenal, plasma en su escrito de defensa: «Odia al delito y compadece al delincuente».

Pero no hay clemencia. Enrique Sánchez Roldán es condenado a dos penas de muerte, un formulismo que no deja de llamar la atención porque a ver cómo se puede ejecutar la segunda si ya se ha llevado a cabo la primera, y qué más da que te conmuten la primera si te van a aplicar la segunda. Es todo o nada. A Macario le imponen treinta años por el asalto al colmado; a María, catorce y ocho meses por lo mismo. Dolores es absuelta. Macario estará en prisión hasta 1964. María quedará libre en 1959.

Día 23 de marzo de 1954. La Vanguardia publica una nota que empieza así: «En el día de ayer el capitán general aprobó la sentencia dictada por el Consejo de Guerra» al que fue sometido el Mula. La literatura oficial, la de los oficios, notificaciones e informes es fría, distante, sin emociones. Diligencia de 30 de marzo de 1954: «Se hace constar por medio de la presente que en el día de hoy ha sido ejecutado a garrote vil, en la Prisión Celular de esta Plaza —se refiere a la cárcel Modelo— la pena de muerte en la persona del reo Enrique Sánchez Roldán. Una vez ejecutada, el capitán-médico con destino en el Parque de la Maestranza de Artillería de esta Plaza —entonces este cuartel estaba en el barrio de Sant Andreu—, previo reconocimiento del cuerpo del reo certificó su defunción». Un relato periodístico más humano recoge que un sacerdote mercedario lo acompaña al cadalso «y cuando le iban a poner el capuchón, regaló un puro que tenía al verdugo». El cadáver es inhumado en el cementerio de Montjuïc.

Barcelona, de enero a abril de 1954. El Mula es un habitante de un continente postbélico. Europa aún restaña las heridas del mayor conflicto que ha conocido la humanidad y ha recibido el Plan Marshall, pero a una contienda feroz la sustituye otra sin cañones, la Guerra Fría, que partirá la geografía europea en dos bloques. España

no había curado las cicatrices de la guerra civil, pero Franco sabe aprovechar sus oportunidades y se alinea en la oposición al comunismo, lo que sirve para empezar a romper el aislacionismo que lo dejó al margen de la ayuda económica internacional. Firma acuerdos con los Estados Unidos en 1953 y poco después de la ejecución de Sánchez Roldán llega al puerto de Cartagena la primera ayuda militar estadounidense para el Ejército español. Más tarde se instalarán bases en suelo hispano y miles de soldados de EE. UU. difundirán su cultura, su música, sus libros por allí donde pasen. Tampoco se han restañado las heridas que causó la guerra de más allá de los Pirineos: el 2 de abril de 1954, días después de que el Mula fuera llevado al patíbulo, llegó a Barcelona el buque Semiramis que traía a los supervivientes de la División Azul, que habían permanecido cautivos en Rusia, así como a varios de los llamados niños de la guerra, aquellos pequeños que fueron enviados allí por sus padres para que no vieran los desastres del enfrentamiento entre compatriotas.

En esos días, los españoles escuchan las canciones de Jorge Sepúlveda, Antonio Molina, Conchita Piquer o Antonio Machín y sueñan con galanes y actrices de los años dorados de Hollywood, como Ava Gardner, que disfrutó de los placeres terrenales en la Costa Brava o Madrid y de los amoríos de toreros y poetas. También ven en la gran pantalla a directores y actores patrios como Fernando Fernán Gómez, Juan Orduña o Juan Antonio Bardem. Eso sí, siempre previa visión del noticiario del No-Do, donde se muestra la faceta más optimista de la nación como su producción agrícola o las recurrentes apariciones de Su Excelencia el Jefe del Estado, el Generalísimo, haciendo cualquier cosa.

No, no todo es de color de rosa. Nunca lo es, ni antes ni ahora, pero antes era una dictadura y la autoridad se ejercía férreamente. En España, como en otras naciones cercanas, existe la pena de muerte. Se seguirá fusilando en causas políticas hasta 1975 y se emplea el garrote vil para delitos comunes. El que precedió al Mula en esta muerte atroz fue Esteban Serra Majó, ajusticiado en la cárcel Modelo

el 2 de diciembre de 1953, condenado por haber matado a golpes a un vecino para robarle las dos mil ochocientas pesetas que llevaba encima para pagar los preparativos de su próxima boda.

Es cierto que Enrique Sánchez Roldán era un personaje de pocas luces, que la suerte no lo llamó por su nombre y que no era un Robin Hood, pues no robaba para darlo a los pobres, sino para una satisfacción inmediata: seguro que no creía que hubiera más futuro que las horas siguientes a vivir. Si hubiera que ponerle música, sería la balada de un desesperado, una letra desdichada, violenta, que solo tendría una estrofa de amor, la dedicada a María, a quien seguro quería aunque fuera a su manera, salvaje e insensata; la mujer a la que volvió tras salir del penal de Ocaña y por la que mató, hasta para que su hijo tuviera un juguete en el día de los Reyes Magos. Su foto al ser sacado del calabozo es la esencia de unos tiempos grises, donde la miseria campaba a sus anchas. La foto es su epitafio, el camino al patíbulo.

Encontré la fotografía entre los papeles de mi padre. No fue difícil averiguar más sobre él, pues la prensa recogió ampliamente el asunto. También se conserva la causa en el Tribunal Militar donde fue juzgado, pues su vida desfiló ante un consejo de guerra. En internet hay una reconstrucción del caso a cargo de Luis Torres Piñar. Además, el periodista Enrique Rubio le dedicó un capítulo en su libro Tras el suceso, editado por Planeta en 1956; dos años después de su ejecución.

Así acaba la historia del Mula. Ya nadie debe de acordarse de él y su nombre es uno más entre los expedientes judiciales y policiales. Pero, en alguna ocasión, un azar los recupera del desván donde están almacenados los recuerdos. Yo heredé historias y fotos: la de Pierre Laval (presidente del Gobierno francés de Vichy, proalemán, durante la II Guerra Mundial) cuando aborda el avión en Barcelona que lo llevará al paredón; la de gente pobre tocada por la varita de la lotería; la de un Frank Sinatra devorado por los celos llegando a Barcelona en 1950 para reunirse con Ava Garner, que andaba

enzarzada en todos los enredos amorosos posibles en España; la del talón de treinta millones de pesetas, una fortuna para la época, del Banco Hispano Americano, la recaudación del programa benéfico especial de Radio Barcelona para reparar el desastre de las inundaciones del Vallès de 1962…, y el Mula. Una fotografía que es el relato de una época y que da pie a la última estrofa de la balada de un desesperado: una pena de muerte, una pena de vida.

EL FAMOSO DELINCUENTE DE MATARÓ

QUE NUNCA EXISTIÓ

Esta historia nunca ha salido a la luz.

Desde su despacho en un centro oficial en Barcelona, un reputado funcionario natural de Mataró dirigió una peligrosa banda de rufianes, todos ellos unidos por su origen catalán. Los bergantes y su capitán no le hacían ascos a nada, ni al proxenetismo, ni a la corrupción de menores, ni a atracar bancos, ni a traficar con cocaína. Jamás fueron descubiertos; su discreción fue su impunidad. Ni uno solo de los malhechores, y mucho menos su jefe, fueron a dar jamás con sus huesos a un calabozo.

Esta historia nunca ha salido a la luz porque es falsa. Y ni siquiera me la he inventado yo. Nació de una mente perturbada por la paranoia y el rencor que la propagó a los cuatro vientos, sin que se le tuviera mucho en cuenta, bien es cierto, porque, al final, el famoso delincuente de Mataró nunca existió.

El descubrimiento de la colosal organización criminal fue una venganza enloquecida vestida de colaboración ciudadana, que es una cosa que la Policía valora mucho, aunque a veces ha de ser cogida con pinzas y hay ocasiones en que es un engorro más que una ayuda, pues no faltan los que aportan datos inverosímiles. Además, hay que tener en cuenta que las versiones de vecinos, familiares y amigos deben ser tratadas con sumo cuidado, pues vienen influenciadas por resquemores, antipatías, afinidades, lo que han visto en los medios de comunicación, el prurito de salir en la tele o en la radio como un sabelotodo, los deseos de jugar un papel determinante en la resolución del crimen y otra ristra de razones que tienen que ver más con la psiquiatría que con la ley.

En el extremo de estos divulgadores de la vida ajena se sitúan personajes cuya única finalidad es difundir bulos para difamar a personas decentes mediante infamias en las que los implican en cualquier tropelía. Uno de los más destacados fue un conocido subastero barcelonés que fue investigado por actividades irregulares en un sector que en los años ochenta y noventa del pasado siglo era sumamente irregular de por sí, y que, para vengarse de aquellos que le buscaban las cosquillas, inundó los juzgados con denuncias en las que atribuía a fiscales y jueces suculentas cuentas en países de fiscalidad opaca alimentadas con sobornos, remitiendo copias a los medios de comunicación. Eran siempre anónimos, pero los hubiera podido firmar, por cuando nada más leer el primer párrafo cualquiera que estuviera al cabo de la calle sabía de qué iba la cosa y quién estaba tras el mejunje de desaguisados ajenos inventados.

Los primeros textos estaban escritos correctamente, pero con el tiempo fue degenerando, de forma que al iniciarse el tripartido en Catalunya allá por 2003 (cuando Pasqual Maragall fue elegido presidente de la Generalitat con el apoyo de Esquerra Republicana de Catalunya e Iniciativa per Catalunya-Els Verds) usó a un intermediario para presentar una denuncia según la cual los republicanos participaban de las finanzas de ETA. En el diario conocieron la noticia y quisieron saber más, aunque de salida la cuestión era más que dudosa. En el juzgado de guardia, donde además aquel día estaba uno de los jueces más puntillosos, profesionales y serios que he conocido, me dijeron que era cosa de aquel sujeto, quien además había perdido habilidades porque el chivatazo estaba compuesto con palabras recortadas de los diarios, como en las peticiones de rescate que se ven en las películas policiacas de bajo coste. El correveidile era un chatarrero que vivía en el barrio de La Mina, en Sant Adrià del Besòs (Barcelona), y me pidieron que lo fuera a ver, a lo cual me negué porque estaba convencido de que una persona de este oficio que residía en ese lugar no podía saber nada sobre las interioridades de un grupo terrorista tan sofisticado. Como se ve, las fake news (paparruchada

en correcto castellano, que ha sido desplazado por un término inglés cuando hay uno para ello) no son de ahora.

Es decir, que hay quien actúa de buena fe, quien lo hace con maldad y también el que denuncia lo más inaudito que uno pueda imaginar. Ejemplos de tres revelaciones llevadas a cabo en comisarías: una, «Ayer me secuestró un ovni y pude escapar en un descuido»; dos, «Un desaprensivo le ha dado una pócima a mi hija y ahora está embrujada»; tres, «Unos seres invisibles me siguen por la calle y me chupan la energía». De hacer caso, hubiera sido de película ver a policías persiguiendo a hombrecillos verdes y brujos de toda laya, como si España tuviera un departamento de los Men in Black. En los pasos perdidos circulaba la leyenda de una persona, que además era juez, pero en el que de vez en cuando afloraban desarreglos mentales. Pues bien, un día se fue al juzgado de guardia y manifestó su deseo de denunciar a Televisión Española porque cada vez que se sentaba ante el televisor, un extraño flujo procedente de los programas le robaba las ideas.

Uno se tomaba estas historietas con natural escepticismo, pensando que formaban parte de las ganas de burlarse del personaje o de la exageración de una anécdota deformada, hasta que viví en directo una historia similar. Estaba esperando turno para identificarme en el control de seguridad de la Audiencia Nacional cuando la mujer que estaba delante de mí le explicó al agente de la Policía Nacional que quería ver al juez Baltasar Garzón porque la televisión le arrebataba sus pensamientos en cuanto la encendía. El funcionario ni se inmutó, le pidió su documentación y le indicó a qué piso tenía que ir. Luego me tocó el turno a mí y, en cuanto cumplí el trámite para acceder al edificio como periodista, me fui pitando al despacho de Garzón y le dije, la verdad, con cierta sorna, qué chivatazo querían darle. Él no pronunció palabra, pero puso cara de resignación, como diciendo «Ya estamos otra vez». No tengo noticias de que abriera una causa entonces ni después, pero habría dado de qué hablar.

Entre la pléyade de individuos deseosos de protagonismo, malvados o simplemente chalados, en los años ochenta del pasado siglo adquirió popularidad entre medios judiciales y periodísticos un hombre que remitía detalladas denuncias sobre los más diversos sucesos. La técnica era siempre la misma: un recorte de prensa sobre un episodio cualquiera introducía una prolija descripción de las maldades de un singular personaje que estaba detrás de ese crimen, oculto siempre entre las sombras del mal, al que bautizó como «el famoso delincuente de Mataró».

Por ejemplo, la noticia del asalto al Banco Central de Barcelona (ocurrido el 23 de mayo de 1981, cuando un grupo de atracadores entró en la sucursal, tomó numerosos rehenes y acabó con el asalto de los GEO) le dio pie a enviar un escrito al juzgado de guardia para detallar que ese misterioso malandrín dirigió desde detrás del telón el intento de expolio, pero es que aún había más: interceptaba la correspondencia del Gobierno Civil y de Capitanía General para espionaje político y militar y efectuar chantajes y extorsiones. A fin de que la cosa tuviera la máxima repercusión posible, se cuidó de enviar una copia a las Cortes Generales.

Que no le hicieran el más mínimo caso no le hizo desistir, porque la siguiente vez añadió más detalles. En este caso, el punto de apoyo fue la detención en Suiza de un sobrino de Pablo Escobar, de nombre Severo, a quien se atribuyó liderar una red que distribuía cocaína por el país helvético, Holanda y Alemania. La sospecha de los investigadores era que el cártel de Medellín tenía un depósito secreto en España para abastecer a sus camellos por todo el continente. Pues bien, para nuestro denunciante no había duda y así se lo hizo saber a la Audiencia Nacional: el supermercado de narcóticos estaba en el garaje del edificio de Barcelona donde vivía el maligno jefe de la chusma, un sosias del villano Blofeld, jefe de Spectra, la organización a la que se enfrentaba Bond, James Bond. El sitio era «un lugar muy solitario (en realidad estaba en un barrio muy conocido), escondido y sin tránsito apenas» (es cierto que era una calle muy tranquila, pero con un colegio al ladito). Allí, en

determinados días, «docenas de maleantes del hampa en coche, a pie y moto le montan guardia día y noche» (jamás se vio a tal camarilla en el lugar); y al frente de la tropa, cómo no, estaba «por filtraciones que todo el mundo sabe (…) el presunto delincuente de Mataró», quien «financia las operaciones de miles de millones para traer droga dura».

No acabó ahí la cosa, porque en una posterior revelación expuso las agresiones que había sufrido por su actividad en pos de la justicia. Y dejó por escrito que esa «organización de delincuentes catalanes» había escogido «vuelos nocturnos para agredir a los pasajeros cuando se quedan dormidos con un fuerte golpe de kárate en la cabeza que les dejan sin sentido; y seguidamente, con toda tranquilidad, les roban». Incluso añadió que él fue víctima de la banda en una ocasión, cuando viajaba en el Concorde entre París y Río de Janeiro, y acusó a la tripulación del aparato y a la compañía Air France de no haberle auxiliado, ni cuando fue agredido, ni cuando presentó la denuncia.

El texto no tiene desperdicio, ni por su contenido ni por el redactado. De entrada, los asaltantes actuaban por parejas, «de cara y aspecto de drogadictos»; estaban relacionados con ese ficticio famoso delincuente mataronés «y hasta puede que sean parientes de él». Además, al avión se subían tres matones para que los robos fueran como una seda. Frase textual: «El presunto delincuente de Mataró (…) ha dado pruebas de ser un mando muy importante de la organización de delincuentes catalanes. Continuamente iban a su despacho en (una entidad oficial) atracadores, terroristas y gentuzas de las más indeseables del hampa».

Nuestro denunciante incluso acometió la tarea de definir las características de este peligroso ejército de bandoleros:

«Los delincuentes catalanes forman las mayores bandas de maleantes que existen en el mundo. Son individuos sucios con pelos largos y barbas que hablan catalán. En grupos muy numerosos,

hasta de varios centenares, se les encuentra en todos los países de los cinco continentes. Están muy unidos por su raza, y forman grupos de despreciables y sumisos cumplidores de las órdenes de sus mandos, que por indignas que sean las realizan sin reparos. Es inconcebible que Cataluña con la población que tiene haya podido llenar el mundo de maleantes.

»La vida de los delincuentes catalanes en el extranjero es ilegal por varios motivos: no son residentes ni turistas, no trabajan ni tienen dinero, y viven de robos, atracos, tráfico de drogas, prostitución, homosexualidad, etc., etc. En las puertas de los grandes hoteles del extranjero ponen para que hagan de prostitutas con los turistas a chicas jóvenes catalanas. Por las tiendas van viejos catalanes muy repugnantes con cuatro o cinco niños catalanes de once o doce años de edad, que los van ofreciendo a los pederastas».

Los atentados contra él contaron con otro episodio, pues ante la Jefatura Superior de Policía de Barcelona expuso que un médico de la Seguridad Social, al que acudía porque tenía hipertensión, le había «agredido con conocida premeditación clavándome en el brazo derecho, región del bíceps, muchas agujas usadas e "infestadas"», a fin de «"infestarme" de enfermedades incurables y más terribles que existen, como el sida, hepatitis, sífilis, etc., que se contagian dando pinchazos con agujas usadas; con el agravante que esta criminal agresión me la hizo estando en el ejercicio de su profesión, en la consulta médica». La causa de semejante ataque era, naturalmente, «un arreglo de cuentas por haber denunciado en fecha reciente a la banda mafiosa de tráfico de droga, atraco a bancos y terrorismo, que con agresiones como esta, poniendo mi vida en peligro, me viene desde hace más de cuarenta años intentado reclutarme en la misma, sin conseguirlo».

Nadie que estuviera en su sano juicio se tomó en serio las acusaciones. Bueno, hay excepciones, porque algunos medios de comunicación se hicieron eco de sus manifestaciones. Por ejemplo, las relativas al asalto al Banco Hispano Americano. Tal como se

describe en otro capítulo de este libro, una oficina de esta entidad en la calle Fontanella de Barcelona fue objeto de un espectacular robo, un rifirafí en el lenguaje del crimen, en agosto de 1985, cuando fue desvalijada su cámara de seguridad. Nuestro incansable justiciero ya vaticinó que el banco sería saqueado, ya había avisado, pues en mayo de 1984 presentó un escrito en el Gobierno Civil y otro en la Jefatura de la Guardia Civil anunciando un posible golpe al banco, tras el cual estarían, cómo no, nuestros mafiosos de cabecera, la banda, que contaban con la complicidad de un empleado que permitía que los gánsteres accedieran a la zona restringida «haciendo tertulia durante horas», mientras los cacos hacían copias de las llaves de las cajas con moldes de cera. La versión fue recogida por un diario de Barcelona en octubre de 1985. Esta vez dio en el blanco, pero la Policía no le hizo el más mínimo caso. ¿Por qué? Pues la razón es que ya sabían quién eran los responsables del atraco, unos especialistas italianos en la materia, que ya lo habían intentado sin suerte en otra sucursal de la misma entidad en marzo de 1984 y entonces capturados in fraganti. Pero el asalto fallido dio pie al incansable perseguidor de los delincuentes catalanes a poner en negro sobre blanco, justo un mes después, en mayo de 1984, que lo intentarían de nuevo y a señalar como verdaderos autores del latrocinio fracasado y del que iba a llegar a sus sospechosos habituales. El rifirafí ocurrió, pero nada que ver con lo que se relataba en el escrito. No hubo complicidad de empleados, no se hicieron copias de las llaves y los responsables del saqueo acabaron detenidos. Y, de nuevo, ni rastro del pérfido delincuente de Mataró. El acierto sobre lo que pasó fue una casualidad.

Barcelona ha contado en su historia con delincuentes de primer orden, pero no hay rastro de un Moriarty del terruño, aquel rival de Sherlock Holmes líder de una enorme organización criminal capaz de cualquier barbaridad. Y es que Moriarty, como Blofeld, son personajes literarios, y la ficción no siempre respeta la realidad.

La redacción de las denuncias compone un relato humorístico de aúpa, pero el trasfondo es digno de lástima cuando se profundiza en

los protagonistas de estos relatos. Desde luego, el autor de los escritos no era un iletrado, el estilo así lo demostraba. No era difícil averiguar quién era, pues la identidad figuraba en todos los escritos. El pertinaz denunciante era un arquitecto natural de Sevilla, técnico urbanista con plaza de jefe de negociado en un estamento oficial en Barcelona que fue transferido a la Generalitat en 1981 cuando las competencias pasaron a la autonomía. Tal vez de ahí esa animadversión a los catalanes y su rechazo enfermizo a cualquier hecho diferencial. Y el «delincuente de Mataró» no era otro que su jefe, con quien, según las personas que conocieron el asunto, mantuvo agrias discrepancias que incluso culminaron con sanciones. Y desde mucho antes a su catarata de alusiones a todos los delitos imaginables, pues ya en 1964 el Tribunal Supremo ratificó las que se le impusieron por escupir a una funcionaria y por desconsideración a sus mandos. Como puede verse, la enemistad sobrevivió a la dictadura para continuar con la democracia.

Durante años, el subalterno imputó a su superior cualquier desmán, lo definía como un desalmado sin principios y daba su dirección particular como epicentro de la delincuencia en Barcelona. El denunciante enloqueció, padeció una manía persecutoria que le costó todo su patrimonio y tuvo que sufrir lo indecible debido a las malas jugadas que le provocaba su mente alterada. Y hay que ponerse también en la piel del sufriente denunciado, un funcionario a quien se le atribuyó cooperar en el asalto al Banco Central, ser el cerebro del robo al Banco Hispano Americano o asociarse con Pablo Escobar.

A simple vista, la crónica de las denuncias es un sainete, pero si se observa al personaje despierta compasión por sus circunstancias. Esta es la historia de un hombre al que el rencor llevó a la locura y a convertir a su jefe en el más temible truhan de los bajos fondos y de una horda de malhechores ficticios. Pero nunca existió el famoso delincuente de Mataró.

LA FUGA INTERMINABLE

Un buen día de 1979, un financiero de Chicago de nombre Arthur salió de su casa para hacer un recado y no volvió (se adelantó a la modernidad: sería la versión actual de voy a por tabaco; ahora no fuma tanta gente y quizás no colaría). El FBI indagó el asunto hasta que una corte de Illinois lo declaró oficialmente muerto en 1986, pero el ciudadano fue encontrado vivito y coleando en 2011 en Las Vegas, donde había iniciado otra vida y se dedicaba a las apuestas bajo una nueva identidad. Más cerca de aquí, uno de mis bisabuelos paternos dejó un día su casa del Poble-sec para no reaparecer en el hogar hasta meses más tarde: aficionado al canto, se había ido a Buenos Aires donde soñaba con debutar en los escenarios, pero tiempo después regresó al hogar familiar fracasado, frustrado y más pobre que una rata, y pidió recuperar su habitación y su oficio de zapatero remendón con el permiso de mi bisabuela, que lo acogió de nuevo, es de suponer que tras cantarle —esta vez sin la más mínima lírica— las cuarenta, porque las mujeres de mi familia, si tienen una cosa, es carácter. Así lo relató mi tío José en sus memorias, Vivir para contar.

O sea, que hay quien no se arrepiente de haber puesto pies en polvorosa, como Arthur, y hay quien sí, como mi pariente, pero más peculiar es aún el caso de Juan, a quien le reconcomía haber tomado las de Villadiego pero no pudo desdecirse. Reconocido en los bajos fondos como consumado espadista (especialista en abrir puertas ajenas con una ganzúa), tras ser detenido en los años setenta se fugó durante un permiso que le dieron en la prisión de Alicante. Creó una nueva identidad, consiguió un DNI, encontró trabajo en un hotel, se casó y tuvo dos hijos; una familia que no sabía nada de su pasado. Un día intentó recuperar su verdadero nombre, explicarlo todo, pero su abogado le quitó la idea de su cabeza porque perdería la vida que había construido al margen del

hampa. Total, que siguió para siempre siendo el disciplinado empleado de hotelería y amante esposo y padre, enterrando para siempre al granuja.

Desaparecer de buenas a primeras sin dar la más mínima explicación deja una cicatriz imborrable en las familias de los que se han esfumado. Luego, el tiempo hace que los recuerdos se vayan deslavazando, hasta incluso mezclar lo real con lo imaginado, hacer del pasado un presente más llevadero y borrar las preguntas más incómodas y angustiosas. El tiempo, además, bebe abundantes sorbos de desmemoria que alteran el ayer y, por eso, con los años, los dictadores no eran tan malos, los corruptos fueron políticos preocupados por el bienestar común y los delincuentes se convierten en leyendas, perdiendo las partes más innobles de su verdadera esencia, que se va deshilachando como un vestido viejo abandonado en el último rincón del armario.

El tiempo, un virus mortal para la memoria, hace que de personajes que ocuparon páginas y páginas de los periódicos no se acuerde casi nadie. Como algunos fugitivos, porque uno de los motivos para desvanecerse de la noche a la mañana es escapar de la justicia. Es normal este olvido. Pasan tantas cosas y tan rápido que sería necesario un almacén descomunal en el cerebro para tener a mano tanta información de forma fácilmente accesible. Por eso, ¿quién se va a acordar de alguien que se escabulló sin dejar rastro hace cuarenta años? ¿Estará vivo o muerto? De todos modos, ¿a quién le importa ya? Tan solo a algunos coetáneos, a algún juez o policía; quizás a algún familiar o un amigo.

Tras una de sus detenciones, Rafael Bueno Latorre fue atendido en el juzgado de guardia por un médico forense que no lo conocía y que le preguntó por qué estaba allí, si por robar. Él le contestó muy serio: «Perdone, yo soy atracador». Era su forma de decirle al galeno que él formaba parte del Hampa con mayúsculas, que no era un bribón de baja estofa. Ladrón y asesino, despiadado y experto en fugas, Rafael Bueno Latorre fue responsable de múltiples latrocinios

en bancos, protagonista de dos evasiones espectaculares de las penitenciarías de Burgos —donde su gente mató a dos policías— y Alcalá Meco y causante del crimen de dos delincuentes a los que acusó de haber roto el código de los bajos fondos. La pista de Bueno Latorre se perdió en abril de 1984 y desde entonces no se sabe nada de él. Su huella únicamente queda en los archivos policiales y en las hemerotecas, donde se detallan sus asaltos a bancos, las muertes que infligió y las evasiones penitenciarias que protagonizó. Hoy, nadie se atreve a asegurar si está vivo o muerto.

Bueno Latorre era uno de los exponentes de una delincuencia que ha desaparecido del mapa. Aún se producen asaltos, algunos espectaculares, llevados a cabo por bandas organizadas, pero ya no quedan malhechores como él que se dieron a conocer en la década de los ochenta del siglo xx; individualistas, gente temeraria, sin miedo y que no dudaban en enfrentarse arma en mano a la Policía. Todos se han desvanecido; alguno, tras largas condenas, lleva ahora una existencia común y corriente, pero la mayoría han dejado este mundo a tiros o por la droga. Todos menos, que se sepa, él.

Los ochenta no fueron un camino de rosas en España, sino una época dura y violenta. Tiempos en que en Barcelona y su área metropolitana se levantaban barrios marginales, de barracas o viviendas muy precarias, de dura subsistencia. Con mucho paro y alta inflación, había miseria. Tampoco la situación política era para tirar cohetes, pues basta recordar que mientras padecía una complicada situación económica, el país transitó por un golpe de Estado en el que fue secuestrado el Congreso, que el terrorismo era noticia recurrente y que el partido que protagonizó la transición de la dictadura a la democracia, UCD, se deshizo como un azucarillo en el agua.

En la crónica negra de esos años tienen un papel principal los atracadores, personajes singulares como uno que se llamaba casi igual que el protagonista de este capítulo, pero que no era familia, José Bravo Latorre (Valencia, 1 de septiembre de 1945; Barcelona, 6

de enero de 1982). Fue un tipo de biografía atípica. Maestro industrial, activista sindical, amante de los restaurantes de la Barceloneta cuando se comía en la playa, sobre la arena, aficionado al marisco y las mujeres jóvenes, trabajó en la Seat hasta que un día cambió la cadena de producción por el lado oscuro, integrándose en una banda que asaltaba gasolineras y oficinas bancarias. Detenido por vez primera en 1978, fue a parar a la Modelo, donde participó en la Coordinadora de Presos en Lucha (COPEL), organización de presos comunes que exigían unas mejores condiciones en las penitenciarías españolas, que en aquellos tiempos eran simplemente edificios donde se hacinaban seres que iban perdiendo la humanidad. Participó en la famosa fuga del presidio barcelonés de 2 de junio de 1978, cuando cuarenta y cinco internos cavaron un túnel y llegaron hasta las cloacas, para después ganar la calle levantando las tapas de las alcantarillas y apretaron a correr ante el pasmo de los transeúntes. Bravo Latorre fue nuevamente detenido a tiro limpio en 1981, para ir a parar de nuevo a la Modelo. Y allí se puso punto final a su breve y furibunda carrera en el crimen. En la mañana del día de Reyes de 1982, tras pagar veinticinco pesetas por asistir a una sesión de cine que organizó la prisión, se le acercó un miembro de su banda, que lo atacó al terminar la película y le asestó una única puñalada en el corazón. Bravo no pudo más que levantar una de las muletas que usaba aún debido a las heridas sufridas en su arresto. El motivo fue que el asesino pensó que Bravo daría cuenta de él porque había rencor entre ambos por una posible delación. Matar antes de que te maten. La de Bravo fue una vida que se consumió muy deprisa: iniciado en la delincuencia a los treinta años, conociendo la cárcel por vez primera a los treinta y tres, antes de cumplir los treinta y seis había muerto.

Esos atracadores fijaron su vista en los bancos siguiendo la estela de delincuentes latinoamericanos que llegaron a España a finales de los setenta, pero sobre todo porque en aquellos tiempos las oficinas no tenían grandes medidas de seguridad y disponían de mucho efectivo: hubo que dictar una normativa específica para evitar la sangría. Por ejemplo, tras la segunda detención del citado Bravo

Latorre, en uno de los pisos de la banda se encontraron setecientas mil pesetas (más de cuatro mil euros actuales, pero una fortuna en la época). Los atracos eran una plaga y un continuo dolor de cabeza para la Policía y la Guardia Civil. Los números cantan y parecen imposibles de digerir en la actualidad. En 1984, el año en que desapareció Bueno Latorre, se produjeron en España más que los ocurridos en todo Estados Unidos, con la peculiaridad de que en esta nación había entonces más de cien mil sucursales, y en España, unas treinta mil, una tercera parte. La progresión había sido inimaginable, tal como describía un artículo de El País del 6 de marzo de 1983: en 1982 hubo 2.153, y si miramos la estadística, se ve que diez años antes se contabilizaron sesenta y tres; se habían multiplicado por treinta y cuatro. El reportaje se titulaba «Barcelona, capital del atraco», porque la mitad ocurrieron en la ciudad y su área metropolitana. No hacen falta comentarios. Había días en que había tres o cuatro.

Rafael Bueno Latorre nació el 26 de marzo de 1954 en Utrera (Sevilla), en el seno de una familia trabajadora que emigró cuando él era un chaval a Santa Coloma de Gramenet (Barcelona), en busca de un futuro mejor prometido por los Planes de Desarrollo, como otros tantos miles de personas en esos tiempos. Tiene cinco hermanos, tres chicos y dos chicas, uno de los cuales también se aventuró en el submundo de la criminalidad (fue detenido hasta en diecisiete ocasiones por diversos motivos aunque de mucha menos enjundia que Rafael, según un informe policial de 1997) y el resto siguieron otros caminos, como conductor de autobús o empleado de Hipercor, los grandes almacenes que voló ETA. El padre y la madre siempre fueron honestos y laboriosos.

Criado en un barrio marginal, nunca se relacionó demasiado con otros chicos de su entorno y se inició muy joven en la delincuencia. A los dieciséis años era conocido por la Justicia y fue detenido tres veces por robos de poca monta, que lo llevaron a un reformatorio y a la prisión de Wad-Ras, de la que se fugó a las cuarenta y ocho horas de entrar. El 9 de septiembre de 1973 lo arrestaron por

llevarse un coche que no era suyo, a los dieciocho años acumulaba siete detenciones y a los diecinueve ya tuvo un enfrentamiento con la Policía.

La cárcel era el lugar donde los atracadores se reconocían, trababan relación, organizaban sus fugas y tramaban sus posteriores delitos. Por ejemplo, Bueno se conoció con dos de sus cómplices de posteriores correrías en la penitenciaría de Carabanchel. Las prisiones de entonces eran muy diferentes a las del siglo xxi; sucias, saturadas, con pocas posibilidades de amansar a los internos y enseñarles algo: eran un simple almacén de gente que pasaba el tiempo como podía hasta el final de su condena. O sea, que de reformar, ni soñarlo. Juan Diego Redondo Puertas (Pampaneira, Granada, 15 de octubre de 1959; L'Hospitalet, 18 de diciembre de 2011), alias Dieguito el malo, otro atracador, dejó una definición para enmarcar en el documental Los Profesionales: «En la escuela te enseñan a leer y a escribir, en la iglesia a rezar y en la cárcel a robar». En octubre de 2007 me envió una carta a la redacción de La Vanguardia en la que decía: «En las prisiones me he iniciado en el consumo de todas las drogas y en treinta años de reclusión aún no conozco un centro de rehabilitación; nadie puede justificar que ha sido un despiste, descuido o error, simplemente han pasado de mí. Soy el malo y están justificados».

Abandonado por su madre en un orfanato cuando tenía seis años, Redondo empezó muy joven a delinquir, con apenas dieciséis años, y estuvo en la COPEL y en la famosa fuga de los cuarenta y cinco de 1978. En una detención se llevó siete tiros, visibles en cicatrices en su cuerpo. En 1988 salió en libertad provisional, se casó, tuvo dos hijos, pero fue de nuevo a prisión en 1992 por una causa pendiente. Entonces su mujer se suicidó y uno de los niños falleció. En agosto de 2005 se evadió del penal de Brians y el 23 de noviembre protagonizó un robo surrealista en un supermercado de la zona alta de Barcelona: antes de dar el golpe perdió una bala en un bar próximo; una vez dentro se bebió una botella de cava mientras mostraba una pistola y exigía la caja fuerte a los seis aterrorizados

trabajadores del establecimiento a los que retenía y a los que quiso regalar las cestas de Navidad en exposición, para finalmente entregarse. Tan mal lo pasaron los empleados que, al revivir lo ocurrido durante el juicio, una cajera que tenía que declarar como testigo se desmayó nada más entrar en la sala de los juzgados. Diego llegó a publicar tres libros sobre su vida. Al ver el documental o asistir a ese juicio, se hace difícil pensar que ese hombre con semejante historial era el mismo que hablaba mansamente, que aseguraba que nunca quiso herir a nadie —aunque no dudaba en disparar si iba a ser detenido— y que reconocía que era una especie de yonqui del robo, porque a veces atracaba aunque tuviera dinero. Al final, uno acaba pensando que era una persona uncida por la desgracia: por la marginalidad, por la carencia de educación, por la falta de futuro, por la droga, por la muerte de los pocos seres a los que tal vez quiso de verdad. «Lo he perdido todo», dejó escrito.

Redondo fue cómplice de otro atracador veterano, Miguel Cuenca Martín, que también perpetró delitos con Bravo Latorre, a quien hemos mencionado anteriormente. Delincuente de largo recorrido, criado en los suburbios y la miseria, admitió en un juicio que lo detuvieron por primera vez a los ocho años por pedir limosna, lo que hacía «porque no tenía nada que comer» ya que era huérfano y su padre había muerto en la guerra civil, en el frente, encuadrado en el Ejército de la República. Luego ya vinieron episodios más violentos. Aficionado a escribir poesía durante sus reiteradas permanencias en prisión, era conocido como el Tío por ser pariente de Juan José Moreno Cuenca, alias el Vaquilla, de quien hablaremos en otro capítulo. Miguel Cuenca acabó sus días el 13 de septiembre de 1981 frente al número 45 de la calle Enamorats de Barcelona, cuando precisamente estaba asociado con Bravo y, al ser localizado por agentes de la Guardia Civil, sacó una escopeta recortada de una bolsa para dispararles, recibiendo un disparo en la cabeza.

Puede que no quisieran herir o matar a los empleados o gente que estaban en los bancos, pero, francamente, era mejor que no estuvieras en la oficina cuando entraban. (Hay que abrir un

paréntesis: también eran frecuentes los asaltos a joyerías y allí los hubo sangrientos). Querían infundir miedo y lo conseguían. Otro miembro del gremio, de alias Rosalito, ya reinsertado y con un trabajo estable, contó en el citado documental Los Profesionales que usó hasta metralletas y chalecos antibalas cuando iba a robar. En una ocasión, relató, le puso una pistola en la cabeza a un cajero y este la apartó de un manotazo. Le dio un sopapo y el pobre hombre solo acertó a decir que pensaba que era una broma antes de entregarle el dinero.

Los atracadores eran una clase especial del hampa de los ochenta, los más respetados y temidos entre sus congéneres del submundo de los fuera de la ley. Muchos, como queda plasmado, se criaron en la marginalidad, pero es cierto que hubo excepciones. Una pareja de electricistas saqueó once empresas; fueron descubiertos por su alto nivel de vida que justificaron porque hacían trabajos extras, con lo cual no faltaban a la verdad. Antonio, uno de los cómplices de Bueno Latorre que tras purgar largas penas dejó la delincuencia, era hijo de un constructor. Dani el Rojo, hoy un simpático y dicharachero personaje, provenía de una familia de clase media. En entrevistas y libros, malhechores de este tipo explicaron que preferían robar que pagar, aunque pudieran hacerlo. Dani me contó en una entrevista en marzo de 2014: «Yo era delincuente y toxicómano. Entré en la cárcel con un traje de Zegna y un Rolex. Cuando entré en prisión pensé: qué mundo más marginal. Si estoy aquí es porque también lo soy». Dos hermanos que eran universitarios fueron arrestados tras un asalto frustrado. Hasta un empresario con problemas económicos fue a dar con sus huesos a prisión por conseguir dinero del banco por estos métodos en vez de con créditos. En el capítulo de personajes pintorescos encontramos a un brigada del Ejército de los Estados Unidos que desertó de la base de Torrejón de Ardoz y que se dedicó al atraco, con poca fortuna, porque fue capturado al poco tiempo. A muchos de ellos las malas compañías los condujeron por senderos tortuosos. Y, luego, estaba la droga, sobre todo la heroína, devastadora en los ochenta por los estragos que causaba en los consumidores y por las muertes que tiene en su haber por

sobredosis. Pero ni los pobres ni los que no lo eran tenían miedo a la prisión: era uno de sus paisajes habituales y donde se formaban los grupos de manera informal, pues uno podía cometer un robo con unos y después irse con otros; no había una estructura organizada ni una dependencia entre los integrantes de la banda.

En octubre de 1983, Bueno Latorre cumplía condena en el penal de Burgos porque ya había dejado los robos de poca monta para pasarse a los atracos y a las armas. Allí evitó los problemas con los funcionarios y meterse en embrollos, pues no consta que tuviera altercados ni expedientes: tan solo que una vez le pillaron cincuenta gramos de hachís y en otra ocasión cuatro cervezas en su taquilla. Puede que la razón de que nadie le buscara las cosquillas es que era uno de los presos que mandaba en las galerías: según los periodistas Jesús Duva y Ángel Kolodro, autores del libro Fugitivos, era uno de los líderes de los clanes penitenciarios que vendían drogas, alcohol y estiletes.

El día 12 era miércoles, festivo. Se conmemoraba el descubrimiento de América, la Virgen del Pilar y también otros santos que han desaparecido de los nombres a imponer a los hijos, como Hedisto, Opilio, Rotobaldo, Evagrio, Prisciano, Salvina o Exuperia. Qué país tan diferente era aquel. Baste un dato casi anecdótico: cuando encendías el televisor, tan solo podías ver los dos canales de TVE. Ese día, en la noche, rivalizaban dos ofertas interesantes: en el primer canal, la proyección de El halcón maltés, con Humphrey Bogart como el detective Sam Spade; y en la UHF, un concierto de Ella Fitzgerald en un programa de música. Por otra parte, la sociedad estaba consternada porque ETA había secuestrado el día 5 al capitán de farmacia Alberto Martín Barrios y pedía la suspensión del juicio contra los etarras que intentaron asaltar el cuartel de Berga a cambio de su liberación. Los terroristas asesinaron al militar el día 18 de un tiro en la cabeza. Tenía treinta y nueve años y estaba casado con tres hijos.

En una de las dos habitaciones que el Hospital de Burgos destinaba a los internos de la prisión, ese 12 de octubre estaba Rafael Bueno Latorre, pero no permanecería allí mucho rato. El centro sanitario fue el trampolín para evadirse. El plan fue urdido entre los miembros de la banda formada en las prisiones, que era extensa, pues hasta nueve personas más se asociaron con él, entre ellas tres mujeres, dos de las cuales eran las parejas sentimentales de dos de los delincuentes. Una de ellas visitaba en el penal y hacía de intermediaria para ultimar los detalles. Pero para lograrlo era preciso que Bueno fuera llevado a la clínica, y este solucionó el problema de una forma brutal: se clavó unas tijeras en el abdomen.

Una vez en el centro sanitario, dos miembros del clan —Miguel y Antonio— se disfrazaron de médicos, alcanzaron la habitación y cuando entraron dispararon contra dos agentes de la Policía Nacional que vigilaban a Bueno, matándolos. Incluso remataron a uno cuando estaba ya en el suelo. Después, se subieron a un coche que los esperaba y, con el conductor, Manuel, consiguieron evadirse, a pesar de que se estrellaron a los pocos kilómetros.

Cuentan los policías veteranos que unos pocos de ese tipo de fugitivos escapaban del país, pero que la mayoría regresaban a su entorno, donde eran conocidos y respetados y tenían una red de complicidades. Es tan así que otro compinche de Bueno Latorre, en otros hechos, fue capturado en junio de 1984 cuando estaba con su familia en una piscina pública de Madrid disfrutando de un día de sol. Cuando solo llevaban algo más de un mes en libertad, la banda fue detenida al completo por la Policía en Barcelona y Málaga, y no siempre de forma pacífica. Varios, entre ellos Bueno, esgrimieron armas e incluso Miguel recibió un tiro en la pierna. En la nota oficial que entonces dio la Jefatura de Barcelona se describe de nuevo el papel principal que tuvo la cárcel en la formación del grupo: Bueno, Antonio y Miguel se habían conocido en Carabanchel y compartido castigos en celdas de aislamiento, lo que reforzó sus vínculos. Y Antonio y Miguel se habían fugado un año antes de los hechos de Burgos de la penitenciaría de Tarragona. Se les ocuparon armas,

coches, transmisores y pisos, e incluso, en una de las viviendas, Goma-2, un explosivo.

Pero la caída de la banda no solo cerró la fuga de Burgos. El mundo del hampa, en especial el de los atracadores, tiene su propio código de conducta, que no estaba escrito en ningún lado pero que todos conocen, y uno de los peores pecados es la delación. Rosalito, el asaltante reinsertado, lo expresó claramente en el documental Los Profesionales: «El que no cumplía, perdía la vida. Hay chavales que han perdido la vida por eso».

El 19 de noviembre de 1983, las familias de dos delincuentes habituales, apodados Andresín y Guau, denunciaron en la comisaría de Policía de Badalona que sus parientes habían desaparecido. Lo que ocurrió fue lo siguiente. Bueno y los suyos supusieron que los habían vendido y se vengaron. Tres días antes, a ambos los atraparon en bares. Se hicieron pasar por policías, lucieron placas y disfraces, fingieron detenerlos, los montaron en coches, los llevaron a parajes rurales, los ejecutaron y los enterraron. Recuerdo haber ido a uno de los levantamientos de cadáver y cómo, al acercarte a la tumba, el olor de la descomposición inundaba el aire. Hace muchos años, pero es algo que no se olvida.

Rafael Bueno Latorre era, para policías, jueces y fiscales, un sujeto muy peligroso y en tal condición lo enviaron a la recién abierta prisión de Alcalá Meco, considerada inexpugnable y la más segura del país. Inaugurada en marzo del año anterior, había costado mil trescientos millones de pesetas, casi ocho millones de euros. Y allí protagonizó otra fuga. El 20 de abril de 1984, de nuevo una jornada festiva, pues era Viernes Santo, Bueno Latorre junto con otros dos reclusos se deslizaron por el desagüe tras arrancar el retrete y llegaron a una galería de servicio, donde serraron una rejilla de hierro y accedieron al lugar donde estaban las llaves de paso del agua y del gas. Allí esperaron, porque la segunda parte del plan era que otros internos causaran una inundación en un cubículo. Cuando tres funcionarios llegaron a la zona para cortar el caudal y solventar

el problema, fueron reducidos con estiletes de fabricación casera y amenazados con dos pistolas peculiares: esculpiendo pastillas de jabón, pintándolas con tinta china y añadiendo tubos que figuraban cañones, los presos imitaron armas. Uno no puede dejar de pensar en la película Toma el dinero y corre (1969), donde Woody Allen —fue su primer film— recrea al atolondrado delincuente Virgil Starkwell, quien planea una fuga similar pero con el inconveniente de que al llegar al patio está diluviando y su revólver se convierte en espuma. Bueno Latorre y los suyos no hacían comedia. Cogieron la ropa de los funcionarios y así se plantaron en la puerta por la cual llegaban los suministros, saliendo del recinto entre guardias civiles y funcionarios y perdiéndose por los campos colindantes.

Desde entonces no se sabe nada de Rafael Bueno Latorre. Hubo todo tipo de sospechas. Quizás pasó a Francia, donde lo ocultaron gánsteres marselleses con los que tenía relación, pues allí se proveían de armas los delincuentes de aquí. Tal vez se fue a Sudamérica, pues en la cárcel había sido el protector de un narcotraficante que le pudo dar amparo después en el mundo de las drogas. A lo mejor murió en un enfrentamiento con otros malhechores galos. Hoy, sus delitos han prescrito, por lo que podría volver sin problemas, razón por la cual varios investigadores policiales suponen que ya no camina por el planeta Tierra; pero nadie puede certificar si está vivo o muerto. Nadie puede dar cuenta de él desde 1984.

Atracadores, un tipo de delincuente que ha desaparecido. El refuerzo de las medidas de seguridad de los bancos que derivaron en magros botines, la persecución policial y las drogas acabaron con esta clase de hampa, definitoria de unos años virulentos e iracundos en la crónica negra, los ochenta del siglo xx. Ya no quedan y se les puede conocer por los archivos policiales y judiciales y por los testimonios de los que sobrevivieron y dejaron la mala vida.

Mitificados por el cine, como John Dillinger o Bonnie and Clyde, a veces pasados por el tamiz del humor, como en la película española

Atraco a las tres o en la inglesa El quinteto de la muerte, en la vida real eran personas violentas, que no desdeñaban hacer uso de las armas. En los ochenta, varios atracos a joyerías acabaron con la muerte de los propietarios de los negocios. La banda de Los Lateros, responsables de más de cuarenta asaltos en esa década, asesinaron al director de una oficina y a un policía en Terrassa durante una de sus depredaciones. Otros optaron por tomar rehenes al verse sorprendidos; es el caso del célebre asalto al Banco Central de Barcelona, que ha producido literatura y cine. Como queda dicho, hubo quien dejó este mundo como el proverbio: quien a hierro mata a hierro muere, como el citado Miguel Cuenca Martín, o Manuel, abatido por la Policía cuando les disparó cuando se identificaron, o Adriano, que, cercado tras un robo, se suicidó de un tiro en la sien.

Vivían al día, gastaban lo que tenían y, a pesar de que en sus pillajes obtuvieron buenas rentas, reincidían. Antonio, la mano derecha de Bueno Latorre, quien lo ayudó a escapar de Burgos y Alcalá Meco, fue detenido en 1986 por siete atracos, que perpetró disfrazándose de cartero para que le franquearan las puertas de las oficinas. Para la anécdota queda el caso de un asaltante patoso que, cuando las entidades colocaron una doble puerta, se enfundó un pasamontañas entre las dos, quedándose atrapado entre ellas hasta que llegó la Policía. Más cuidadoso era José Antonio, que solo conducía vehículos de la marca Porche, pero que para ocultarse de la Justicia moraba en cuartos de ascensores de fincas.

Rafael Bueno Latorre no era una persona de estudios: su escuela fue la calle y se adentró en la delincuencia desde su adolescencia. Tan solo le interesaba el dibujo y llenaba libretas con sus imágenes de mujeres reales o inventadas, con retratos de otros presos o con figuras de la Virgen del Pilar. De más o menos un metro setenta de altura, ojos verdes, delgado, de pelo corto pero con notables entradas, se tatuó una pantera en la espalda y un hombre en el brazo derecho. En aquellos tiempos, los tatuajes eran propios de una vida carcelaria, no como ahora, que son decorativos y que no inquietan a nadie. De 1984, tras su última detención a raíz de la fuga

de Burgos y que sumaba la número diecisiete, es un estudio psicológico efectuado a Bueno e incluido en un informe policial de 1997. Lo define como de pensamiento pobre, inestable emocionalmente pero no un psicótico y de baja inteligencia; poco por encima de la considerada normal. Comenté el documento con un psiquiatra, con quien hablamos de que la forensia entonces estaba en mantillas, y que lo calificó de psicópata a la vista de sus actos. Y, en cuanto a su inteligencia, revisando que el resto de sus cómplices fueron detenidos posteriormente pero él no, expresó:

—Pues tan tonto no era.

Rafael Bueno Latorre. Numerosos atracos, cuatro muertos y evasiones de Wad-Ras, Carabanchel, Burgos y Alcalá Meco a sus espaldas. Nadie puede asegurar dónde está. Solo lo recuerdan quienes supieron de él en los ochenta. Una fuga interminable.

EL JUBILADO INVISIBLE

Los sucesos pueden relatarse sintéticamente, en muy pocas líneas. Un ejemplo concreto: Leandro mató a su esposa Renata y apuñaló a su hija Ágata tras una discusión nocturna en el hogar conyugal. Fue detenido en la misma casa, juzgado y condenado por un asesinato consumado y otro pretendido a un total de diez años, cuatro meses y dos días de prisión. Una narración escueta, que no detalla la personalidad de los relacionados con el hecho; pero, lo más importante, no aborda el porqué, aunque sea difícil comprender que una jubilación anticipada envenene de tal manera las relaciones de pareja que acabe provocando un crimen.

Leandro era un hombre común y corriente que llevaba treinta años casado con Renata, formando una familia completada con dos hijos. Jamás dio que hablar antes de una mañana dominada por los vericuetos de una mente dolorida. El matrimonio tenía sus desavenencias, pero nada hacía presagiar un final como el que ocurrió. Tal vez puede argumentarse que nunca hay una explicación razonable para un crimen, porque la violencia homicida es el final de la razón.

Cuando se inicia un proceso judicial, la vida queda al descubierto. En este caso, la de Leandro, que en verdad no había sido fácil, sino más propia de un cuento de Dickens. Nacido en un pueblo de Granada en 1931, su biografía quedó resumida en el informe de los psiquiatras forenses emitido tras el suceso, y en él puede verse cómo la muerte, la enfermedad y perturbaciones psicológicas lo acompañaron desde su infancia, prácticamente desde que llegó al mundo. Su padre falleció cuando él tenía seis meses sin que se detalle la razón y cuando cumplió once años perdió a su madre por causas naturales, aunque él contó a los psiquiatras forenses que «con anterioridad "se le había ido la cabeza", aunque ignora por su edad en aquella época

lo que realmente ocurrió». En resumen, huérfano cuando había cruzado la primera década de vida, pero es que también feneció una hermana que tenía dieciséis años y el abuelo materno se ahorcó. Muchos duelos para un niño. En este sucinto relato deben añadirse las circunstancias del país: la contienda civil, la pobreza del campo, las desigualdades sociales, el hambre de la postguerra, las penurias de quienes no han sido bendecidos desde la cuna… Cuánta desdicha en tan poco tiempo, o, como escribió el poeta, cuánto penar para morirse uno.

Al perder a su madre se fue a vivir con un tío materno. Una vez arreglados los papeles que le concedían la ayuda de la beneficencia, fue llevado a un colegio religioso de Valencia, pero no se adaptó y regresó con su familiar. Descripción de los años siguientes plasmados en el informe oficial: creció «con grandes carencias socioculturales y económicas, no realizando escolarización puesto que tuvo que ayudar en diversas tareas rurales, no aprendiendo a leer ni escribir en esta etapa habitual, por lo que asistió después a la escuela de adultos y finalmente también estuvo en aprendizaje elemental durante el periodo de servicio militar, que realizó en Palma de Mallorca, no presentando problemas especiales durante este periodo».

Faltan datos en esta breve síntesis de una infancia y adolescencia, pero no se escapa que es el retrato de una generación marcada por unos años trágicos. Niño en la guerra civil, huérfano en la postguerra, arando en el campo desde los once años, pobre en la infancia y adolescencia, tuvo que convertirse en emigrante a la que pudo para salir adelante, como tantos otros, y como tantos otros se vino a Barcelona en 1959, donde, para completar el cuadro, tuvo que ser asistido de una tuberculosis pulmonar en el Hospital de Sant Pau, que causó que estuviera cinco meses de baja laboral.

Más retales en la causa que completan el relato. En el pueblo tenía una novia, que con su familia también emigró a Catalunya. A sus carencias afectivas se unían las económicas: se casaron en 1960,

pero no podían ser independientes, por lo que se instalaron en la casa de los padres de ella, donde vivieron siete años hasta que con sus ahorros pudieron comprarse un piso. El matrimonio tuvo dos hijos, un chico y una chica, que cuando ocurrieron los acontecimientos tenían, respectivamente, veintiséis y diecinueve años.

Él encontró trabajo en una importante empresa de automoción de la ciudad, donde se desempeñó durante tres décadas, hasta que en una de las recurrentes crisis económicas del sector la dirección decidió llevar a cabo prejubilaciones, en la que fue incluido en 1989. Y entonces se fraguó el drama, fue el punto de no retorno. El 5 de mayo de 1990, Leandro apuñaló hasta la muerte a su esposa y atacó a su hija, que se salvó por la pronta intervención de su hermano.

Aquí se podría poner punto final al lance. Enterremos a los muertos y encerremos a los culpables. Nuevos crímenes reclaman atención. Hoy en día, un hecho así tiene una definición clara: violencia doméstica, incluso hay juzgados especializados en la materia. Entonces no, se llamaba parricidio. Ahora, la narración se completaría con datos recurrentes: nunca hubo denuncias previas, jamás se pidieron órdenes de protección, no había noticias de agresiones. Pero es que, aquí, tal vez nadie pensó en que fueran necesarias, porque nadie creyó que el asunto acabara de esta manera, porque no había un solo antecedente violento. En cualquier caso, no se puede zanjar de esta manera, falta conocer la causa que provocó el desenlace, no para exculpar el crimen, sino para entender qué circunstancias motivaron que una desavenencia terminara en asesinato. La respuesta, la verdad formal plasmada en la sentencia, se encuentra en la causa judicial.

«Jubilación» deriva de la palabra latina jubilare, que significa «dar gritos de alegría». Jubilación es el momento en que se llega a determinada edad y termina la relación con la empresa, pública o privada, y atendiendo a las aportaciones al Estado se tiene derecho a cobrar una pensión. Es el final de una etapa en la vida, pero hoy

en día también es el inicio de otra. La conquista del tiempo libre, el notorio incremento de la esperanza de vida y los avances en la medicina propician que la vejez se retrase y que la jubilación sea el momento de hacer todas aquellas cosas que se quisieron hacer y no se pudo: estudiar por gusto disciplinas que hubo que dejar de lado para ganarse el sustento, viajar fuera de temporada, pintar, escribir… Para la generación de nuestros abuelos, incluso la de los padres, no fue así. Los que sobrevivieron a la guerra o vivieron la postguerra no tenían el mismo concepto del ocio, era otra cosa, y la existencia giraba en torno al trabajo y la familia, sin mucho espacio para uno mismo. Por ello era frecuente que no supieran qué hacer con las horas libres de que disponían al jubilarse, lo que creó la imagen popular de un grupo de septuagenarios recorriendo las calles de la ciudad en busca de obras en marcha para comentarlas. No era tan habitual cultivar otras aficiones. De manera que, para ellos, la jubilación era instintivamente el inicio de la cuenta atrás, no el principio de una nueva etapa.

No sabemos qué planes tenía Leandro para cuando se jubilara, si es que alguna vez pensó en ellos, pero sí conocemos que fue una situación traumática, acrecentada por la complicada convivencia de dos personas de personalidades complejas. Leandro era un hombre sencillo, apocado, dubitativo, que dejaba en manos de su esposa las decisiones de la pareja; Renata era una persona nerviosa y con un elevado amor propio, según describen los documentos del sumario. Al concluir su etapa en la empresa, la coexistencia degeneró, pues ella encajó mal la nueva situación. La razón principal, que si los vecinos se enteraban de que Leandro ya no trabajaba, podrían deducir qué edad tenía ella. Por ello obligó a Leandro a llevar «una doble vida», según testimonios recogidos en la causa. El hombre salía de casa cada día como siempre, como si fuera a la fábrica, y regresaba al domicilio cuando terminaba su horario laboral. Incluso respetaba los días de permiso y las vacaciones, como si nada hubiera ocurrido, como si continuara siendo un trabajador en activo. Las manecillas del reloj eran perezosas, las horas debían de ser largas, interminables, y las pasaba paseando, yendo a ver a sus

antiguos compañeros de la factoría, jugando partidas de petanca e incluso visitando un parque donde daba de comer a las palomas.

No, la verdad es que no fue una solución, sino el preludio de la tempestad. Leandro cayó en la depresión, sufrió ataques (definidos en el informe forense como de nervios, que debieron de ser ansiedad) y acabó consultando a un médico, que le prescribió tranquilizantes. Renata, por su parte, tampoco halló la paz. Recriminó a su marido que un fármaco que le había comprado le provocó malestar y se quejaba de que no podía descansar por las noches, porque él dormía agitado y no paraba de moverse. Así que la rutina diaria se desarrollaba, siempre atendiendo a lo expuesto en las declaraciones y en el juicio, entre un hombre cada vez más deprimido y ausente y una mujer con frecuentes alteraciones emocionales.

Así llegamos al último acto, que se produjo de noche. Al irse a acostar el 4 de mayo de 1990, la familia tuvo una fuerte discusión. El motivo, que la madre quería dormir sola porque decía que Leandro no le dejaba conciliar el sueño y le propuso irse a la habitación de su hija, mientras que esta ocupara la suya. El resto de familiares se opusieron, de manera que al final cada cual se fue a su cama.

De madrugada, Leandro, inquieto y nervioso, se levantó y se estiró en el sofá del comedor, donde lo vio Renata sobre las siete de la mañana. Nueva disputa con palabras agrias. Él se fue a la cocina, cogió un cuchillo y regresó a la habitación, dándole tres cuchilladas mortales a la esposa. Luego, se dirigió a la cámara de su hija con el arma escondida en la espalda, le preguntó si dormía y, cuando Ágata dijo que no, le asestó tres puñaladas, pero ella, con ayuda de su hermano, consiguió desarmarlo.

No hizo falta una profunda investigación. Cuando la Policía llegó, él estaba allí, ido; no se resistió y después confesó lo que había hecho. Los hijos también explicaron la secuencia de acontecimientos. Cuando se cumplió un año y un día del episodio, el asunto llegó a

juicio, un plazo tan rápido que da idea de los pocos obstáculos que encontraron los inspectores, el juez y el fiscal para concluir su trabajo. La sesión estuvo trufada de preguntas retóricas, que no tenían una respuesta clara. El fiscal quiso que Leandro explicara la causa del asesinato y él contestó: «Dígamelo usted, yo la quería muchísimo». Para él, Renata había sido una buena esposa y una buena madre, y el norte de su vida había sido que a ella y a sus hijos «no les faltara de nada». Él, las privaciones, las conocía de cerca. De manera que no consiguió dar una excusa coherente, y mucho menos aún para el ataque a su hija, que no se explicaba ni siquiera su abogado defensor.

El tribunal lo condenó a diez años de cárcel, mucho menos de los cuarenta y seis que exigía el fiscal pero más que los ocho que pretendía su abogado defensor. La causa, que los jueces tuvieron en cuenta el argumento del letrado: que en el momento del crimen, Leandro no estaba en sus cabales; lo que técnicamente se define como enajenación mental transitoria.

Como figuras espectrales, recorren los pasos perdidos las pasiones más extremas. Está la ira, con su aliento que produce espasmos; los celos, que nublan la mente; la venganza, que empuja a cometer actos impensables; el dolor, que clava sus uñas en la carne; la avaricia, que se frota las manos; el deseo de someter, que empuja a la violación; la violencia, que conduce al asesinato; el ansia de poder, hermana de la corrupción. Ese mayo de 1991, lo que flotaba en la sala de juicios no eran estos fantasmas, sino tristeza por un crimen a quien nadie dio una respuesta satisfactoria. Ni los jueces, ni el abogado defensor, ni la fiscalía, ni siquiera los informes de los especialistas. Leandro no era de esos sujetos que matan a sus parejas «porque era mía»; no se trataba de uno de esos arrogantes protagonistas de lo que se llamó crimen pasional; una descripción para sujetos en realidad débiles y acomplejados que muestran su imperio cobarde con la agresión. Era un hombre de sesenta años, triste, abatido, vencido, seguro que marcado por una infancia y adolescencia cuajada de carencias y la pérdida de sus familiares.

No, Leandro no intentó ocultar lo ocurrido ni buscar pretextos a lo que sucedió. Lo admitió todo, pero sin conseguir explicarlo. Cuando los inspectores de Policía llegaron a la casa lo encontraron tendido en la cama, junto al cadáver de su esposa. Solo les dijo: «No la molesten, que duerme».

Un crimen es siempre la derrota de la razón, un fracaso que a veces ni su resolución conlleva una victoria, porque al final solo encontramos perdedores.

A LOS EXTRATERRESTRES NO LES GUSTAN

LOS DIENTES

Interrogar es un arte que no está al alcance de todo el mundo. Hay abogados y fiscales que son verdaderos virtuosos en la materia, capaces de desmontar cualquier versión para encontrar la verdad, a lo Perry Mason. Por ejemplo, en un caso de asesinato, la acusada estaba deshecha en lágrimas de arrepentimiento y excusas de todo tipo. Cuando le tocó el turno al letrado de la familia de la víctima, este le comenzó a preguntar por sus estudios, y ella respondía que apenas nada, entre sollozos.

—Entonces, ¿no ha estudiado nada? ¿Seguro?

—Bueno, sí, un cursillo de arte dramático.

—¡Ah, de arte dramático!

Teatro: la fórmula para mostrar emociones ajenas o enmascarar las propias. Al ser revelado su aprendizaje de la simulación, se acabaron las lágrimas y gimoteos. Con pocas palabras, el letrado desnudó al personaje interpretado por la asesina, que al ver revelado su engaño se transformó, desapareció la plañidera y apareció el verdadero carácter de la acusada, despiadado, implacable, que a cambio de dinero y una promesa de boda había lanzado ácido a la cara de una chica relacionada con su exnovio, lo que le causó la muerte. Ya no mostró más remordimientos en el juicio.

No todos los abogados están tocados por esta varita. Hay una máxima entre la gente del derecho según la cual a veces la mejor pregunta es la que no se hace, no vaya a ser que la respuesta te deje en paños menores, si bien algunos no siguen el consejo y no

tienen empacho en interesarse por extremos surrealistas. Por internet circulan compendios de preguntas absurdas efectuadas en juicios que afrentan cualquier lógica. Véase:

—¿Fue usted o su hermano menor el que murió en la guerra?

¿Qué tal esta?:

—Doctor, ¿no es cierto que cuando una persona se muere no se entera hasta la mañana siguiente?

A veces, las interpelaciones dan lugar a diálogos delirantes. Ejemplo:

—¿Le dispararon en medio del follón?

—No, me dispararon entre el follón y el ombligo.

O este otro:

—¿Qué fue lo primero que le dijo su marido cuando se despertó?

—¿Dónde estoy, Kathy?

—¿Y eso le molestó tanto?

—Es que mi nombre es Susan.

Una muestra más:

—¿Cómo terminó su primer matrimonio?

—Por muerte.

—¿Y por la muerte de quién terminó?

¿Son reales o fruto de imaginación y deformación de la realidad? Quién sabe, no se citan los lugares donde se produjeron, pero no hace falta ir muy lejos para encontrar, digámoslo así, frases

singulares. Oído en la Audiencia de Barcelona. Al final del tiempo de un defensor, y molesto por la actuación del letrado, el presidente del tribunal espetó al acusado:

—Búsquese un abogado que le defienda de su abogado.

El juez en cuestión era conocido por sus intervenciones alejadas del estricto derecho, como aquella en que al iniciar el juicio soltó «Que pase el condenado», dejando claro con antelación que la absolución estaba complicada.

En otra ocasión, una jueza decidió intervenir para dejar las cosas claras. Se juzgaba a un indigente chileno, al que una banda de narcotraficantes había partido la pierna para enyesarla con una mezcla de escayola y cocaína. Al ser descubierto y detenido en el aeropuerto de El Prat, confesó todo lo que le había ocurrido y, en el juicio, la magistrada quiso saber:

—Cuando le enyesaron la pierna, ¿estaba usted presente?

Claro que para preguntas originales, pocas podrán competir con esta. En el banquillo de los acusados de los tribunales de Barcelona se sentaba un hombre por ejercer la medicina con, digamos, métodos inusuales. Cuando le tocó el turno a la abogada de las víctimas del peculiar sanador, inquirió:

—¿Usted fue abducido por una nave espacial?

Se produjo revuelo en la sala, el defensor protestó y el presidente del tribunal quiso saber a qué venía ese interés galáctico. La letrada explicó que el acusado había declarado que entró en posesión de esos conocimientos tras ser secuestrado por extraterrestres. El magistrado dijo que la pregunta era pertinente y el hombre se negó a contestar, porque era parte de su intimidad. Que cada uno deduzca lo que quiera.

El individuo en cuestión fue juzgado por practicar una técnica propia, bautizada como biocibernética cuántica holográmica, aunque también se podía denominar medicina neurofocal amigdalítica dentaria y cicatrizal; esta última, tal vez, más definitoria del sistema, que consistía en arrancar piezas dentales, dejando en su lugar cicatrices, para curar cualquier tipo de dolencia. El personaje fue dado a conocer en sus artículos por el periodista Pepe Rodríguez, en los que describió cómo se había convertido en un polímata en este campo: en diversos contactos con extraterrestres. El propio sanador lo había contado en un foro que bien poco tenía que ver con la medicina: el IV Congreso de Ufología y Paraciencias del Vallès. Allí relató cómo transcurrió su primera reunión con estos seres. Resulta que debido a su trabajo de corredor de comercio viajaba mucho en automóvil. Un día, su vehículo fue atraído hacia un camino de montaña y, una vez se paró el coche, fue abducido por un ovni. «No recuerdo qué ocurrió», según las palabras recogidas por Rodríguez, «pero sé que estuve en la nave extraterrestre porque cuando volví en mí me encontré totalmente desnudo frente a mi ropa, que estaba en un montón, perfectamente doblada y ordenada; era evidente que yo había sido chupado por una fuerza de energía que me aspiró por la cabeza y que la ropa, al faltarle el sostén de mi cuerpo, se había desinflado, cayendo ordenadamente, pieza sobre pieza, por efecto de la gravedad».

Ese día acabó la carrera del corredor de comercio y se inició la del especialista biocibernético cuántico hográmico neurofocal, pues en posteriores chupadas energéticas había conocido esta forma de sanación. El problema es que ningún habitante de otra galaxia se presentó para refrendar su versión a fin de evitarle el banquillo de los acusados de la Audiencia de Barcelona.

El hombre había abierto dos consultas, donde el compendio de semejantes palabras incomprensibles para el común de los mortales prometía milagros sin necesidad de ir a Lourdes, amén de practicar la acupuntura, especialidad que esta vez había estudiado en el planeta Tierra. Se trataba de un negocio familiar, en el que también

participaba su mujer, ama de casa, que atendía a las visitas y que incluso en alguna ocasión llegó a inyectar medicamentos, para lo cual no tenía ninguna formación.

El sanador tumbaba a sus clientes en una camilla y les pasaba por el cuerpo unos cilindros que nadie ha podido determinar qué utilidad tenían, pero que a él le servían para diagnosticar cualquier clase de padecimiento. Luego, les pedía una radiografía de la boca y al verla determinaba que para la curación era imprescindible extraer un número variable de piezas dentales. Cada visita costaba entre cinco mil y seis mil pesetas, una buena cantidad en ese tiempo.

Se hacía llamar doctor, lo cual no era, y emitía unos protocolos e informes para informar a sus clientes. Así, les aseguraba que «la mayoría de enfermedades son producto de desequilibrios energéticos que se pueden solucionar liberando la placenta que hay en los dientes». Rodríguez ahondó en sus promesas, pues auguraba en sus escritos «resultados muy satisfactorios» con una «posibilidad de error inapreciable» para dolencias tan dispares como estados emocionales anómalos, depresiones nerviosas, intoxicaciones alimentarias, problemas respiratorios, Parkinson, epilepsia, tumores cerebrales, cáncer de pulmón, drogodependencia o dolores artrósicos; ahí es nada. Para ello era imprescindible desprenderse de parte de la dentadura, para luego completar el tratamiento con unos productos que le enviaban y que se anunciaban como «embriones vivos de cerebro total» entre otros órganos del cuerpo, a cien mil pesetas el bote: un pastón. No faltaron las ocasiones en que en la consulta también se facilitaban medicamentos, otra cosa que no podía hacer, pues no era médico. En su despacho se encontró procaína (un anestésico), epinefrina (una potente droga que se usa entre otras cosas para paros cardiacos y sangrados), urbasón (un corticoide) y polaramine (un antiestamínico).

O sea, que estaba en posesión de la panacea, pero que no salía gratis, como puede verse, sino en ocasiones muy cara. Rodríguez quedó tan escandalizado por lo visto, y más después de hablar con

los enfermos, que impulsó una actuación judicial, que a la postre desembocó en el juicio.

La verdad es que lo que pasó no tiene gracia. En primer lugar, porque el especialista holográmico ordenaba a los enfermos que debían abandonar los tratamientos convencionales, la ciencia, para adentrarse en otro mundo, paranormal, porque la medicina «se encuentra en contraposición con la naturaleza del ser y lo artificializan», según consta en uno de sus informes. Luego, porque la investigación determinó que los afectados no mejoraron de sus dolencias, pero sí vieron sustancialmente mermadas sus cuentas corrientes, que tampoco eran boyantes, además de sus dentaduras, lo que provocó en algunos casos hemorragias e intensos dolores.

Especialmente llamativo fue que el sujeto tuvo colaboradores entre algunos médicos a los que enviaba pacientes y dentistas a los que derivaba a sus clientes, que no dudaban en sacar dientes a mansalva, a pesar de que eran piezas sanas, tal como quedó acreditado durante las pesquisas judiciales; pero se libraron de la Justicia porque, para ellos, los delitos habían prescrito.

Cabe preguntarse cómo alguien en sus cabales recurre a semejante tratamiento al margen de cualquier avance científico, y, para más inri, costoso y muy doloroso. La respuesta es clara: por desesperación. No es fácil aceptar que te espera la muerte sin remedio o que tus sufrimientos no encuentran una cura. Entonces es posible que uno se adentre en cualquier terreno desconocido en busca de una ilusión para lo imposible. La sentencia de la Audiencia de Barcelona lo expresó con claridad: «… la esperanza de curarse iba destinada a personas que sabían que tenían una enfermedad terminal o bien estaban padeciendo un calvario. (…) Por tanto, situación proclive a creerse cualquier explicación mínimamente coherente que aportara una esperanza de que se curaría».

En la causa, en el juicio y en diversos testimonios queda patente lo que ocurrió. Especialmente dramáticas fueron las palabras de un

hombre que explicó ante la Audiencia que su mujer sufría una esclerosis lateral amiotrófica, enfermedad incurable, y que, atormentados, acudieron a la consulta en busca de un milagro. La consecuencia, que le arrancaron veintinueve piezas dentales sanas. Los últimos meses de su vida fueron un suplicio, porque a los dolores propios de la esclerosis —que ya no se trataba— se unió que no podía comer nada sólido —¿cómo lo iba a hacer, sin dentadura?— y tuvo que alimentarse con líquidos que su esposo, ya viudo cuando declaró ante el tribunal, le daba con una pajita.

A dos chavales de doce y trece años, con retraso escolar, les prescribió que les quitaran nueve y ocho dientes, respectivamente; se ve que tener más espacio en la mandíbula ayudaba a estudiar. A un chico de catorce años que tenía el síndrome de Tourette (una afectación del sistema nervioso que causa tics, espasmos, movimientos o sonidos incontrolables) le recetó prescindir de seis dientes; no se quedaba quieto ni así. Por una depresión crónica, a otro de sus pacientes le quitó cuatro muelas. ¿Por qué vinculó la dentadura con enfermedades tan dispares? Porque decía, según consta en los artículos de Rodríguez, que «yo he descubierto que, cuando una pieza dental nace, ya lleva en sí una placenta, que cuando estalla actúa como un útero. Se abre, y este tejido, que es muy fuerte y energético, queda entre el hueso y la pieza. Luego, a través del nervio, libera información real que es utilizada por el sistema orgánico para que la criatura crezca. Pero cuando esta información se agota, como la pieza sigue conectada, transmite información a la inversa, y el sistema actúa al revés». De manera que, para interrumpir esta línea de datos malévola, se trataba de quitar el origen, el diente.

En el juicio, el acusado defendió sus terapias, que no fueron vistas con buenos ojos por el tribunal, que lo acabó condenando por un delito de intrusismo, otro de estafa continuada y cuatro de lesiones a nueve años de cárcel, amén de indemnizaciones por valor de treinta mil euros, el decomiso de todo su material médico y la clausura de su chiringuito, añadiendo la prohibición de ejercer cualquier

profesión relacionada con la sanidad, sentencia que fue ratificada por el Tribunal Supremo.

Las crónicas recogen múltiples casos de tartufos que se hacen pasar por lo que no son. Entre 2018 y 2023 hubo en Catalunya un personaje que fingió ser sanitario en un hospital y en el transporte médico, se presentó como neurólogo y a fin de ampliar sus horizontes falsificó el carné que le permitió ejercer de agente de seguridad en el metro. En dos centros sanitarios, uno público y otro privado, una mujer ejerció como doctora en urgencias sin haber estudiado ni un curso de medicina; se distinguió por escuchar mucho en silencio a los pacientes y preguntarlo todo a los médicos de verdad. Josep Martí Gómez contó dos ejemplos impagables. Uno, el de un curandero detenido que exhibía un título de médico y que se excusó ante el juez por sus métodos asegurando que creía en la magia, no en la medicina. Dos, el de un joven que nunca estudió Derecho pero que actuó como abogado con buena fortuna, hasta que al final de un juicio fue arrestado por la Policía por falsario. Fue a parar al mismo calabozo que el delincuente al que acababa de defender, al que solo dijo: «Esto sí que no me lo esperaba». Incluso hay impostores que demostraron una gran creatividad, como Douglas Stringfellow, que llegó a cargos directivos del Partido Republicano de los Estados Unidos gracias a la fábula sobre su comportamiento titánico durante la II Guerra Mundial que lo dejó en una silla de ruedas, lo cual era absolutamente falso; incluso podía caminar. Otros son dramáticos, como Jean Claude Romand, que iba dando sablazos bajo la apariencia de ser un alto cargo de la Organización Mundial de la Salud y que cuando se descubrió el pastel mató a su padre, a su madre, a su esposa y a sus dos hijos. Qué cosa tan curiosa, solo falló para suicidarse, como otros a los que les da por despachar a la mujer, que no hierran para matar pero sí para quitarse de en medio. Enric Marco llegó a presidir Amical Mauthausen gracias a sus detalladas descripciones de la sevicia nazi en el campo de Flossenbürg, cuando en realidad era un farsante. Falleció sin que se supiera su verdadera peripecia, que tiene interrogantes.

En la película Atrápame si puedes se cuenta la vida de Frank Abagnale, que endosó docenas de cheques haciéndose pasar por piloto de aviación, abogado y médico. En los filmes del Oeste es recurrente el personaje que recorre los pueblos en un carromato vendiendo pociones mágicas para las más diversas afecciones y que no eran más que licores más o menos singulares. Pero no es el caso del practicante de la biocibernética cuántica holográmica: con palabras rimbombantes, prometía una curación imposible a personas desesperadas. El protagonista de esta historia no era médico, ni enfermero, ni científico. En la sentencia del Tribunal Supremo que ratificaba la de la Audiencia de Barcelona aparece la palabra curandero. Y no curó nada. En el juicio, defendió sus teorías, como si fuera un avanzado a su tiempo. No se avergonzó de su proceder: para él, lo más «pintoresco» era que le juzgaran.

EL MAL Y LOS LOCOS MORALES

Otra vez. En la cárcel Modelo hay revuelta. Dos presos se han encaramado a una valla metálica y dicen que no bajarán hasta que puedan hablar con el Síndic de Greuges. No hay tregua en la penitenciaría. En un mes se han producido dos fugas. La Policía rodea la prisión, pertrechada con porras y escudos. Familiares de reclusos no hacen caso a la orden de irse; temen lo que puede ocurrir dentro de los muros, donde los encarcelados están al borde de un motín. La madre de uno de los presidiarios que se ha subido a la verja lanza un bocadillo a su hijo. Un agente la golpea. Es lo que faltaba: se desencadena un tumulto.

No es algo nuevo. Los inspectores de la comisaría del distrito de Sarrià siguen los acontecimientos a distancia con cierta indiferencia, ese miércoles 18 de enero de 1989, cuando los periódicos dan cuenta de los disturbios. La calle Iradier, donde está la comisaría, está a varios mundos de la calle Entença, donde se levanta la prisión. La llaman la comisaría de Oeste por su ubicación geográfica en la urbe, y a pesar del nombre no tiene ningún parecido con el violento Far West de las películas. Está en una zona residencial, tranquila, donde se alternan chalés y edificios de pisos de lujo, nada que ver con el barrio donde se ubica el recinto penitenciario, escenario de continuos lances virulentos. Las preocupaciones en uno y otro sitio son bien distintas. Los policías ven en la prensa lo que pasa allá, en la Modelo, como si ocurriera en otro país, lo cual no deja de ser en parte real. Un hombre entra y se dirige al mostrador de la recepción. El agente le pregunta qué desea.

—Mi hijo ha desaparecido.

Blai sale pronto de su casa cerca de los jardines de Pedralbes, como siempre, ese miércoles 18 de enero de 1989. El día es frío, las

temperaturas se han desplomado cuando cuarenta y ocho horas atrás el clima era templado, pero el invierno ha querido recordar a los barceloneses que aún está vivo. Se sube a su Golf de color negro y se dirige al restaurante del que es propietario, en L'Hospitalet. Al salir de una curva de la avenida que circunda el Camp Nou, el estadio del F. C. Barcelona, ve una figura conocida, que le hace señales. Es Antón, un cliente de su local. Para su automóvil, se saludan y Antón le pide si puede acompañarlo en su coche. Blai acepta, es una persona amable. Mientras siguen su camino, ambos hablan de fútbol, porque Blai es un forofo del Barça. La jornada había dejado las cosas como estaban: empate del Madrid en Valencia, empate de los culés en Málaga; los merengues de Leo Beenhakker siguen por delante de los azulgranas de Johan Cruyff. Antón abre la bolsa azul de deporte que porta y extrae una escopeta de cañones recortados.

5 de abril de 1990. Antón relata cómo secuestró y mató a Blai. No ahorra detalles. Casi ni hacen falta preguntas, es prácticamente un monólogo. Sentado en los bancos de detrás suyo, uno piensa que Antón ni se da cuenta de que la sala de la Audiencia de Barcelona, donde lo están juzgando, está llena. Es como si el resto de personas le importaran un bledo, como si estuviera solo allí. No fija su vista en nadie, parece incluso ausente. No se justifica ni busca pretextos. En su discurso no hay arrepentimiento. Podría comprimirlo y simplemente decir: «Lo hice, qué más me da, no voy a disculparme y vosotros me dais igual». El público asiste a la narración en silencio: un silencio que se puede ver y oír. Ni siquiera el abogado defensor consigue encontrar muchas excusas a lo ocurrido, porque su cliente no pone ni un pero a lo que pasó; «tan solo desarreglos mentales podrían explicar tan anómalo comportamiento», esgrime. Está todo tan fuera del guion habitual de un juicio que el letrado acaba pidiendo veintiséis años, ocho meses y un día de cárcel para su patrocinado. Quince días después, el tribunal hace pública la sentencia: serán cuarenta y siete.

Antón nace en Órgiva, en las Alpujarras granadinas, el 9 de diciembre de 1951. A principios de 1976 emigra a Catalunya y, por medio de un primo, se emplea en una empresa de policromados de L'Hospitalet de Llobregat, que se levanta en los terrenos de una familia catalana de economía desahogada, propietaria de naves industriales y gasolineras. El hijo, Blai, además, tiene un restaurante a escasos metros de su trabajo. Frecuentemente, Antón desayuna y come allí. Se casa y tiene tres hijas. La vida va bien hasta que en 1987, tras diez años en la compañía, los continuos desencuentros con su jefe, que es su pariente, motivan que abandone el empleo, apuntándose al paro. Con la indemnización abre una tienda de ultramarinos en L'Hospitalet. En el mercado municipal compra frutas y verduras para su establecimiento y a veces ve cómo pasa Blai por la calle, con su Golf negro.

Pero Antón también fracasa en su negocio. Baja la persiana un año después de subirla, reúne a su familia y se marchan a Motril, en su provincia natal. Allí las cosas no mejoran. No acierta cómo salir adelante, no tiene ocupación, cobra el subsidio de desempleo, pero pronto acabará el periodo de prestación y no tendrá nada. Necesita conseguir dinero rápido y fácil. Solo se le ocurre una manera: secuestrar a Blai y pedir un rescate por él. Coge una escopeta Franchi que tiene, una sierra y, en una planicie sobre el túnel de la Gorgoracha, en la carretera que une Motril con Vélez de Benaudalla, recorta los cañones y la culata del arma y medita su plan. Y toma otra decisión, que explica fríamente al fiscal cuando lo interroga en el juicio:

—Si no lo mataba, me cogerían. Tenía que quitarlo de en medio.

Años después, converso con mi amigo Lluís, que es psiquiatra, sobre las cosas que he visto en los juzgados y en las comisarías y le pregunto si él cree que existe el mal; si hay personas que son intrínsecamente malas. En su especialidad no se maneja esta definición, me explica, porque el mal es un concepto moral, no psicológico. La gente a la que yo me refiero, continúa, no sienten

apego por el otro; son seres muy desestructurados aunque la ciencia busca explicaciones al porqué alguien inflige padecimientos a un semejante, al que a lo mejor ni siquiera conoce. Por ejemplo, se estudia si tiene algo que ver la falta de las llamadas neuronas espejo del cerebro, que son las que nos permiten identificar los sentimientos de los demás y, por ende, empatizar con el otro. La cuestión es que ellos no captan la humanidad. Yo le confieso que más allá de una razón científica, creo que existe el mal, que lo he visto de cerca; desalmados que han cometido actos atroces y no muestran el menor remordimiento por ello. Han matado por placer, por dinero o por envidia; sin miramientos, sin pensar en otras posibilidades. Son preferentemente hombres, pero también hay mujeres. Son altos o bajos, rubios o morenos, gordos o delgados, eso no importa, pero en todos vi el mal en la mirada, que no pueden ocultar.

—La mirada es una fuente de información muy valiosa —me dice Lluís—, es lo que te hace sentir.

5 de abril de 1990. Dos psiquiatras declaran en el juicio contra Antón. Ambos han mantenido varias entrevistas con él y han elaborado un dictamen psicológico del acusado. Resumen: es un hombre normal, emocionalmente duro, sin sentimientos de culpa; de personalidad emprendedora y agresiva, «como un gestor o un encargado de ventas»; que tiene un buen concepto de sí mismo y no precisa apoyarse en los demás. En su opinión, no es un psicópata. El defensor quiso saber cómo un hombre normal pudo cometer sus actos:

—Es una pregunta humana, pero poco profesional. Nadie pasa de la normalidad a la monstruosidad.

El cerebro es un laberinto que en determinadas personas conduce a salidas que otros ni atisbarían, y, si las vieran, no las tomarían. A Antón, sus pensamientos lo llevaron a un monte en Motril y, cuando

bajó, ya sabía qué iba a hacer. Y lo explicó con pelos y señales cuando fue detenido y ante el tribunal.

El 17 de febrero de 1989, Antón sube al Renault 7 propiedad de su esposa y viaja a L'Hospitalet, a donde llega sobre las siete de la tarde. Estaciona en las inmediaciones del mercado municipal y compra una pequeña azada de labranza por mil pesetas. Duerme en el coche y, sobre las cuatro de la madrugada, conduce hasta el barrio de Sants, en Barcelona, hasta una churrería, donde desayuna chocolate con churros. Luego toma la carretera de Sant Cugat a Terrassa, y en el término de Sant Quirze del Vallès, en un paraje llamado Can Vives y donde hay un estercolero, cava una zanja. Conoce el lugar porque había pasado varias veces por allí con camiones de la empresa de policromados, y siempre percibía el fuerte y desagradable olor del lugar. Al terminar, vuelve a Barcelona y aparca en la avenida de Chile, para apostarse en una curva cercana al Camp Nou porque sabe que Blai pasa por allí para ir a su restaurante. Cuando ve su Golf levanta la mano derecha y le pide que pare. Tras saludarse, le solicita que lo lleve hasta su restaurante, a lo cual Blai accede. Charlan de fútbol y a los pocos minutos saca la escopeta de su bolsa y le conmina a salir de la ciudad. Blai, asustado, le obedece. Al llegar al estercolero le hace aparcar y le obliga a caminar hasta la zanja, donde le hace sentarse. Le pregunta cuánto podría reunir su familia en poco tiempo, «Diez o quince millones de pesetas», contesta, y le compele a escribir con su pluma el número telefónico de su padre. Cuando ha hecho esto, le dispara en la cabeza y lo sepulta. Tira la escopeta cerca. No le quita ni la cartera ni el dinero, tan solo el reloj y un anillo. Con el vehículo de la víctima regresa a Barcelona, lo estaciona cerca de donde estaba el suyo, en la avenida de Chile, cambia de automóvil y vuelve a Motril.

Blai lleva un día sin aparecer. Salió de su casa pero no ha llegado a su restaurante. ¿Qué habrá pasado? No tiene sentido, no es una persona que haga cosas raras. Su familia está angustiada. El padre recibe una llamada. Una voz le dice: «Tenemos a tu hijo en nuestro poder y si quieres volver a verlo prepara ciento cincuenta millones

de pesetas en billetes usados de cinco y diez mil pesetas. Volveremos a llamar». No sabe quién es. El que habla es Antón, un perfecto desconocido para su interlocutor, quien de camino a Motril se ha detenido a dormir en un hostal de la localidad de Barranda (Murcia). Al reemprender el viaje, para en Padul (Granada), y desde una cabina telefónica lleva a cabo su primera comunicación.

La Policía ya está buscando a Blai antes de la llamada; el padre había denunciado su desaparición en la comisaría de Oeste. El Golf negro ha sido encontrado donde lo dejó el asesino, pero no revela datos de lo que ha pasado. En las investigaciones policiales también hay rutinas. Es como si a partir de un punto central se trazaran círculos con un compás. El centro es la víctima. El primer círculo incluye a sus familiares y allegados. El segundo, a sus conocidos. Y así se van ampliando hasta encontrar sospechosos y móviles. Ni Blai ni su familia están relacionados con negocios oscuros, ni tienen deudas ni vicios que provocarían un secuestro, ni puede ser un ajuste de cuentas: son unas personas normales y corrientes, con una vida tranquila y sin zonas tenebrosas. El terrorismo también se descarta, así que la causa tiene que ser económica. La duda es cuántos podrían ser los delincuentes, porque si bien el interlocutor habla en plural, puede ser simplemente uno. Un experto en negociaciones de la Policía se instala en la casa de la familia de la víctima las veinticuatro horas del día para seguir al minuto las conversaciones, a ver si encuentra pistas. Se produce otra, al cabo de una semana, donde se fija un pago de treinta millones de pesetas, pero un hallazgo casual hace pensar que todo había acabado.

El día 27 de enero, una persona que paseaba con su perro por el pasaje de Can Vives encuentra el cadáver. A pesar de que Antón enterró allí el cuerpo porque creyó que el olor del estercolero taparía el del cuerpo, había llovido, la tierra se había removido y el animal lo descubre. El negociador a cargo del caso piensa que ya no habrá más contactos, así que vuelve a su domicilio para seguir las averiguaciones por otro camino. Pero no es así.

El descubrimiento sale en algunos medios de comunicación; incluso el día 29 aparece la esquela de Blai en La Vanguardia, la mañana en que se iba a oficiar el funeral, pero Antón no lee los periódicos. El 31 vuelve a llamar a la familia de Blai desde una cabina de Motril. Hay dos comunicaciones más. En la última suelta: «Mañana tu hijo desayunará en casa, pero si no entregas el dinero te diremos dónde está, pero muerto». La familia ya sabía que Blai no regresaría.

Antón indica que el pago se tiene que efectuar el 13 de febrero en Valencia. Dos días antes viaja a la capital del Turia y se aloja en un hostal. Deambula por la ciudad hasta encontrar el lugar que escoge para recoger su botín: un solar junto al número 23 de la calle Eduardo Boscá, cerca del primitivo cauce del río Turia, donde el padre tiene que dejar sobre las siete de la tarde una maleta y una bolsa con el dinero bajo la valla publicitaria de un coche Citroën. Así lo hace el hombre, mientras los inspectores de Policía vigilan las inmediaciones. Sobre las siete y media, los funcionarios observan como un taxi llega al sitio y un hombre da varias vueltas por la zona, hasta que coge la maleta y la bolsa y toma otro taxi. Lo siguen un rato y, al comprobar que está solo, lo detienen. En su poder no solo está el dinero, sino también el anillo y el reloj de Blai. Se encaminaba a la estación de autobuses para regresar a Motril. Hubiera podido salirle bien, pero había varios «a veces»: a veces llueve y la tierra se remueve, a veces hay hallazgos casuales, a veces hay que leer los periódicos, porque así no habría vuelto a llamar ni a buscar un rescate por una persona a la que ya había matado.

No se resiste al arresto, ni tiene reparos a contarlo todo en comisaría, en el juzgado y en la Audiencia de Barcelona. En el juicio se ve a un hombre alto, fibroso, bien peinado y bien vestido, de facciones marcadas y que habla tranquilamente, sin sentimientos, sin alzar la voz, con un tono monocorde. El mal no grita, ni hace aspavientos en público, quizás por eso aún es más pavoroso cuando te das de bruces con él. Otros criminales del mismo tenor que Antón inventan historias disparatadas para excusarse, porque la culpa de

sus males siempre es de los demás. Él no, ni siquiera se escuda con subterfugios. Si hay algo en común en todos ellos es que comparten esa mirada sin emociones, como ausentes, y la cadencia uniforme de sus palabras, sin un solo grito ni cambiar de registro. Llama la atención este total desapego hacia lo que pasa. Le pregunto el porqué a Ángel, amigo y psiquiatra forense. «Entran en un estado de disociación», me explica. «Desconectan porque no entienden que lo que pasa allí va con ellos; están en otro mundo. Les da igual veinte que cuarenta años de condena. Les importa poco el juicio: forma parte de una esfera social y ética que no va con ellos». El derecho clásico acuñó términos que han ido desapareciendo del desempeño de los tribunales. Por ejemplo, cuadrilla, o amancebamiento, o adulterio. Para referirse a casos como este, en los escritos legales pretéritos aparecían dos palabras: loco moral; aquellas personas que en determinadas circunstancias incomprensibles para una conducta normal cometen actos más allá de la razón. Será mucho menos científico que psicópata o narcisista, pero es mucho más literario, y también descriptivo. Una moral enloquecida, capaz de transgredir cualquier norma o ley.

Antón ingresó en prisión para cumplir condena por el secuestro y asesinato de Blai. Tenía treinta y ocho años cuando intentó evadirse de la inminente miseria ganando dinero fácil. No tenía nada en contra de Blai, confesó: simplemente era su billete para sus deseos de lograr dinero fácil. Su víctima no llegó a cumplir veinticuatro y dejó una viuda. Las hijas y la esposa de Antón no supieron nada de lo que había hecho; ella pensaba que cuando salía de casa en esos días de 1989 iba a buscar trabajo. Sus hermanos creyeron que lo habían detenido por robar un coche. El tribunal había determinado que, si bien las penas sumaban cuarenta y siete años, el tiempo máximo de permanencia en prisión serían treinta. De acuerdo con la normativa de la época, en agosto de 2000 quedó en libertad provisional, pero en marzo de 2001 volvió a una celda porque empleó el tiempo en cometer dos atracos bancarios. Entonces se apuntó a un programa de tratamiento penitenciario para delitos violentos a fin de «potenciar y mejorar sus habilidades

psicosociales», según explicó la Generalitat cuando, el 16 de marzo de 2005, no regresó a la penitenciaría de Brians después de que le concedieran un permiso de veinticuatro horas, por lo que fue de nuevo arrestado. Aún hay otro rastro de él. En febrero de 2014 fue a parar de nuevo a la cárcel porque lo condenaron a cinco años y nueve meses por robar en una casa y cumplió su castigo en noviembre de 2017.

Mi amigo Lluís es un científico y no entra en disquisiciones sobre conceptos morales como el mal. La filosofía y la religión han buscado razones y definiciones para la pregunta. Pero en las comisarías y en las salas de justicia, el mal coloniza figuras humanas y puede verse y oírse: es de carne y hueso. Ellos son la imagen de la locura moral.

BELLEZA ENTRE LAS SOMBRAS

La belleza es alquimia: se trata de destilarla, de extraer su esencia. A partir de materiales que parecen innobles, hay quien es capaz de aflorarla incluso en lugares donde lo normal es que la proscriban: en una guerra, en una catástrofe, entre la miseria. Un poema, un dibujo, una carta son catalizadores para conseguir que emerja. O una foto.

Hernando Toro es un fotógrafo colombiano que pagó una larga condena por tráfico de drogas en una de las prisiones más inhumanas de España de finales del siglo xx, la Modelo de Barcelona. Y, sin embargo, él, allí, entre las sombras de las celdas, del delito y de las penurias humanas, encontró belleza, la retrató y la mostró en unas imágenes que perturban, que no dejan indiferente. Belleza entre las sombras.

La rescató con su cámara de oscuras galerías y de malolientes pasillos y cubículos. Toro la encontró en sus impactantes retratos, en los que otros internos se desnudaban física y moralmente, se mostraban tal como eran: travestidos, homosexuales, malvados, inocentes, feos, gordos… Sorprendentemente, dejaron ver su vertiente más humana, la que en principio no traspasaba los muros de la penitenciaría. Toro consiguió que enseñaran sus más íntimos rincones sin avergonzarse por ello. Su belleza, por más extraña que pueda parecer a los demás.

Hernando Toro nació en Supía, en el departamento de Caldas, en la zona cafetera de Colombia, el 23 de marzo de 1949. Durante tiempo ha sido discreto acerca de su vida, azarosa, pero a raíz de que su obra fuera reconocida empezó a contarla en reportajes, en un documental llamado Toro, dirigido por Ginna Ortega y Adriana

Bernal-Mor, y en el podcast #Afondo, de su compatriota la periodista María Jimena Duzán, emitido el 14 de junio de 2023.

Irónico, dicharachero, Toro recordó cómo se afincó en Bogotá y reconoció su afición juvenil a la rumba (el término del país para definir «la juerga»), que dejó noches memorables. Empezó a trabajar en galerías de arte y se casó con una azafata barcelonesa que trabajaba en la línea aérea Avianca. Ella y sus compañeras le suministraban corbatas, bufandas y otros complementos de moda de contrabando que comenzó a vender a tiendas, pero un buen día tenía tantas prendas almacenadas en su casa que decidió abrir su propia boutique que frecuentaba la jet set local, que, según él, en aquellos tiempos vestía bastante mal.

El primer tropiezo, la primera ocasión en que cambió su rumbo, fue por un accidente de tráfico en Bogotá, por un choque con su automóvil en el que murió una persona. Condenado por homicidio, fue a parar a la cárcel por primera vez. A consecuencia de este suceso, su negocio se hundió y al salir de prisión decidió trasladarse a España, a Barcelona, a la ciudad de su esposa, donde abrió un negocio de corsetería. Llegó en un momento en que España estaba en ebullición, en enero de 1976. Franco había muerto apenas tres meses antes y el país comenzaba un proceso que desembocaría en el viaje de la dictadura a la democracia. Barcelona era una de las cabezas de puente del desembarco de este tránsito que puso del revés la política y la sociedad. En la ciudad influenciada por lo que pasaba más allá de los Pirineos, que miraba a Francia y a París, que combinaba barrios suburbiales de trazos maltrechos con joyas arquitectónicas y el urbanismo de Cerdà que había introducido la racionalidad en la planificación, Toro entró en contacto con artistas y personajes a la vanguardia de la intelectualidad que enriquecieron su modo de ver la vida.

Pero también encontró su rumba, la de las noches interminables. Con su mujer se instaló en un piso de la calle Muntaner, justo enfrente de una discoteca que forma parte de la crónica nocturna

barcelonesa: Boccaccio; donde se juntaba la élite intelectual y juerguista. En su paso por Bogotá conoció la cocaína, «el perico» en argot, y él mismo ha contado que en esos tiempos sus amigos le enviaban cartas con dosis, que él regalaba a sus nuevos compañeros de parranda, no para traficar, según explicó, sino para animar la fiesta.

Sin embargo, esto no fue bien visto y acabó detenido por distribuir narcóticos, dándose la circunstancia de que él es uno de los primeros expedientes que se abrieron en la recién creada Audiencia Nacional. Luego vinieron más tropiezos, que lo llevaron a un lugar sórdido: la cárcel Modelo de Barcelona, donde permaneció por casi diez años. Advierte que nunca ha sido «un bandido», que jamás ha visto un arma, que no tiene nada que ver con el tráfico de drogas tal como lo entendemos, sino que repartía para la diversión y, además, él no consumía. La verdad es que tuvo varias entradas en prisión. Por ejemplo, una, porque con un grupo de conocidos querían comprarse un Mercedes y la fórmula para pagarlo fue el perico. Otra, porque le dieron un permiso penitenciario, pero se emborrachó e iba a llegar tarde, así que decidió no regresar. Se instaló en el apartamento de un amigo en Castelldefels y allí estuvo dos años, hasta que en un control de tráfico lo identificaron, comprobaron que estaba buscado y lo devolvieron al penal.

En la capital catalana, antes de iniciar su vida entre rejas, conoció al peluquero Llongueras e hizo un curso de este oficio en su establecimiento. Puede pensarse que corsetería y peluquería eran trabajos complementarios, pero, en realidad, a él le gustaba otra cosa. Siempre tuvo afición por la fotografía. «Yo siempre he sido fotógrafo», cuenta, y que desde años atrás tuvo buenas cámaras. «Desde muy joven aprendí a mirar; la educación visual que yo tengo es gracias a mis amigos, los artistas». En Bogotá no había una escuela para aprender este oficio, pero en Barcelona, sí, y asistió a ella. Allí perfeccionó su técnica en el oficio y la manera de revelar. Gracias a estos conocimientos, en la Modelo le permitieron impartir un taller para enseñar a otros presos. Una celda de la sexta galería

fue su aula, que bien pronto se quedó pequeña, porque él recibía trescientas solicitudes para apuntarse a sus enseñanzas, mientras que para otras actividades la cifra era de apenas veinte. Por ello le permitieron agrandar su espacio, se tiró una pared y se unió otra celda.

Toro es un creador que tiene una mirada especial. «En libertad lo miras de otra manera», en prisión había que fijarse en otras cosas. «Me encanta mostrar a esa persona, quién es esa persona, cómo vive, cómo llora o cómo siente, pero para eso tiene que ser amigo mío. Yo no creo en los retratistas que hacen retratos de gente desconocida». Consiguió trabar amistad con otros presos y en ese lugar sórdido y triste que era la cárcel hizo alquimia: extrajo la belleza de donde no parecía haberla.

«Me encantan las putas viejas, y los travestis, y las drag queens, y los bandidos, y los tatuados… Me gusta todo el mundo». De forma inaudita, Toro logró que todos aquellos personajes del lumpen se dejaran fotografiar. Por centenares. Como la Massiel, una travesti posando disfrazada de Liza Minnelli; o el chico con todo el cuerpo tatuado, que mira por encima de un brazo donde grabó la frase «mierda para la justicia»; o un joven con obesidad mórbida desnudo mostrándose como una Venus ante la cámara; o un delincuente feroz que no tiene problemas para mostrar su boca desdentada…

Para Hernando Toro, la fotografía está vinculada a la memoria, porque cuando ve una foto de hace años se acuerda del momento en que la tomó y de la historia que hay detrás. Cada foto tiene una historia. Como la de el Pana, que hizo de camello desde Venezuela con su esposa; un tipo calvo y de gesto duro pero desgraciado: ella murió al estallarle la bola de droga que transportaba en el estómago y, además, tras ser detenido perdió el contacto con su hija. O el chico senegalés alto y musculoso que jugaba muy bien al baloncesto en el patio del penal y que se dejó retratar desnudo si le hacía otra foto con traje y corbata para enviar a su familia y contarles lo bien que le iba en Barcelona trabajando como modelo.

Las fotos de Hernando Toro no son las habituales porque enseñan el fondo de los personajes que se ponen delante de sus cámaras. Parece imposible que aquellos que habitaban una cárcel se prestasen a posar de manera que transgredía incluso las leyes que rigen en ese mundo marginal encerrado entre muros y barrotes. Pero ocurrió. El blanco y negro resaltó aún más los claroscuros de los modelos masculinos, aparecidos entre la luz del flash y la oscuridad de la celda que servía como taller; hombres condenados por sus errores que se quitaron la ropa, se adornaron o adoptaron posturas desafiantes y orgullosas. Sus fotos impactan en los sentidos; no son comunes y corrientes ni exacerban una hermosura natural o artificial, sino que apelan a los sentimientos más íntimos de quienes posan o de quienes las ven.

A fin de poderlas exhibir en algún momento, Hernando Toro tuvo cuidado de que sus modelos le firmaran documentos donde aceptaban que las imágenes se pudieran mostrar en el futuro. Otra cosa fueron las normas que le impusieron las autoridades penitenciarias. En el acuerdo para dar el taller se le permitía quedarse con ciento veinte fotos, pero se saltó el compromiso. Él dice que le gusta mamar gallo, que es la expresión colombiana equivalente para tomar el pelo en España. Cada vez que salía de permiso de la Modelo, entre su ropa sucia ocultaba un buen número de negativos, dejando en la penitenciaría los contactos, así que cuando quedó en libertad tenía un fondo enorme, que ha servido para varias exposiciones y publicaciones en medios de comunicación. Al volver a Colombia, el equipaje donde cargó todo ese material pesaba treinta y cinco kilos. Él cree que la limitación venía dada porque la fotografía también es un arma social y puede traer problemas: «Con la fotografía se pueden denunciar muchas cosas».

Esa maleta donde sacaba los negativos de la Modelo también llevaba otra cosa: el olor de la prisión. «La cárcel huele a rejas», dijo Toro en una entrevista. A pesar de que tenía una ocupación, recuerda «el aburrimiento» entre los muros del edificio. «Es horrible estar ahí», asegura.

Decir que Hernando Toro es la única persona que ha hecho fotos en la cárcel Modelo es falso. Profesionales de los medios de comunicación han podido entrar en la penitenciaría en algunas ocasiones y han dejado imágenes impactantes de ese mundo, como brazos asomándose entre las rejas pidiendo atención u hombres pasando las horas en la prisión, sin mucho que hacer. También han quedado testimonios gráficos de episodios violentos y sangrientos. A finales de los ochenta, otro fotógrafo, Javier Inés, consiguió pasear por los patios y así retrató a varios presos: hombres descamisados deambulando como si estuvieran en cualquier otro sitio, pasando las horas, miradas fijas al objetivo; tatuajes como la inscripción «Jehová es Dios» junto a una Estatua de la Libertad; un interno con las manos en los bolsillos y un walkman donde seguramente escucharía música para engañar al tiempo que transcurre lentamente. Inés, natural de Zaragoza, se trasladó a Barcelona en 1985 y se dedicó sobre todo al retrato, recopilando personajes de aquella ciudad preolímpica como Terenci Moix, Pasqual Maragall o Javier Mariscal, pero también se fijó en los marginales, en aquella fauna de una noche que le fascinaba y así recogió la huella de sin techo, travestis, viejas vedetes y noctámbulos. Fallecido de sida a los treinta y cinco años, Javier Inés también buscó la belleza en parajes parecidos a los que exploró el artista colombiano.

El trabajo en los talleres le valió una reducción de condena a Hernando Toro. Tras quedar en libertad, volvió a Bogotá «como artista, porque siempre he sido un artista. Lo que pasa es que uno de joven se mete por unos derroteros y unas cosas que… Un tropezón cualquiera tiene en la vida». La cuestión es cómo afrontarlo: «Uno puede caer en la cárcel y lo que quieras, pero hay que sacarle un partido positivo a esos malos pasos». Él lo hizo con unas fotos que sacó a hurtadillas de la Modelo y que hoy son parte de la memoria de un tiempo y de la suya propia. En su país, Toro ha continuado con su carrera como fotógrafo, persiguiendo la alquimia de encontrar la belleza en cualquier lugar, aunque sea entre las sombras de una celda.

PREDICCIONES CON TRAMPA

Desde el inicio de los tiempos, el hombre quiere conocer el futuro. Civilizaciones avanzadas hurgaban en las entrañas de animales en busca de conocer qué iba a pasar, si la suerte acompañaría en la batalla o si el nuevo líder tendría un mandato próspero. Hasta Alejandro Magno consultó el oráculo de Delfos para saber si conquistaría el mundo, pero como la pitonisa le contestó que en ese momento no le apetecía profetizar y que se marchara y volviera más tarde, entró a la fuerza y agarró por el pelo a la augur, que vaticinó: «Eres invencible, hijo mío». Qué iba a hacer la pobre: a ver quién es capaz de aventurar que las cosas se le van a torcer a un rey colérico que encima era propenso a usar la espada. La leyenda cuenta que, en los idus de marzo, Julio César hizo caso omiso de una predicción y al poco rato le dieron de puñaladas hasta convertirlo en pasado.

Todavía hoy en día, en las modernas ciudades hay negocios de tarotistas y adivinadores, a los cuales acuden personas que pretenden conocer si el destino está escrito, como si alguien supiera en qué estante se guarda ese libro. Los rumores apuntan a que conocidos políticos y financieros se cuentan entre sus clientes. Incluso los diarios siguen incluyendo el horóscopo, para que los lectores sepan qué depara a su signo la jornada. Recuerdo una anécdota que me contó mi padre cuando era director de El Noticiero Universal. Entonces tenía entre sus colaboradores a un famoso astrólogo, que un día abrió la puerta de su despacho y le soltó:

—Manolo, veo en tu futuro…

—Todo bueno, que pago yo.

Menos mal que de vez en cuando alguien incluye algo de pragmatismo en este batiburrillo de promesas de amor, salud o

ganancias económicas. Claro que hay veces en que las predicciones están trucadas, porque no tiene mérito presagiar que tu destino no es halagüeño cuando la vidente ha contratado a dos sicarios para acabar con la vida de quien acudía a ella. Así, cualquiera.

Esta historia podría haber acabado muy mal de no ser por la presencia de circunstancias cómicas, puestas de relieve en la causa y en el juicio, que tuvo momentos delirantes. El núcleo de la cuestión fueron las desavenencias entre una adivinadora y una clienta, que la primera pretendió solventar con malos modos terrenales: contratando a dos sicarios para despacharla y seguir con su consulta astral como si nada.

Terencia tenía problemas propios de la gente: sentimentales y económicos, porque encontró dificultades para cobrar una herencia y no hallaba el camino para recuperar el amor, así que acudió al gabinete de videncia, tarot y magia ritual que la maga tenía abierto en Terrassa para buscar soluciones en el más allá para lo que la afligía aquí, lo que derivó en una serie de encontronazos en los tribunales, que es donde se dirime lo que les pasa a los humanos que viven con los pies en la Tierra. Así, Terencia denunció en 1999 que la profetisa le había soplado setecientas cinco mil pesetas (algo más de cuatro mil euros). Días después de presentar la reclamación por estafa, la taumaturga denunció a la clienta por coacciones. Ambos pleitos acabaron en absoluciones, lo cual no desanimó a Terencia, que en 2001 presentó una demanda civil contra la pitonisa en la que exigía la devolución de la cantidad citada.

Y es aquí donde la trama deja el otro mundo para venirse a este, tal como cuenta la sentencia del caso. A fin de poner punto final a la disputa, la maga citó a otro de sus clientes, Poch, con la excusa de que tenía un trabajo para él. Se ve que el hombre pasaba sus apuros económicos, de manera que fue al consultorio de adivinación, donde se enteró de que el encargo era «quitar de en medio», según sus palabras textuales en el juicio, a Terencia, por lo cual recibiría un millón de pesetas (seis mil euros). Para facilitarle la tarea, le dio una

foto de ella con su nombre y dirección anotada de puño y letra por la vidente en el reverso.

Poch debió de salir atribulado del gabinete de tarot y, desde luego, sin intención de mandar a nadie al otro barrio, de manera que buscó a un conocido, llamado Pou, para que le sirviera de testigo, yendo ambos de nuevo al consultorio, donde se les reiteró la encomienda, el nombre de la víctima y el precio por sus servicios. La verdad es que un dúo llamado Poch y Pou no despierta mucha confianza como pandilla de sicarios, más bien se los podría asociar a otras actividades más lúdicas, las que nos evocarían nombres como Tip y Coll o Faemino y Cansado, pero es que la augur no fue capaz de adivinar cuál sería el próximo paso de la pareja: se fueron a una comisaría de Policía y explicaron que una mujer los quería contratar para acabar con otra. El desenlace recuerda a una entrevista que una televisión francesa le hizo a un pitoniso:

—Así que usted es vidente, ¿no? —preguntó el presentador.

—Sí —contestó el otro.

A continuación, el responsable del programa le arreó un monumental sopapo al invitado, que se quedó estupefacto.

—Y esto, ¿no lo has visto venir? —espetó el entrevistador.

El juicio fue uno de esos que recuerdan quienes han asistido a él. La acusada apareció con pelo largo, teñido de rubio, con largos tacones y vestida de naranja. Normalmente, los abogados piden a sus patrocinados que se presenten ante el tribunal arreglados con discreción. Ya se empezó de forma nada común. Las versiones de acusada y víctima fueron de lo más dispares. La adivinadora aseguró que no quería matar a nadie, sino que pidió a los que creyó matones que le dieran un susto a su antigua clienta descontenta y así lograr que la dejara en paz para seguir con sus augurios. Todo el problema giraba en torno a que Terencia fue a su consultorio y que ella le ofreció amistad y amabilidad, pero que la sufridora transformó sus

peticiones en requiebros amorosos, lo que contó a Poch, que se ofreció a arreglar el asunto. Además, añadió que Poch estaba resentido porque había fallado un conjuro amoroso y por eso la inculpaba de urdir un crimen. O sea, demasiado romanticismo mal resuelto. La denunciante contradijo totalmente este relato. Según ella, le consultó sus problemas y después le dejó el dinero porque la vidente tenía deudas de juego, pero nunca se los devolvió. Y de amores homosexuales, nada, porque, expresó rotundamente, a ella «le gustaban y le gustan los hombres».

Poch y Pou fueron testigos de cargo devastadores para la maga. El primero explicó que conoció a la augur porque vio un anuncio de sus poderes y la visitó varias veces, a cinco mil pesetas (treinta euros) por cita, cuando su novia lo dejó. Para completar un hechizo que le devolviera a su amada, consistente en rezos, velas y sortilegios, el precio era de cien mil pesetas (seiscientos euros), pero él le dio cincuenta mil (trescientos), porque iba algo justito de pasta. En ese momento de la declaración, alguien murmuró en la sala:

—Si se los hubiera gastado en rosas, hubiera recuperado a la chica.

Luego, sin que cicatrizara su corazón roto, Poch recibió la propuesta de convertirse en un asesino a sueldo y, como no acababa de ver la forma de salirse del lío, recurrió a un testigo neutral, Pou, que lo acompañó para certificar las intenciones de la maga, que, por cierto, lo vio «algo rarito». Un poco de razón tenía. El policía que investigó el caso explicó que había sido boxeador y que sabía de él por motivos profesionales, por delitos contra el patrimonio y contra las personas. O sea, robos y peleas. Pou reconoció ante los jueces problemas mentales («esquizofrenia», definió) y haber coqueteado con las drogas («estoy destoxicao», aseguró). Además, cuando salieron a relucir sus tropiezos con la ley, los rebatió de forma original:

—Soy una persona que lucha por el pueblo.

Poch y Pou, nuestro inefable dúo, fueron testimonios creíbles para el tribunal de la Audiencia de Barcelona, que acabó condenando a la adivina a cuatro años de prisión por proposición para el asesinato, además de indemnizar a Terencia con seis mil euros.

Cuando la vidente terminó su declaración en el juicio, el presidente del tribunal, un hombre de gran sentido del humor, inquirió:

—¿No tenía usted poderes esotéricos para que ella (Terencia) se alejara de usted?

—No, señoría.

Igualito que el pitoniso francés, que no adivinó el bofetón que iba a recibir.

El futuro nos inquieta. A muchos les angustia conocer qué les pasará. ¿Tendré trabajo? ¿Me querrán? ¿Me curaré? Zozobra y credulidad son los ingredientes que posibilitan creer en soluciones mágicas para las dificultades que plantea la vida. Hay anuncios por las calles y se reparten octavillas con los nombres y números de brujos que prometen resolver cualquier dificultad, desde la falta de empleo a erecciones defectuosas o amores sin cuajar. Existen programas de televisión donde los espectadores llaman para consultar a un personaje sus dudas existenciales. Muchos de estos hechiceros optan por ataviarse como si fueran los zíngaros de las películas y usan apelativos que evocan países más o menos exóticos o antiguos magos de la tradición esotérica. Incluso los medios de comunicación recogieron con profusión el caso de una jueza que en su tiempo libre echaba las cartas del tarot.

Normalmente, estas intervenciones de videntes, tarotistas y brujos de toda laya no son más que anécdotas más o menos simpáticas, dependiendo del grado de candor y amparadas porque nadie ha vuelto del otro mundo para describir qué poderes circulan por allí. Pero hay ocasiones en que la magia acaba en los tribunales. Hasta con desenlaces dramáticos. Grupos organizados de proxenetas

africanos amenazaban a mujeres de sus países con hacer vudú a su familia si no continuaban acostándose con quien dijeran y dándoles sus ingresos. Era la esclavitud basada en creencias religiosas ancestrales y arraigadas. En 2009, la Audiencia de Barcelona condenó a un santero cubano que vivía en la comarca barcelonesa del Maresme, donde regentaba un local en el que llevaba a la práctica su magia y además cohabitaba con dos amantes. El trío acabó de forma trágica, porque el brujo se puso de acuerdo con uno y mataron al otro a golpes en la cabeza, propinados con la figura de un loro de piedra. Los asesinos fueron condenados a diecisiete años.

De todas formas, la mayoría de casos se acogen a la definición de estafa. Una de estas videntes televisivas fue condenada a dos años y medio de prisión porque en un programa anunció la muerte inminente de la mujer que había llamado, porque le habían lanzado un mal de ojo. La víctima, que además estaba sumida en una profunda depresión, fue impelida por ella y sus colaboradores a seguir una serie de rituales. Pero la cosa no acabó aquí, porque le aseguraron que el caso era tan grave que necesitaba el auxilio de un cura del Vaticano, que ni era sacerdote ni era de la Santa Sede. La única solución era que el supuesto religioso viajara a Jerusalén y enterrara en Tierra Santa un calcetín y un collar de la mujer. Total, que el remedio costó más de treinta mil euros, pero sin resultado satisfactorio. En Navarra, un santero senegalés ordenó a una clienta que para conocer el origen de sus males colocara un huevo debajo de su cama, lo lavara y volviera de nuevo a verlo con el huevo sumergido en agua. Al romperlo, estaba negro (no iba a estar fresco como una rosa, ¿no?), lo que probaba sus sospechas: otro mal de ojo. Para eliminarlo le cobró más de diecisiete mil euros. Como sus tormentos no arreciaron, denunció el caso a la Policía, pero cuando los inspectores fueron al local, el santero había desaparecido. Por arte de magia.

Pasan los años, pero continúa habiendo personas vulnerables que acuden a cualquier método para eliminar sus congojas. En noviembre de 2023, la Audiencia de Barcelona impuso tres años y

medio de prisión a una sanadora que aventuró a una persona que su drama tenía que ver con la magia negra. La víctima tenía un cuadro horrible: sufría fibromialgia, su hija tenía cáncer y su hijo era toxicómano. No es extraño que, con un panorama así, alguien se agarre a un clavo ardiendo; lo terrible es que alguien se aproveche de ello. Lo que la adivina le aseguró que si no seguía sus rituales de «limpieza», ella también enfermaría gravemente, pero no era gratis: la terapia esotérica le costó a la víctima, angustiada, deprimida y presa del pánico, ciento cinco mil euros, abonados en los meses de junio y julio de 2009. Pero, de nuevo, sin resultados. Y, además, la interfecta ya tenía un pasado: había sido condenada por sucesos similares en Pamplona (a un año) y Valencia (a tres).

Moraleja: mejor arregla tus problemas de aquí con métodos convencionales, porque el más allá no ofrece soluciones satisfactorias.

EL POETA DEL CHEQUE

Los sábados por la tarde, la casa de José Jurado Morales en la calle Borrell de Barcelona estaba abierta para aquellos que quisieran hablar de literatura, leer poemas o intercambiar opiniones. José Jurado Morales (Linares, Jaén, 1900; Puente la Reina, Navarra, 1991) fue un poeta y escritor que ganó varios premios literarios, publicó una veintena de libros y también destacó por ser mecenas de aspirantes a escritores. Además, fue fundador de la revista literaria Azor, que tuvo dos épocas, de 1932 a 1936 y de 1969 a 1973. Se cuenta en su haber otras tres iniciativas culturales: el lanzamiento de otra publicación, Cuaderno literario Azor, el premio de poesía Azor y la creación de la editorial Ediciones Rondas, de la que era propietario y director.

A aquellas reuniones de la calle Borrell asistían, además de novelistas consagrados como Concha Alós, un argentino camino de la cincuentena que quería labrarse una reputación como poeta llamado Juan Carlos Firpo y dos jóvenes estudiantes de Derecho, Juan Carlos Zayas y Vicente Neila, fascinados por las letras. Años después, tan casualmente como en la tertulia, sus caminos se volverían a cruzar: Firpo como falsificador de primera y Neila, primero, y Zayas, después, como sus abogados defensores.

Firpo tuvo dos vidas. En la literaria, llegó a publicar tres libros de poemas, Grito, Palidez y Soledad palpitante. El primero, editado por Rondas en 1979, cuenta con un prólogo del propio Jurado Morales en el que dice que el autor «produce una singular impresión» y que escribe «dentro de las más modernas tendencias de la nueva literatura sudamericana con un estilo que a nosotros se nos antoja futurista, pero que ha quedado consagrado» con autores como García Márquez, Cortázar o Vargas Llosa. Incluso llega a equiparar al novel con estos nombres.

Los poemas de Firpo hablan de amor y muerte. Por ejemplo, el llamado «Mañana», que dice:

Me enamoro del frío

De la lápida triste

De aquello que persiste

Por codiciado afán

El afán de morirse

Antes que no llegar

Es más linda la gloria

Cuando uno ya se ha ido

A pesar de los elogios de su mentor, la carrera poética de Firpo tuvo un recorrido escaso, todo lo contrario que su peripecia como estafador, que fue mucho más prolífica y que se prolongó hasta, que se sepa, 2007. Luego hubo un epílogo diferente, triste y decadente.

Juan Carlos Firpo nació en Buenos Aires el 17 de mayo de 1934. Llegó a Barcelona a finales de 1979, aunque usando el nombre de Alejandro Domingo Lastoria, en un momento en que la ciudad era epicentro del terremoto provocado por la nueva narrativa latinoamericana, cuyos representantes convivían con autores autóctonos como Juan Marsé. Frecuentaba los círculos literarios, como la tertulia de la casa de Jurado Morales o la de Los amigos del Ritz. Nadie conocía cómo aparecía por allí, comentaron otros asistentes: siempre pensaban que lo llevaba otro participante, pero si se lo preguntaban al supuesto avalista, resulta que este creía que

lo había traído otro. En suma, que no se sabía cómo, pero allí estaba. Y destacaba, porque en 1981 los miembros de Los amigos del Ritz le iban a entregar una placa de reconocimiento por sus desvelos por la poesía, pero tuvieron que prescindir del homenaje porque lo habían detenido y estaba en los calabozos. Atlético —practicaba el tenis y la natación—, simpático, embelesador —besaba las manos de las mujeres mientras las lisonjeaba— y conversador excelente, llegó a ser jurado del concurso de poesía de Cuaderno Literario Azor, compartiendo tarea con, por ejemplo, el poeta chileno Alfonso Larrahona, el periodista español Manuel Vela Jiménez y el mismo José Jurado Morales. Incluso se dejó ver en alguna ocasión en la fiesta del premio Planeta.

La verdad es que Firpo no falsificaba directamente: era, para que se entienda, como el director general de una pequeña sociedad de embaucadores. Hemos de situarnos en la época, cuando internet no existía, el correo electrónico era desconocido y era habitual que cheques y otros documentos empresariales se remitieran por carta. Seguramente contaba con un cómplice en Correos, que detectaba aquellos envíos con talones y efectos que le fueran útiles. Luego, tenía a sus órdenes a un experto que conseguía abrir los sobres sin que quedara rastro, para una vez concluida su tarea volver a cerrarlos y devolverlos al tráfico comercial.

Así se hacía con los talones y los números de cuenta de las empresas que le interesaban y averiguaba los nombres de los responsables financieros de las sociedades, amén de conocer los timbres que se usaban para autentificar los papeles. Encargar una copia del sello de goma no era difícil, pero falsificar las firmas de los gerentes de las compañías, sí. Para ello contaba con especialistas, la élite del negocio, hasta el punto de que en una ocasión un perito judicial no pudo asegurar que la rúbrica de un documento no era auténtica ante la desesperación del denunciante, pero él salió indemne del procedimiento.

Luego, confeccionaba una carta dirigida al banco en nombre del responsable del área financiera de la corporación, en la que solicitaba talonarios, que se le informara del saldo de la cuenta y cobrar un cheque. Por último, cogía un taxi y convencía al conductor para que entrara en la oficina bancaria y cumpliera el encargo, con excusas como que tenía dificultades para caminar o que estaba agobiado de trabajo y mientras haría otra gestión. A veces, entregaba a estos intermediarios que no sabían que lo eran la fotocopia de un DNI que llevaba su foto, pero cuyo número y nombre no eran verdaderos. Le hacía estacionar en la puerta del banco y vigilaba, o bien desde el mismo vehículo o desde una esquina. Si la cosa iba bien, le daba una buena propina al profesional del volante, y si veía que llegaba la Policía o que el empleado era renuente a pagar, se iba andando tranquilamente. Su táctica era cobrar un primer talón por una módica cantidad. Si salía bien, el siguiente ya era por un monto importante, a partir de ciento ochenta mil pesetas. Llegó a endosar efectos en cinco bancos en un solo día.

Juan Carlos Firpo era alto, siempre bien vestido con americana y corbata, calzando zapatos caros y en invierno con un abrigo de piel de camello de color camel que solía llevar sobre los hombros. Para los policías era fácil identificarlo a partir de las descripciones de los testigos, por ejemplo, de los taxistas, que estaban en babia sobre lo que había pasado hasta que eran citados por los agentes. Tras ser arrestado, si no entendía cómo lo habían localizado, preguntaba qué ls había conducido hasta él. Un día, un inspector le dijo que, hombre, un tipo con su porte, atildado y acento argentino no era muy difícil de reconocer. Un letrado le aconsejó que cambiara su habla y que se pusiera un jersey, lo que no le gustó porque lo consideraba una ordinariez: «Yo tengo una imagen y unas formas y no puedo cambiarlo», le repuso. Para él, su apariencia formaba parte del personaje y del oficio que tan bien desempeñaba; para él, la puesta en escena era esencial.

Siempre se dedicó a aligerar las cuentas empresariales con este método y le favorecía que en aquel entonces los números de los balances se cuadraban cada mes, de manera que el perjudicado tardaba unos días en darse cuenta. Únicamente se conoce que se saltó sus normas una vez, cuando vendió una casa que no era suya mediante una documentación falsificada y cobró unas arras. No le salió mal y en el juicio lo absolvieron.

Fumador empedernido de tabaco negro y bebedor pertinaz de whisky, Chivas, si podía ser, aquellos que frecuentaban las tertulias literarias lo recuerdan siempre con un cigarrillo y un vaso en la mano. Culto, afable, conversador magnético, era un seductor nato. Pero si una cosa no era, era violento. Era un falsificador, no un matón. Jamás perdía la calma ni la compostura. A su manera, respetaba las reglas de su mundo y jamás se resistió a una detención, y entre él y los policías se estableció una relación de sorprendente cordialidad para un extraño, abonada por años de andar como el perro y el gato. Hasta se cruzaban halagos: «Nos has dado mucho trabajo, Firpo»; «Tengo un gran concepto de usted por su eficacia, inspector». Nunca tuvo una mala palabra ni con sus abogados ni con los agentes. «Sabía perder», comentó uno de aquellos investigadores que lo detuvieron en más de una ocasión. Este comportamiento le reportaba un buen trato en las comisarías: sus letrados nunca lo vieron esposado, declaraba, o no, con tranquilidad y al terminar pedía permiso para fumarse un cigarrillo. Mientras acababan de redactar las diligencias, lo dejaban salir al pasillo, solo, y jamás hizo una trastada: ni pretendió fugarse ni treta alguna. Cuando terminaba su tabaco, simplemente se asomaba a la oficina y preguntaba «¿Bajamos?», refiriéndose a si se iba al calabozo. Y de la celda siempre salía impecable, como si hubiera pasado las últimas horas en la habitación de un hotel de lujo.

Este talante es fuente de anécdotas. En 1981, cuando fue detenido antes de recoger su placa en Los amigos del Ritz, al jefe del grupo de Estafas le dio por leerle uno de sus poemas, con el que, evidentemente, provocaba al pícaro:

Quítate el disfraz,

Quítatelo pronto,

El carnaval termina

El carnaval se va.

Firpo le dijo que en aquel momento se sentía más identificado con otro:

Yo no quiero viajar,

Me cansé de estar quieto

Tengo un tiempo feliz

Y una pena escondida.

Se han cansado las noches,

Se han cansado los días,

Quién es que no se cansa,

Si se cansa la vida

Firpo le preguntó si le gustaba y el inspector le respondió que no, que era un tipo de poesía que no le interesaba.

—Es usted un excelente policía que carece, lamentablemente, de sensibilidad poética —contestó Firpo, tal vez herido en su amor propio.

En otra ocasión fue llevado a los tribunales para ser presentado ante la jueza de guardia. Su defensor le aconsejó que no abriera la boca, que ya miraría él de minimizar los efectos del detonante de su situación, que no era otra que una ristra de cheques falsos. Al terminar la comparecencia, la magistrada le preguntó si tenía algo que alegar. Y fue y le dijo:

—Mi abogado me aconseja que no hable, pero yo quiero decirle que tiene los ojos muy bonitos.

La jueza se indignó y él, sin alterarse, añadió:

—No se enfade, si quiere le digo que los tiene horrorosos.

Genio y figura.

Firpo tuvo varias parejas estables, pero siempre las mantuvo al margen de sus actividades delictivas. Una creyó que se dedicaba al comercio internacional, que es una manera sugerente de explicar que su trato con las empresas consistía en rebajarles la cuenta de beneficios. Ganaba dinero y el hogar no pasaba estrecheces. Un abogado que lo conoció comentó que pensaba que vivía de rentas. Imperturbable, nunca contó la verdadera razón de su marcha de Argentina, cuando en aquella época llegaban a Barcelona muchos compatriotas suyos huyendo de la situación política de su país. Argumentaba que fueron causas familiares, sin ahondar en ellas. En una conversación con el periodista Josep Martí Gómez confesó que no era ni de derechas ni de izquierdas, pero que necesitaba el mundo capitalista para su oficio: «Yo amo la libertad pero sé que la libertad no existe, que todos estamos oprimidos o por el capitalismo privado o por el capitalismo de Estado, mientras el mundo lúcido toma conciencia de que la tercera opción es una gran mentira». Su especie de anarquismo intelectual era tan desgarrado como alguno

de sus poemas. Era capaz de mantener una doble vida de una forma que ya hubieran querido para sí los espías de la Guerra Fría, aquellos chicos ingleses universitarios de Cambridge que trabajaron para Moscú en lugar de para Londres.

Su apodo en la mala vida era Bocanegra. Un veterano policía especializado en estafas me contó que este tipo de delincuentes son personajes con don de gentes, que saben engatusar, dar apariencia a algo que es falso, pero que no creía que fueran tan inteligentes, porque siempre hacen lo mismo. «Mucho piquito, pero no cambian». Firpo cumplió esta máxima: era estricto en su forma de operar, que no modificaba jamás. Este inspector refiere que cuando recibían la denuncia y leían la carta en la que pedía talonarios a los bancos ya sabía que era él, porque siempre eran las mismas palabras dirigidas al jefe de cuentas de la oficina. Los investigadores tenían claro que él no falsificaba las firmas, pero nunca averiguaron quién fue el primero, aunque sí el segundo. Su facilidad para la seducción le perdió. El policía recuerda que un día se presentó un hombre en su despacho y le dijo que si conocía a Firpo, porque Firpo hablaba mucho de él. Cuando le preguntó qué quería, respondió que le había quitado a su mujer y que quien firmaba los cheques era ella.

El currículum criminal de Firpo se inició poco después de su llegada a España. En 1981 fue detenido, acusado de diecinueve estafas. En 1983, otra vez, en esta ocasión en Zaragoza. En abril de 1985 cayó por nueve fraudes a bancos perpetrados más otros catorce no culminados. Además, lo acompañaron a la Jefatura de Policía siete miembros más de su organización, esa empresa encaminada al engaño que dirigía. Al conocerse la noticia, Martí Gómez publicó en La Vanguardia esa conversación a la que me he referido antes, que transcurrió fechas antes de su captura en un bar, donde dejó unas cuantas perlas, como esta: «El trabajo es una aberración y los que manejan el sistema no quieren que pensemos que vendemos nuestras mejores horas, días, años, toda una vida trabajando para nada. El sistema acusa a las prostitutas de vender su cuerpo. ¿Y los demás? ¿No nos vendemos cada día?».

La disyuntiva de trabajar o hacer lo que uno desea, en su caso, componer poemas, él la resolvió mediante estafas, que era lo que le daba para su día a día, porque «escribiendo poesía no creo que nadie pueda vivir. Es una empresa solo al alcance de tipos románticos, quijotescos». Esta charla se produjo meses después de que cumpliera condena por los hechos de 1981, y poco antes de ser de nuevo detenido en 1985. Entonces confesó que «al salir de prisión el pasado mes de diciembre (se refiere al de 1984 y el artículo es de 24 de abril de 1985) pensé en instalarme en otra ciudad, pero amo demasiado Barcelona para irme a vivir a otro sitio».

En mayo de 2007 volvió al banquillo de los acusados de la Audiencia de Barcelona, acusado de catorce estafas en bancos y cajas de ahorros perpetradas entre enero y junio de 2004, con unas ganancias de dieciséis mil euros. Tenía setenta y tres años, el pelo cano y había perdido su elegancia natural. Apenas habló más que para decir que no sabía nada de lo que le imputaban. Le cayeron cuatro años, nueve meses y un día.

Firpo no estuvo mucho tiempo en prisión porque sus delitos no estaban castigados con penas muy altas, salvo la última vez, cuando dejó su mundo para adentrarse en otro que ya no dominaba. Esas permanencias breves entre rejas las llevaba bien. Incluso llegó a participar en una radio que se montó en la cárcel Modelo para entretener a los reclusos, a los que leía poesías, pero era un hombre inteligente y se dio cuenta de que el mundo había cambiado. La tecnología, los ordenadores, el correo electrónico, dificultaban la técnica que había perfeccionado, porque ya no valía tener una conversación embaucadora y las operaciones bancarias se comprobaban telemáticamente en segundos. Quienes lo conocieron oyeron cómo se lamentaba de que ya no encontraba artistas de la falsificación, que nadie imitaba las firmas a la perfección. Uno de sus cómplices en estas tareas había muerto y recurrió a uno procedente del Este de Europa, pero aseguraba que no era de fiar. Intentó dejarlo, asociarse con personas para, por ejemplo, comprar

automóviles en el extranjero y venderlos en España de forma legal. Firpo llevaba a sus posibles socios a comer a buenos restaurantes, pero el interlocutor, al segundo o tercer contacto, se daba cuenta de que él no tenía nada que ofrecerle, que salía de la nada para colocarse en un sector donde era un desconocido. Quizás por eso, porque ya no ganaba dinero a costa de falsificar cheques y su tiempo se estaba acabando, se asoció con un grupo que vendía drogas y eso le reportó la condena más larga, de la que anímicamente no se recuperó.

Los estafadores son gente peculiar. Elegantes, atractivos, envolventes, saben qué deben hacer para conseguir el dinero ajeno o para excitar la avaricia del prójimo con su palabrería, que es una de las causas principales de la estafa. Pueden ganar mucho dinero, pero lo gastan tan rápido como lo obtienen. Ejemplos los hay a porrillo, pero algunos son realmente enciclopédicos. Un ciudadano consiguió que un banco le diera hipotecas por todas las casas de un pequeño pueblo de la provincia de Girona a pesar de que ni un solo ladrillo era suyo. La cosa se frustró porque la Policía intervino cuando iba a recoger su botín a la oficina escogida para el fraude. El personaje ya tenía práctica: anteriormente había vendido un terreno en el barrio de Horta, en Barcelona, que solo existía sobre el papel. Un estadounidense llamado George C. Parker colocó entre 1883 y 1928 el puente de Brooklyn y la Estatua de la Libertad a multimillonarios crédulos y, a la vista está, fanfarrones. El francés Victor Lustig hizo lo mismo con la Torre Eiffel en 1925, argumentando que él era funcionario del Gobierno galo y que la construcción estaba que se caía y que la única solución era derribarla y comerciar con el acero. Es evidente que aún sigue en París. Todo el mundo menciona a Carlo Ponzi como creador de las estafas piramidales, esas que prometen grandes ganancias a cambio de una primera inversión y que se derrumban como castillos de naipes, sin saber que la verdadera inventora de este esquema fue la española Baldomera Larra, la hija del famoso escritor y periodista Mariano José de Larra, que al final salió bien parada de su escándalo. Lo mismo que Wilhelm Voigt, un zapatero alemán que en

1906 se compró un uniforme de capitán, hizo formar a un pelotón militar de la ciudad de Köpenick y detuvo a todo el consistorio bajo la acusación de corrupción. Y mientras los soldados se llevaban a los sorprendidos concejales y funcionarios, él arrambló con la caja consistorial, se subió a un tren, se cambió y se marchó. Detenido poco después, fue condenado a cuatro años, pero a los dos el káiser lo indultó porque la opinión pública consideró que lo que había pasado era divertido.

Literato frustrado, Juan Carlos Firpo recuerda al brevísimo cuento del guatemalteco Augusto Monterroso: «Cuando despertó, el dinosaurio todavía estaba allí». El dinosaurio era él. Lo sabía; sabía que era una especie extinta, superada por la tecnología. En sus últimos años, él mismo decía que pertenecía a una profesión sin futuro, porque, para él, falsificar era un trabajo y así hablaba, como si fuera el gerente de una empresa normal y corriente. Sus últimos tiempos fueron tristes, se lamentaba de que ya no llevaba dinero a casa y de que vivía de la pensión de su pareja. Fueron días de quiebra personal, como desgarrados eran sus poemas desde el principio, como estos versos de «Alienados», de 1979:

La última reunión

La última playa

El último tacho (palabra argentina que significa «recipiente culinario») vacío

No hay última playa

No hay último tacho

Todo va por un camino sin retorno.

Si hemos de ser sinceros, hay que reconocer que la obra de Firpo tuvo poca difusión. Él mismo se pagaba las ediciones de sus libros (setenta y seis mil pesetas por Grito, noventa y siete mil setecientas por Palidez) de las que no se vendió ni un ejemplar y que regaló a sus compañeros de tertulias. Una de sus detenciones le impidió concluir un texto en prosa, Silencio, compuesto sin puntos ni comas, presumía.

Juan Carlos Firpo ya ha muerto y su epílogo es tan descascarillado como su final: en Wallapop alguien vende su libro Palidez. Precio: 0 euros. Lo entrega a cambio de que alguien le haga otra compra.

¿DÓNDE ESTÁ EL PARAÍSO?

Nochebuena, año 2002. Habrá regalos en el árbol, que seguro que Papá Noel se acuerda de nosotros. Las familias preparan la cena en recuerdo de que, veinte siglos atrás, un niño vino al mundo en Belén para expiar los pecados del mundo. Paz y amor para todos, al menos durante unos días, luego ya veremos. Aquel niño que tanto celebramos nació pobre, sin que nadie acogiera a sus padres y su madre parió en un establo. La redención no necesita recursos económicos. Se olvidarán las ofensas, pero no cambiará la suerte. Dos mil dos años después, muchos niños nacerán en el mundo de cualquier manera y miles de personas no tendrán donde refugiarse del frío durante las horas del sueño, en Nochebuena. Barcelona no es Belén, pero también hay olvidados por la fortuna. Samuel buscará un rincón en el barrio del Raval donde acurrucarse. Nadie le dará facilidades, porque en la miseria también hay falta de piedad. El descampado que es posada de mendigos tiene sus leyes y un indigente que se ha coronado rey de esa patria de la desdicha cobra un precio por poder quedarse allí. No se sabe si aquella noche Samuel pagó. Iba bebido, seguro que de alcohol barato, y abrazaba a quien pillaba para felicitarle las fiestas. Quizás recordaba a la familia que dejó, allí en África, para buscar una tierra prometida, aquí, en España, que no lo fue. Feliz Navidad, Samuel. No, no será feliz ni habrá nada que celebrar.

República de Ghana, en el golfo de Guinea. Un lugar por descubrir, prometen las guías turísticas. País seguro para el visitante, parques naturales para ver elefantes o búfalos de bosque en su medio natural, castillos y fuertes de arquitectura singular y mercadillos tradicionales.

República de Ghana, en el golfo de Guinea. Nación con posibilidades. Democracia estable en comparación con el resto de puntos del mapa

a su alrededor. Décima economía con más crecimiento en 2018. Mil nuevos millonarios entre 2006 y 2016. Sexto productor de oro del mundo y el mayor de África. Con bauxita (necesaria para el aluminio), carbonato de manganeso (imprescindible para el acero inoxidable) y diamantes en su subsuelo. De la tierra hacia el cielo crecen el cacao y los cereales.

República de Ghana, en el golfo de Guinea. Cualquier estadística favorable se contrapone con otra desgarradora. Los bonitos fuertes fueron el lugar donde se concentraba a los esclavos capturados por el continente para llevarlos a América, por centenares de miles. El 25 % de la población vive por debajo del umbral de la pobreza, menos de dos dólares al día. El sueldo mínimo es de 51 euros al mes (en España, de 1.050). La inflación es del 31 % (en España, del 2,7 %). La esperanza de vida es de 64 años (en España supera los 80). Ocupa el número 140 de 189 países en el índice de desarrollo humano y el 70 entre 180 en el listado de corrupción.

República de Ghana, en el golfo de Guinea. Un país rico, una nación con enorme pobreza. La paradoja de que huellan la misma tierra la abundancia y la miseria. Dos mundos compartiendo el mismo suelo. Samuel Yaw no era de los afortunados. ¿Cómo no entender la emigración y que, para muchos, como Samuel, España sea el paraíso prometido?

El padre Joan Manel Serra lo entiende.

A finales de 2001, el padre Joan Manel Serra era el vicario de la parroquia de la Sagrada Familia cuando un grupo de veintiún ghaneses, emigrantes ilegales, le pidieron ayuda. Vivían en la calle. Él les consiguió mantas y llegó a compartir una noche con ellos, para comprobar cómo a las cinco de la madrugada corrían a la estación de metro, que abría a esa hora, para resguardarse del frío que los tenía ateridos. Apeló a diversas congregaciones y los Maristas le dejaron un local para que esos desamparados durmieran a resguardo durante las fiestas navideñas. Luego, con otras órdenes,

consiguieron alquilar dos pisos para que esos hombres no estuvieran abandonados a su suerte y pudieran conciliar el sueño bajo un techo. Entonces ya eran treinta y seis. Pero llegó un día en que no se podían pagar los alquileres, mil euros al mes, de manera que se acabaron las viviendas. El padre recuerda que uno de los hombres, uno muy piadoso, se le acercó y le preguntó: «Pastor, ¿qué sucederá cuando nosotros regresemos a la calle?». Esa persona se llamaba Samuel Yaw.

No es posible saber mucho de Samuel. En 2001 estaba en Barcelona, pero no hay datos de cuándo llegó ni de cuál fue su periplo hasta la capital de Catalunya, pero es posible imaginarlo por el testimonio dejado por otros. Ousman Umar también nació en Ghana. Emigró siendo un niño de nueve años. Caminó hasta Níger. Luego cruzó el Sahara a pie. Tardó diecinueve días en salir del desierto. De los cuarenta y seis que iniciaron la travesía solo llegaron vivos a Libia seis. En Trípoli, los traficantes de personas les dijeron que en cuatro horas llegarían al paraíso, a Europa. No ocurrió. Les mintieron. De allí los llevaron por Túnez, Argelia, Marruecos, el Sahara Occidental y Mauritania, donde los embarcaron en pateras. El primer intento acabó en tragedia. Se hundió una y se ahogaron todos sus ocupantes. En el segundo llegó a Fuerteventura. Las autoridades dictaminaron que era menor de edad y tenía derecho a residir en España. Le preguntaron dónde quería instalarse. Hablaba inglés y varios idiomas africanos, pero solo sabía dos palabras inteligibles en castellano: Spain y Barça. Dedujeron que quería ir a Barcelona, donde lo dejaron. Sin papeles. Sin trabajo. Sin saber el idioma. Tardó cinco años y más de veinte mil kilómetro en viajar de su aldea a Catalunya; en arribar al paraíso que sus amigos ansiaban.

Tras dejar el piso de alquiler porque los religiosos no podían pagarlo, Samuel Yaw se fue con Ansu, un amigo suyo también ghanés, a los antiguos cuarteles de artillería del barrio barcelonés de Sant Andreu, entonces unos edificios vacíos y abandonados, donde se refugiaban emigrantes sin papeles como él, de muchas nacionalidades; rumanos, ecuatorianos, chilenos, argelinos, marroquíes, rusos e

incluso okupas. Allí también los visitó el padre Serra, que comprobó las deplorables condiciones de vida que tenían y como la violencia y el peligro no eran ajenas al lugar. Miseria y alcohol es una mala combinación que despierta los peores instintos.

A veces, Samuel se iba a dormir al raso a otro lugar. Se la conocía popularmente como la «plaza de las canchas», porque había una canasta de baloncesto. Era un descampado en la calle Valldonzella, en el barrio del Raval, cerca de la plaza de Castilla. Allí se acurrucaba en un parterre bajo un gran grafiti dominado por una inscripción que rememoraba un cuadro de Goya: «El sueño de la razón produce monstruos». Mal vaticinio para cerrar los ojos. Llegaron los monstruos.

No era el único que pasaba allí las noches. Otro sacerdote los conocía, el padre Emili Roure, de la parroquia de la calle Vallmajor. Él los atendía y también a los jóvenes de la colonia filipina que residían en el barrio y que jugaban al básquet en el solar; gente muy creyente, trabajadora y poco conflictiva. Pero ni en la penuria hay paz y solidaridad. Uno de los indigentes se había erigido en el jefe del lugar y cobraba a los otros desventurados por dejarles pernoctar allí. La moneda de la nación del infortunio, la que los pobres tuvieran a mano: algún billete, alcohol, tabaco. Una ley inhumana para sojuzgar a personas abandonadas.

El día de Nochebuena de 2002, Samuel apareció por las canchas. Había bebido bastante. Era tarde, los jóvenes filipinos que habían salido de misa estaban allí. Samuel se les acercó, les quería abrazar y felicitar las fiestas; se puso pesado, según algunos, pero era inofensivo. Se burlaron un poco de él, hubo algún empujón y lo mandaron a paseo. Sobre las cinco y media de la madrugada, una chica que salía de un bar cercano y se dirigía a su casa pasó por el solar y vio unas llamas. Creyó que era una hoguera y se acercó. Comprobó que lo que ardía era un ser humano. Era Samuel Yaw.

El cuerpo había sido rociado con alguna sustancia inflamable, a lo mejor gasolina, desde el pecho a la cabeza, y le prendieron fuego. Por la zona se encontró una lata. Murió a consecuencia de las quemaduras. No es una forma dulce de irse. El fuego consume la piel, destroza las terminales nerviosas y el cuerpo entra en shock, todo se colapsa; puede ocurrir en minutos, pero el dolor es extremo, difícilmente imaginable. Mientras, se inhala aire a gran temperatura y cargado de productos tóxicos, producidos por la combustión de la ropa.

Uno de los indigentes que dormía allí denunció que el asesino era un chico filipino de los que se hallaban en el descampado, Matías. Fue detenido y enviado a prisión. El padre Roure no creyó en su culpabilidad. Lo conocía. Era trabajador, estaba empleado en un restaurante, tenía una novia. Su opinión se vio refrendada cuando el hombre que denunció a Matías lo fue a ver y reconoció que no había visto nada, que cuando quemaron a Samuel estaba durmiendo. Se movió para que el acusado quedara en libertad, pero no hubo manera. El día del juicio, el principal testigo de la acusación no se presentó. Hubo que interrumpir las sesiones y se ordenó a la Policía buscarlo. Cuando fue localizado, no sostuvo su acusación ante el tribunal. Los agentes que declararon aseguraron que en comisaría este hombre mantuvo su versión varias veces. Dos años después de la muerte de Samuel, Matías quedó en libertad, tras ser declarado inocente por el jurado.

Ousman es un superviviente del drama de la emigración. Cree que tiene obligación de dar testimonio de por qué un ser humano deja su hogar y va en busca de un lugar donde vivir y prosperar. Su relato está en un libro, Viaje al país de los blancos, y en una conmovedora charla que puede verse en internet. Aquel chaval que llegó sin hablar palabra de español fue acogido por una familia, estudió, llegó a sacarse un máster en Esade y fundó una oenegé, NASCO Feeding Minds, que promociona escuelas en su país desde Barcelona. Miles de chavales ya han pasado por sus aulas. Sus palabras son contundentes: el problema hay que solucionarlo allí donde ocurre y

la fórmula es estudiar, una cosa que en donde nació era casi imposible. «El auténtico paraíso está en tu cabeza y en tu casa», afirma.

El paraíso no estaba en la cabeza de Samuel, un hombre de cuarenta y dos años que en la Nochebuena de 2002 se abrazaba a todo el que pillaba y les felicitaba las fiestas. Era la plasmación poco graciosa, trágica, de la frase de Groucho Marx: «Partiendo de la nada, logró alcanzar la absoluta miseria». El joven filipino que fue acusado de matarlo y que fue absuelto de una acusación infundada perdió su empleo y a su pareja, y se fue a Andalucía, donde encontró trabajo en la cocina de un restaurante. Tenía dieciocho años cuando ingresó en la cárcel. Quien lo denunció era el jefe de la plaza, el indigente que cobraba a los otros mendigos para dejarlos dormir al raso en un descampado del Raval, y que tal vez guardaba rencor a Matías. El padre Serra escribió al secretario general de la ONU, Kofi Annan, también ghanés, contándole el drama de los hombres como Yaw y pidiendo que interviniera para paliar el desastre de la injusticia que provoca la emigración de tantos africanos. No recibió contestación.

Llegará otra Nochebuena. Habrá regalos en el árbol. En Barcelona, miles de familias se reunirán y se desearán lo mejor. Paz y amor. La vida es una lotería y el primer premio que sale del bombo es donde naces. Yo soy blanco, siempre he comido caliente y he tenido una buena cama donde dormir. Samuel era negro, pobre y pasaba las noches con las nubes como techo. Veo el relato de Ousman en mi ordenador mientras me tomo un café con leche y tengo la calefacción puesta. Voy a la nevera y hay comida. Abro el armario y hay ropa. Me lo he ganado trabajando, pero no todos tienen las mismas oportunidades. Ousman tardó cinco años en llegar a España, a pie y en patera y viendo morir gente a su alrededor; aprendiendo que, en el desierto, sin nada, quien consigue orinar puede seguir adelante, porque tiene algo que beber. Doy un sorbo a mi café con leche y lleno un vaso con agua. Yo subí a un avión y llegué en ocho horas a Tanzania para fotografiar animales salvajes. Mi boleto en el

sorteo de la existencia salió ganador, incluso en comparación a muchos otros alumbrados en barrios cercanos al mío. Yo soy consciente de ello, pero cuando lees los periódicos te das cuenta de que muchos, no. Los huérfanos de la vida pasan a nuestro lado a todas horas como seres invisibles, quizás si los afortunados los viéramos no podríamos vivir en paz con la sociedad. Queda seguir adelante de la mejor y decente manera posible.

La muerte de Samuel Yaw continúa impune. Ha quedado almacenada en la estantería de un archivo, olvidada y acumulando polvo. No se descubrió a quién le prendió fuego en aquel solar. Incluso hay quien cree que fue una muerte accidental, que se quemó él mismo sin querer, incapacitado por la bebida. Tampoco hay reparación para la miseria. Samuel no encontró el paraíso y está por llegar para muchos otros. ¿Dónde está el paraíso? Para Samuel no estaba en Ghana, ni en Barcelona. Pobre, negro, sin recursos materiales ni humanos, jamás llegó a una tierra prometida y murió calcinado en Nochebuena, día de paz y amor universal.

Feliz Navidad para todo el mundo.

No, para todos no lo es.

TRES HISTORIAS ENTRE EL HUMOR Y LA TOGA

1) La petanca, un deporte de riesgo

Está aceptado que hay deportes de riesgo en los que hay más probabilidades de jugarte el físico. Por ejemplo, si practicas la escalada libre, te puedes partir la crisma, y si te da por boxear, igual te dejan la cara hecha un mapa. Pero la petanca, ese, en principio, pacífico juego que consiste en lanzar unas bolas lo más cerca posible de otra más pequeña, ¿puede ser peligrosa? Pues sí, hasta eso puede perjudicar la salud, dependiendo del ardor que impriman los participantes para ganar.

Ocurrió en un camping de Castelldefels, el 24 de septiembre de 1996. Por la tarde, sobre las seis y media, se iba a celebrar un campeonato de petanca, «una actividad que da mucho ambiente», declaró un campista en el juicio, y, visto lo visto, razón no le faltaba. La cosa se complicó desde el principio. Un testigo de lo que pasó, conocido en el lugar como el guaperas, explicó que uno de los aspirantes al premio llegó «contento», que es la manera suave de definir que se había metido varias copas entre pecho y espalda. Total, que el citado José lanzó comentarios «que en el mejor de los casos se prestaban a equívocos» —escribió el tribunal en la sentencia— hacia una de sus oponentes; epítetos de carácter sexual, en suma, que no fueron reproducidos durante la vista. En fin, que pronto entre el público y el susodicho petanquero se estableció un diálogo propio de enfrentamientos a cara de perro, aliñado con expresiones como «zorra», «borracho», «sinvergüenza», «eso no me lo dices a la cara» o «niñata hija de puta». O sea, como si fuera el partido en que se jugaran la liga el Barça y el Madrid en lugar de tratar de pasar un buen rato en el camping. El final de la partida fue

de órdago. Cuando José, el ganador, el que empezó con sus palabras despectivas, fue a recoger el premio, se enzarzó con otros asistentes y le arreó un puñetazo a Noelia y otro a Gloria, la madre de Noelia, espectadoras de la competición. Miguel, padre de Noelia y esposo de Gloria, otro de los jugadores, se había ido, pero cuando oyó la barahúnda y vio la pelea, regresó y se abalanzó sobre José, cayendo los dos al suelo y comenzándose a zurrar, a pesar de que Miguel estaba delicado del corazón y le habían implantado dos by pass.

Un camarero del camping y un miembro del servicio de seguridad intentaron separar a los contendientes. Hasta se tuvo que llamar a la Policía, que cuando llegó un rato después contempló aún como una quincena de campistas estaban enzarzados en una trifulca en la que, incluso, alguno sangraba. Los partes médicos señalan que José —el que se llevó la peor parte— sufrió una fractura del arco cigomático derecho, que en cristiano significa que le partieron una ceja, pero a conciencia, porque recibió un bolazo que además de romperle las gafas necesitó cirugía estética y estuvo tres meses de baja por dificultades para abrir la boca. Gloria, Miguel y Noelia padecieron diversas contusiones.

Para dilucidar las responsabilidades de la gresca, en el juicio que se celebró en la Audiencia de Barcelona se sentaron en el banquillo de los acusados cuatro personas y otras siete comparecieron como testigos, aunque las versiones fueron tan discrepantes —cosa habitual en una zapatiesta como esta— que no fue posible hilvanar un relato lógico y coherente. Y como en este deporte no hay moviola ni VAR, al final no fue posible determinar quién le atizó a José con las bolas de petanca, dejándole el rostro hecho un cromo. Dos de los imputados fueron condenados a multas por las lesiones causadas.

La narración de lo ocurrido aquel día en el camping señala que tras el torneo de petanca estaba prevista una partida de dominó. No hay noticias de si allí también se armara la marimorena.

Conclusión: si usted ve una partida de petanca en el parque de su barrio, sepa que también este puede ser un deporte de riesgo y acabar como el rosario de la aurora.

2) Al Pacino en Albacete

Domingo conducía un BMW por una recta cercana a Chinchilla (Albacete) como si quisiera batir un récord: iba a ciento cincuenta y cuatro kilómetros por hora, hasta que su esposa le espetó: «Alto, Al Pacino, que es la Guardia Civil». ¿Le dijo eso porque Domingo es como un doble del actor? Pues no, no se parecen ni por el forro, pero el protagonista de El padrino había estrenado otra película llamada Esencia de mujer, en la que encarnaba a un militar retirado que en una escena también manejaba un automóvil como si lo persiguiera el demonio; pero la mayor semejanza es que Pacino, en la ficción, y Domingo, en la vida real, eran ciegos.

Eso aseguraba él, aunque fiscalía, la ONCE y una compañía de seguros no se lo creían y por eso lo denunciaron por estafa. El juicio se celebró en noviembre de 2006 y en realidad fue un remake, porque era la segunda vez que se presentaba el mismo argumento ante los jueces. En la primera, la Audiencia de Barcelona lo absolvió, pero el Tribunal Supremo ordenó repetirlo porque al principio no se dejó declarar a una testigo sorpresa, que sí lo hizo la segunda y que acabó sorprendiendo a la acusación. Resulta que era una antigua empleada del hogar de Domingo que acabó explicando que su jefe veía más bien poco, porque cada vez que movía un mueble o una silla de su sitio en la casa, él tropezaba.

Domingo tenía en el momento del juicio cincuenta y siete años y explicó que nunca había ido a la escuela, pero que si bien no sabía escribir, sí que podía leer. Sin embargo, a pesar de tal carencia, fue capaz de sacarse el carné de conducir coches y motos… y la licencia

para pilotar helicópteros. A los seis años vendía churros en Madrid y reconoció que antes de la ceguera ya hacía cosas fuera de la común.

—¿Cuáles? —quiso saber la fiscal.

—Hacer el amor tres veces al día —respondió el interfecto.

De Madrid se fue a vivir a la comarca del Maresme (Barcelona) y el 22 de febrero de 1996 fue arrollado por un coche en Alella, a consecuencia de lo cual perdió totalmente la visión del ojo izquierdo mientras que por el derecho solo atisbaba algunas luces, hasta el punto de que cuando se despertó en el hospital creyó que los médicos estaban trabajando a oscuras.

Ingresó en la ONCE, donde obtuvo la incapacidad y comenzó a vender cupones. Pero al poco, ni esta organización ni la aseguradora que le debía pagar los 546.780 euros de indemnización por el siniestro se lo creían, sosteniendo que todo era un monumental embuste, que no hubo tal accidente y que Domingo no había perdido nunca la visión. En el juicio, Domingo y su abogado esgrimieron una veintena de informes públicos y privados en los que se aseguraba que no veía ni torta. El resultado fue otra absolución, ratificada por el Tribunal Supremo.

El pleito no acabó ahí. La aseguradora pagó la indemnización pero no las costas, que implican la remuneración del abogado de Domingo, de manera que el letrado se personó con una comisión judicial en la sede de la firma. Cuando iban a subir a la planta para embargar las cuentas, un empleado bajó con un cheque para el profesional del derecho.

Domingo explicó que le quedaba el gusanillo de conducir y que por eso cogió un coche y lo puso a ciento cincuenta y cuatro kilómetros por hora. No consta que el mismo hormigueo le quedara respecto a los helicópteros, si es que alguna vez se subió en uno. El guardia civil que lo multó no se acordaba especialmente de él, ni de que fuera ciego, tan solo sabía que firmó la denuncia. Los agentes lo

pararon por conducir como un loco, como Al Pacino, pero en Albacete.

3) Pena sin consuelo

La suerte es un factor importante del éxito. Sí, está la constancia, el sacrificio, el estudio, pero también cuenta el azar. Fleming era un sabio, pero descubrió la penicilina de forma casual. Tengo unas notas de mi padre donde cuenta que, en su primer trabajo tras la guerra civil, una vez le pagaron de más y cuando le pidieron que devolviera el dinero no tenía ni un real. Se compró un billete de lotería, le tocó y pudo sortear el problema.

Hasta para ser un ladrón hay que contar con la buena estrella, y, la verdad, esta no siempre se presenta. A mediados de diciembre de 2001, sobre Catalunya cayó un temporal de órdago. Las bajas temperaturas descendieron hasta un listón glacial (veintiún grados bajo cero en Bellver de Cerdanya, por ejemplo), la nieve incomunicó poblaciones, en algunos lugares se estuvo tres días sin electricidad y muchas carreteras se convirtieron en un reto imposible. Jordi Pujol, entonces president de la Generalitat, reconoció que su Gobierno se había visto desbordado por la magnitud de la situación.

El día 17, Francisco conducía su camión hasta que se dio cuenta de que continuar era más que peligroso por el aguacero que estaba cayendo, así que aparcó su vehículo en un polígono de Cornellà de Llobregat, buscó un alojamiento cercano y se fue a dormir a la espera de que la tormenta escampara. Al volver al día siguiente, se encontró con que habían abierto la caja y saqueado su contenido.

Francisco no sabía qué transportaba, así que se puso en contacto con su jefe y con el responsable de logística, que le comunicó qué

había en su vehículo. La lista es la siguiente: 44 vibradores, 234 pares de medias y 476 abridores.

Menudo botín. Ni un tesoro, ni antigüedades, ni dinero, ni obras de arte. Es de imaginar que los ladrones maldijeron su fortuna cuando se dieron cuenta de lo que se habían llevado. Habría que buscar muchas piernas para embellecer, muchas botellas para descorchar y bastante desconsuelo para remediar a fin de colocar el fruto de la rapiña. Horas después, la Policía paró el coche en el que iban Lorenzo y Antonio y los encontraron en posesión de semejantes trofeos. Sus explicaciones no convencieron a los agentes, que quisieron saber cómo la carga que iba en un camión que había partido de Murcia con destino a Göteborg (Suecia) estaba en su automóvil. «Pues verá, agente, los hemos encontrado tirados en la calle y pensábamos venderlos en algún mercadillo del Baix Llobregat», argumentaron los pillados con tal insólita colección de cosas en el vehículo. Hubiera tenido su gracia ver como en un mismo puesto se anunciaban vibradores, medias y abridores, pero la excusa no cuajó. Tampoco en el juzgado de Cornellà, donde fueron condenados a diez meses de cárcel por estar en posesión de mercancía robada.

Hay que tener suerte aunque te prepares, hasta para robar. Dos hombres encapuchados rompieron las ventanillas del coche de un viajante de comercio que estaba en una tienda de Alcalá de Henares y se llevaron todo lo que llevaba, cargándolo rápidamente en otro vehículo donde los esperaba un cómplice y dándose a la fuga a toda pastilla. El producto del saqueo, mil doscientas peonzas. A saber qué hicieron con ellas. A los condenados por vaciar un camión en Cornellà, tener cuarenta y cuatro vibradores no les dio consuelo alguno.

TRES HISTORIAS SOBRE LA MISERIA

Y LA DESDICHA

1) La miseria es también una asesina

Españoles, Franco ha muerto. Lo ha dicho un señor muy compungido en la televisión, y si ha salido en la tele, será verdad. Todo está del revés, o todo empieza a estar del derecho, según quien lo mire; lo que es seguro es que todo está cambiando con mucha rapidez. Hace un mes había un caudillo, ahora hay un rey. Una época ha terminado, nadie puede asegurar cómo se desarrollará la próxima, pero lo que es cierto es que las costuras del régimen se están descosiendo. Se oye hablar de partidos políticos y hasta de elecciones. Unos están tristes por el final de unos tiempos, otros esperanzados ante un nuevo horizonte; muchos preocupados por si el pasado entra en colisión con el futuro. Nada será igual, no hay duda. Ni la política, ni las relaciones humanas, ni siquiera la manera de divertirse. Hoy es sábado, 20 de diciembre de 1975, treinta días después del fallecimiento del dictador. Esta noche, un hombre barcelonés que quiera pasarlo bien con sus amigos tiene varias opciones, más allá de quedarse en casa viendo a Íñigo y a Kojak en la pequeña pantalla. (Unas mujeres solas, aún no. Hasta la publicidad lo recuerda, como la de esta tarjeta de crédito: «Porque hay mujeres que no necesitan a sus maridos»). En el Liceo hay ópera, La Sonámbula. Otra posibilidad es el cine. En cartelera permanecen Amarcord, Tiburón, El fantasma de la libertad o la segunda parte de El padrino, entre otras. Quien busque algo más ligero o algo más picante puede bajarse al Paralelo. En el Apolo están Las alegres chicas de Colsada, con Tania Doris; en el Español, Paco Martínez Soria; en el Talía, la compañía de Rocío Durcal; y en el

Victoria, la de Pedro Ruiz. Y siempre está El Molino. Pero hoy hay algo nuevo. En la esquina de Paralelo con Conde del Asalto (ahora Nou de la Rambla) va a abrir sus puertas una nueva sala, el Bagdad, un espectáculo que se compromete a ser «las mil y una noches de la fantasía», en el que habrá «muchas mujeres, mucho misterio y todo lo que piensa y puede ver en directo». Ahí es nada lo que augura la publicidad del lugar. Como sea verdad, se acabaron los viajecitos a Perpiñán a ver películas con mujeres desnudas. El Bagdad anuncia destape y erotismo, proscrito hasta ahora por la censura y la moral oficial del franquismo y que va a llegar al galope al cine, el teatro y un buen número de revistas. Definitivamente, todo está cambiando.

Una de las chicas que se enroló en la troupe del Bagdad en sus primeros años se llamaba Carmen, aunque su nombre artístico era Iva. Había bailado ya en algunas salas barcelonesas, apenas enseñando el sostén, pero en el Bagdad decidió desprenderse de todo. En la sala que prometía las mil y una noches del sexo protagonizó un número lésbico con otra bailarina llamada Vanessa, uno de los primeros de este tipo que pudo verse en España.

Ambas recorrieron varias localidades del país con su puesta en escena, para hacer soñar a hombres en esas noches que olían a final de las prohibiciones. Quienes la conocieron entonces aseguran que era muy buena persona, muy sensible, que dominaba el escenario y que encendió pasiones, pues tuvo a todos los hombres que quiso y rechazó a muchos que la desearon, aunque algo atormentada por el hecho de ser madre soltera de un chaval entonces niño. Era rubia, de piel nívea, hipocondriaca, con mucho miedo a la enfermedad, siempre con algún dolor y con tendencia a la tristeza y a refugiarse en el alcohol.

De repente, desapareció. La gente del Bagdad dejó de saber de ella, a pesar de que no vivía lejos de allí, en una de las calles del Raval. Pasaron años de silencio, hasta que los diarios volvieron a hablar de Carmen/Iva. El 16 de mayo de 2006 había muerto por desnutrición en su casa, derrumbada en el sofá. El día que para ella se apagó el

neón, se acabó su vida. Se dejó ir. No se cuidaba. Bebía en exceso. No comía. No pisaba la calle desde principios de año. En el piso se acumulaban la basura y los excrementos, y por el suelo y las paredes pululaban insectos, parásitos y roedores. Había poca comida en la nevera.

En ese piso no vivía sola. Lo compartía con su madre, de noventa y un años, imposibilitada y que no podía salir, y con su hijo, de treinta y cuatro, que fuera de la casa llevaba una vida normal y corriente, trabajando como funcionario en un ayuntamiento cercano a Barcelona, estudiando Económicas y manteniendo actividad política en un partido. El juez de instrucción y la fiscalía lo acusaron por no atender a sus familiares, por dejar a su madre morir de hambre, pero en juicio fue absuelto, porque se consideró que la responsabilidad recaía en los Servicios Sociales más que en él, porque el joven se sentía sobrepasado y había avisado de la situación.

Carmen murió de hambre a los cincuenta y cinco años, postrada, con llagas en el cuerpo y rodeada de inmundicia. Iva se había marchado mucho antes. Fue una mujer soñada y anhelada y acabó sus días sola y degradada, porque la miseria, material y humana, es también una asesina, y en tal condición visita los tribunales.

Miseria que campa a sus anchas por lugares que antes fueron prósperos. Una canción de El Último de la Fila dice que cuando la pobreza entra por la puerta, el amor salta por la ventana. El amor y la humanidad. Los hermanos Alberto y Rosario compartían la misma casa en que antes moraron sus padres y antes sus abuelos en el Raval barcelonés. Ella tuvo un trabajo y se jubiló, recibiendo una pensión de veinticinco mil pesetas mensuales. Él se empleó en una compraventa de coches. Una vida normal y corriente, hasta que se truncó. Los padres murieron, él perdió su ocupación y pronto las facturas fueron superiores a los ingresos. Cuando no hay forma de ganar más, se comienza a gastar menos y a prescindir de cosas.

Primero, de las más superfluas; luego de las necesarias. Les cortaron el teléfono y la luz.

En el año 2001, era imposible que Alberto y Rosario superaran su debacle, a no ser que les tocara la Lotería, la Once o la Primitiva. No había posibilidades de vivir dignamente. Ella tenía sesenta y tres años; él, sesenta y uno. La casa estaba sucia, ¿para qué limpiar? Hasta los vecinos percibían el olor a pobreza y basura que salía de la vivienda. A principios de junio, Rosario, que estaba prácticamente ciega, se cayó y se rompió el fémur. No se podía levantar, pero Alberto tampoco la socorrió, ni solicitó que alguien la ayudara. Igual tenía vergüenza o vete a saber qué. Alberto le daba de comer en el suelo. El día 22, pidió a un vecino que llamara a la Policía. Cuando llegaron los Mossos, se encontraron con ella muerta, tendida en el piso, rodeada de sus propias heces, oliendo a suciedad y envilecimiento. Su cuerpo se había ulcerado y un tromboembolismo pulmonar acabó con su vida.

Alberto fue juzgado por no auxiliar a su hermana. Ante los jueces no dijo nada y aceptó la pena de tres años que pedía la fiscalía. En realidad, era una sanción leve frente a la cadena perpetua que ya cumplía en una casa que primero abandonaron los muebles para ser vendidos, luego el teléfono y más tarde la luz; un hogar que «presentaba un estado de dejadez y suciedad extremos, con gran desorden, telarañas y polvo», anotó la fiscal en su escrito de acusación. «No le hagan daño, la culpa no es suya», rogaban el día del juicio varios de sus vecinos. Tenían razón: la culpa era de la miseria. Alberto era un hombre triste y cabizbajo en el banquillo de los acusados. Al terminar la vista, salió del Palacio de Justicia y se sentó al sol en una terraza cercana a tomarse una cerveza, antes de cumplir las dos condenas que pesaban sobre él: la impuesta por los jueces por la muerte de su hermana y la de por vida sin posibilidad de remisión que le cayó por la pobreza que un día entró por la puerta, tirando a la humanidad por la ventana.

La de Carmen/Iva y Alberto y Rosario fue una miseria económica, la de Basilio, moral.

A los cuarenta y cinco años, Basilio era un hombre de personalidad descalabrada a fuerza de fracturas en el alma. De padre desconocido, su madre fue prostituta que convirtió su propio domicilio de Esplugues de Llobregat en lupanar, en la que, cuando él era un adolescente de dieciséis años, en la edad en que juegas con tus amigos al fútbol o persigues chicas a la salida del colegio, le obligaba a participar en su oficio y a ser objeto de deseo de sus clientes. Incluso una vez le propuso completar un cuarteto en el que en dos de sus ángulos estarían él y ella. Esta vez se negó.

Con los años, la madre se reconvirtió en madama y alquilaba las alcobas de su casa a otras meretrices. Él se hizo taxista. La indigencia era moral, pero no económica. Ella ganaba un dineral como alcahueta y él se sacaba más de trescientos euros semanales al volante, pero su progenitora le obligaba a entregárselos y le dejaba unos sesenta para sus gastos. En ese hogar, la prosperidad no se repartía.

Basilio nunca tuvo una novia porque dijo que no se fiaba de las mujeres y se refugió en la bebida. El 3 de diciembre de 2002 comenzó a llenar su vaso a las nueve de la mañana, para insuflarse valor para lo que iba a hacer. Remató su coraje artificial con media botella de coñac y sobre la una de la tarde, cuando una pareja que habían alquilado una habitación para el puterío se marchó, entró en el baño, cogió una toalla y una navaja y fue a la sala de estar, donde estaba su madre de cara a la ventana. La agarró por detrás, le tapó la boca con la toalla y le dio una única puñalada en la nuca, mortal. Dejó el cadáver en el suelo, limpió la sangre y cerró la estancia porque pensó que no la abriría nunca más.

Regresó. Por las noches, iba allí y hablaba a gritos con la muerta, como si pudiera oírle. Los vecinos escucharon sus risotadas, sus frases recriminatorias, «Ves, mamá, tanto ahorrar, para qué»,

palabras inundadas de alcohol, ingerido durante todo el día y que procuraba disimular durante la jornada, en que a veces no cogía su taxi para que no le encontraran ebrio. Durante un tiempo intentó que no se le descubriera. Pretendió evitar el olor de la descomposición; primero con ambientadores, luego comprando cuatro sacos de cinco kilos de cal para cubrir el cadáver. Así transcurrió su existencia durante catorce meses. Más de un año así. En las horas de sol, en el bar, apagando su conciencia con licores; en las sombras, con monólogos de reproches.

La única hermana viva de la madre, la que quedaba de una prole de siete, llamaba a su pariente, pero siempre obtenía evasivas de su sobrino. No le creyó y denunció su desaparición el 21 de agosto de 2003. Un agente de Policía lo encontró en un bar, ¿dónde, si no?, bebiendo, y le preguntó por la mujer de la que no se sabía nada. Él prefirió ir a hablar a la comisaría. Primero contó que estaba en un chalé de la comarca del Maresme cuidando de una anciana. El inspector llamó y le dijeron que hacía más de un año que no la veían. Luego la situó en una residencia geriátrica. Tampoco era verdad. Cuando el policía lo puso frente a la mentira, sacó una navaja y afirmó que quería suicidarse. El agente se abalanzó sobre él y lo desarmó. Basilio empezó a gimotear, a llorar, confesó su culpa: «He matado a mi madre».

En la casa de Esplugues, en la sala de estar, se encontraron los restos de la madama, vestidos con cal. Basilio vertió toda su angustia en su testimonio: acabó con ella para vengarse de que le obligó a prostituirse, quería resarcirse de sus estrecheces económicas inferidas por una mujer avara que en su casa guardaba más de ochenta y tres mil euros en efectivo; ganancias de un hogar convertido en casa de lenocinio. Sabía que, un día u otro, lo cogerían, pero entretanto gastó como si no hubiera un mañana, que en verdad no existía. Dilapidó en un año ciento treinta y cuatro mil euros en ropa, restaurantes, donativos, reparaciones de su coche, joyas y regalos procedentes de las cuentas bancarias de la

proxeneta asesinada. Sentía despecho, quería desquitarse de la vida que había tenido.

En septiembre de 2007, Basilio se sentó en el banquillo ante un jurado. En la sentencia se describe como actuó «cegado por las circunstancias», que no era excusa para olvidar el crimen. Fue condenado a diecisiete años y seis meses de prisión.

El delito tiene sus paradojas. Cuando el Basilio hombre de cuarenta y cinco años que convivió durante catorce meses con un cadáver fue detenido, confió a los agentes que quería ser el Basilio joven que era obligado a prostituirse y a vivir en una casa convertida en burdel a la edad en que un chaval piensa qué quiere ser de mayor: su ilusión había sido ser policía. En lugar de eso, iría a la cárcel por asesino.

Basilio odiaba a su madre, pero no el hijo de Carmen, ni tampoco Alberto a su hermana. Todos fueron víctimas de la miseria, moral y material. El ser humano tiene una gran capacidad de adaptabilidad, incluso a las situaciones más adversas: se acomoda a la humillación, a no tener, a la pobreza, a vivir bajo mínimos; incluso a la guerra. El hijo de Carmen era una persona normal cuando dejaba su hogar, donde fue incapaz de revertir la degradación de su madre. Quizás una vez traspasada la puerta fuera él. Alberto no pudo superar su naufragio personal y se acostumbró a no poder encender la luz en casa. Basilio no consiguió vencer al pasado. El verdadero criminal fue la miseria.

2) El pirata de la mirada triste

Los piratas llevan un parche en el ojo, un loro en el hombro, gustan de vestir de forma llamativa, exhiben modales bruscos, son feroces y aman el oro por encima de todas las cosas. Este no llevaba ni un

duro en el bolsillo, tenía la mirada triste, el paso vacilante y la voz tenue. No era el prototipo de corsario.

Alto, desgarbado, arrastrando los pies, con ropa barata y calzando chanclas, Mohamed compareció ante la Audiencia de Barcelona como responsable del único secuestro aéreo que había vivido el aeropuerto de El Prat. Nada que ver con aquellos hombres que se apoderaron de aviones en episodios que a veces acabaron de forma sangrienta, protagonizados por miembros del Frente Popular para la Liberación de Palestina, por el Grupo Islámico Armado o por militares chechenos.

El 25 de agosto de 1999, el vuelo de Air Marroc despegó de Casablanca con destino a Túnez sobre las seis y media de la tarde con ochenta y cuatro pasajeros y ocho tripulantes a bordo. Más o menos una hora después, Mohamed se levantó de su asiento y amenazó a la azafata con un arma oculta en su chaqueta, de la que solo sobresalía el cañón, obligándola a franquearle la puerta de la cabina del piloto. Allí exigió que dirigiera el aparato a Frankfurt, en Alemania, pero el comandante le indicó que no tenía suficiente gasolina, de forma que aterrizó en Barcelona.

Con el avión en la pista, se formó un gabinete de crisis. Los ministros del Interior de Marruecos y España siguieron al minuto lo que ocurría, colgados del teléfono. Los unía su preocupación por el incidente. ¿Quién era el pirata aéreo? ¿Qué intenciones tenía? ¿A qué posibles ideas políticas respondía su acción? No era cualquier cosa lo que estaba pasando, a ver cómo acababa, podía ser un desastre. Lo mismo quiso desentrañar el negociador de la Policía, experto en esta situaciones, y que rápidamente descartó que el protagonista del suceso fuera un terrorista o un activista político. Tras cinco horas de diálogo, la conclusión es que, de forma alocada y sin calibrar sus posibilidades, lo que pretendía era salir del país y llegar a Europa. Dijo Frankfurt como podía haber pedido ir a Estocolmo y acabó en Barcelona. Un reactor fue su patera aérea, pero a mil metros de altura en lugar de sobre las olas. Finalmente, el

secuestrador liberó a las personas que estaban en el aparato y se rindió.

Mohamed no era un delincuente sin escrúpulos. Era un pastor de cabras de Meknés, donde había nacido el 1 de septiembre de 1954. Un día, vendió todo lo que tenía, se subió a un Boeing y lo secuestró. ¿Por qué? Es difícil saber la causa, que se pierde en una mente dislocada. En el juicio declaró que una organización terrorista de la que no se sabía nada lo intentó captar para que se convirtiera en sicario, a fin de que, nada más y nada menos, matara al rey de su país. Su descargo fue que no vio otra posibilidad de salir del atolladero que poner los pies en polvorosa secuestrando un avión.

Su juicio fue breve. Admitió lo que había hecho y aceptó la pena que se le reclamaba, cinco años de prisión, que se trocó por la devolución a su país, Marruecos; una condena atenuada por existir una enajenación mental. Al final, todo lo que consiguió fue cambiar sus montañas del Atlas marroquí por la cárcel Modelo de Barcelona. Cualquier explicación plausible a sus actos se perdía en un galimatías mental. Lo más real que hubo ese día de estío de 1999 fue el miedo que debieron de pasar pasajeros y tripulantes y la sangre fría del piloto, recibido en la terminal entre aplausos. Ni siquiera el arma era verdadera, sino de pega: una pistola de plástico que disfrazó con su ropa.

Los piratas saltan de bajel en bajel robando a diestro y siniestro y secuestrando a las mujeres de las naves asaltadas; son violentos, no conocen la compasión y anhelan las riquezas de los demás. Este tenía andares vacilantes, arrastraba los pies, vestía desastradamente, su voz era débil y su aspecto frágil. No hubo botín ni sangre en su asalto; ni siquiera reivindicaciones políticas. Ante el tribunal se vio a una persona alta (de metro ochenta y tres), desnutrida (pesaba cincuenta y tres kilos), deprimida, diabética y que no quería tratarse de sus dolencias porque decía que tenía que expiar pecados pasados. Un hombre vacilante, que caminaba apoyándose en las paredes y que no tuvo ni botín ni las

recompensas de los filibusteros. Era, solamente, el pirata de la mirada triste.

3) La gracia mal repartida

El día de la procesión de su pueblo en Granada, en honor de la Madre de Dios, nació Antonio. Su madre pensó que aquello era un buen augurio. El cosmos había unido las piezas: llegar al mundo el día en que se festeja a la Virgen de Loreto en un lugar cuyo nombre deriva de un toponímico árabe que significa «río de la fortuna», pero resulta que la providencia se había tomado unas vacaciones.

De joven dejó los estudios para trabajar en la hostelería y, en 1994, Antonio tenía su propio bar en una localidad de la comarca barcelonesa del Vallès. Detrás de la barra, servía más cosas que cervezas, aceitunas o Coca-Cola. No pudo mantenerse fuera del radar y el 18 de abril de 1995 la Policía allanó el local. Encontraron veinte papelinas de cocaína de una pureza del cuarenta por ciento. También registraron su casa, y en una caja fuerte empotrada en la pared de la buhardilla había cuatrocientas setenta y cinco mil pesetas (algo menos de tres mil euros, pero una cifra significativa en esas fechas), amén de joyas con diferentes iniciales.

Quedó en libertad provisional a la espera de un juicio que con toda probabilidad lo llevaría a prisión. En 1998 estaba con unos amigos tomando el aperitivo en un bar cuando entraron dos maleantes pistola en mano. «Esto es un atraco», gritaron. Él no les creyó, pensó que las armas eran de fogueo y les hizo frente. No lo eran. Dispararon. Dieciséis balas. Cuatro de ellas impactaron en Antonio. Una hubiera sido mortal, en el pecho, pero chocó con su cartera y se desvió, alojándose entre dos costillas. Otra no lo mató, pero se dirigió a su columna vertebral y lo dejó en una silla de ruedas de por vida.

Casado, con dos hijas, Antonio había cerrado su local y dejado las drogas cuando tuvo la mala fortuna de estar en el lugar equivocado en el peor momento. Con su esposa había abierto un pequeño comercio, en el que él estaba siempre detrás del mostrador tras su desgracia, con su silla de ruedas, mientras ella atendía a los clientes. También aprendió informática y empezó a diseñar páginas web para sus amigos.

Cuatro años después de que la Policía entrara en su bar y uno tras quedar paralítico en un tiroteo en el que fue un testigo accidental, Antonio fue juzgado en la Audiencia de Barcelona por la cocaína que ese 1995 hallaron en su poder. Fue un trámite rápido. La fiscalía no fue excesivamente dura con él y pidió una pena de dos años, cuatro meses y un día. Él reconoció los hechos y se conformó.

La madre y la esposa de Antonio creían en los signos que vaticinan un buen futuro, pero en su caso no se cumplieron. De hecho, la fortuna se quedó siempre a la vera del río. La pena superaba en cuatro meses y un día la posibilidad de quedar en libertad condicional, tal como marca la ley. También argumentó que, cuando fue arrestado, era toxicómano, pero los expertos dictaminaron que no lo era lo suficiente como para apreciar una forma de atenuar la condena. Tercer casi: su quebranto era de por vida, pero técnicamente era un lesionado, no un enfermo incurable, por lo que no había forma de eludir la cárcel, en la que, en aquellos momentos, cumplían pena otras veintidós personas que tenían que utilizar sillas de ruedas.

La abogada de Antonio solicitó el indulto en octubre de 2000. Había cambiado de vida, dejado el tráfico de estupefacientes, era inválido, tenía un empleo legal y ayudaba a sostener a su familia. Pedía una segunda oportunidad. Ni el tribunal ni la fiscalía fueron beligerantes contra él y no se opusieron a la medida de gracia. Tres años más tarde, la letrada recibió un escueto telegrama del Ministerio de Justicia, en el que se informaba que el indulto había sido denegado.

En 2006, siete años más tarde de ser condenado y once después de ser detenido, Antonio recibió la notificación de que debería ir a la prisión para cumplir su condena. Los buenos presagios no se cumplieron. «He tenido mala suerte en la vida, pero hay que salir adelante», me dijo en octubre de ese 2006, días antes de quedar entre rejas. Me contó que vivía el día a día, que pasaba mucho tiempo con su familia, que salía a la calle con su mujer, que la acompañaba a la compra, que dedicaba horas al ordenador, charlando con amigos por el correo electrónico, pero que padecía mucho, que tenía que tomar muchos calmantes y asistía a la Clínica del Dolor.

Cuando hablé con él estaba preocupado por cómo lo atenderían en prisión, pero no se lamentaba de su suerte. Los santos estaban despistados cuando vino al mundo, el día en que sus vecinos celebraban una procesión en honor de la Virgen de Loreto.

No hubo perdón para Antonio.

Tampoco para Alberto.

El mismo año en que Antonio tenía su bar donde se vendía cocaína al por menor, 1995, Alberto era portero de una discoteca del Baix Llobregat (Barcelona). La noche puede ser una mala consejera. Al final de la jornada, el 5 de octubre, se enzarzó con un compañero por una fútil razón. El otro estaba charlando con una camarera y a él no le pareció bien. Que se dejara de cháchara, le recriminó. «Yo hablo con quien me da la gana», contestó el otro. Alberto tuvo un acceso de furia y le dio un puñetazo al otro empleado. Después varios más. Le rompió cuatro dientes a consecuencia de lo cual le tuvieron que implantar una prótesis en la boca.

Estas dos palabras están en las leyes: deformidad y dilaciones. La primera, para aumentar la pena: si se causa deformidad física en una agresión, sube; la segunda, para reducir: si se tarda mucho en juzgar sin motivo lógico, disminuye. Alberto fue condenado a tres

años de prisión por las lesiones causadas a su compañero de trabajo, pero el castigo se redujo porque fue juzgado en 2001, seis años después de la pelea sin tener él la culpa. Entretanto esperaba comparecer ante los jueces, había cambiado de trabajo y en lugar de portero de discoteca conducía una grúa; había vuelto con su mujer y su hija y se había desintoxicado de las drogas. Su abogado pidió el indulto aduciendo que había renunciado a su vida anterior, que se había estabilizado y añadiendo los informes favorables del alcalde de su ciudad y de su jefe en el trabajo.

No fue bastante, se denegó.

Doce años después de los puñetazos, el tribunal ordenó el ingreso en prisión de Alberto. Cuando supo la noticia desapareció y dejó de comunicarse con su abogado.

En marzo de 2007, en un paraje de la comarca barcelonesa del Garraf, encontraron a Alberto. Estaba dentro de su coche. Se había suicidado. No soportó la idea de ir a la cárcel. Él tenía cincuenta y cuatro años. Su hija, veintitrés.

Los informes oficiales señalan que en 2006 se otorgaron quinientos veinte indultos; en 2007, quinientos veintiuno. Antonio y Alberto no estaban en la lista.

Medidas de gracia.

Dos no llegaron, ni tarde, ni nunca.

NADIE LLORARÁ TU NOMBRE

Hay un lugar donde los vivos adoptan a los muertos, porque no tienen nombre. Nadie sabe quiénes son. Es la cosecha del río, que deposita los cadáveres en las riberas de la ciudad como si fueran sus frutos. Los lugareños los cuidan como si les pertenecieran y les piden favores, para que sus almas medien en el más allá ante la desesperación del aquí inmediato. Este sitio se llama Puerto Berrío, en el curso del río Magdalena, en Colombia, un país que vive desde hace décadas entre el realismo mágico de la literatura y el realismo trágico de su presente.

Las aguas traían estos cuerpos hasta el puerto fluvial desde kilómetros de distancia. Eran las víctimas de un conflicto que se prolonga por décadas y no parece encontrar un punto final, a pesar de los esfuerzos por pasar página. No se les puede identificar, porque la masacre demandaba anonimato y los verdugos despojaban a los inmolados de cualquier documento que certificara su paso por el mundo. Nadie los reclama. Es el tributo de una nación a su desgarro que comenzó hace tanto que se ha convertido en parte del acervo de sus ciudadanos. Pero en este país, la tragedia puede convertirse en belleza. Se puede encontrar en libros como El olvido que seremos, de Héctor Abad Faciolince, o en la exposición Cuando la muerte empezó a caminar por aquí, del artista Juan Manuel Echavarría, que se vio en el Museo de la Universidad de Antioquía, en Medellín en 2023, en la que ochenta y cinco fotografías lenticulares reproducían un muro del cementerio de Puerto Berrío en el que se conservan estos restos sin identidad.

Por decenas, los cadáveres bajaban de las sierras y las selvas. Eran la estela de la violencia de los paramilitares del Magdalena Medio. En la ciudad, los cuerpos embarrancaban y eran recogidos y enterrados en el camposanto de la localidad, con unas iniciales grabadas en las

lápidas, N. N. (del latín Nomen Nescio, «no sé el nombre»). Y después empezó la poética. Los habitantes, la gente sencilla, los adoptaba, cuidaba sus tumbas, grababa plegarias en las losas y les pedían favores para que intercedieran en el otro mundo ante la imposibilidad de encontrar una respuesta en este.

Aun así, nada puede ocultar el drama verdadero, el de morir sin que nadie te reclame, sin que nadie sepa que te has ido, más que aquel que te sacrificó. Es un crimen encima de otro crimen, porque primero te quitan la vida y luego el recuerdo que puedes dejar tras de ti: tu verdadera herencia, porque las personas están vivas mientras alguien las recuerda. Nadie llorará tu nombre, porque nadie sabe cuál es.

El tributo a los muertos no es cosa solo de allí. En Barcelona es muy conocido el caso de el Santet, el nombre popular de Francesc Canals i Ambrós, fallecido el 27 de julio de 1899 a los veintidós años, posiblemente de tuberculosis. Nacido en la barcelonesa plaza de la Llana, era hijo de un fabricante de esteras ciego y trabajó como empleado en los grandes almacenes El Siglo. Como siempre en estos casos, la leyenda se funde con la realidad: se dice que era pródigo en la caridad a pesar de su humilde condición, que curaba imponiendo las manos y que predecía el futuro, incluida su propia muerte, que al ocurrir devolvería la vista a su padre, lo que, según la tradición oral, pasó. Cuando acabó su vida, se le enterró en el cementerio del Poblenou y se extendió la costumbre entre sus compañeros de trabajo y las floristas de las Ramblas de dejar ante su tumba los ramos de las novias, porque se creía que remediaba los males de amores y prevenía la infertilidad. Con el tiempo, los suplicantes superaron ese círculo íntimo de compañeros y floristas, las peticiones abarcaron más deseos y las ofrendas se hicieron más numerosas, si bien nunca relacionadas con el dinero, hasta el punto de que el ayuntamiento tuvo que cambiar la ubicación de su sepultura en el camposanto a un lugar más accesible y de mayor tamaño. La costumbre todavía perdura.

Puerto Berrío tiene una diferencia esencial respecto al Santet, porque allí nadie conoce la identidad del difunto, a pesar de lo cual se ha desarrollado un culto que se plasma en los agradecimientos grabados en las lápidas por aquellos que creen que ese espíritu adoptado como si fuera de la familia ha sido decisivo en aliviar sus padecimientos.

Los cementerios españoles también acogen tumbas sin nombre. Principalmente son de inmigrantes que intentaron alcanzar las costas españolas sin conseguirlo: la transformación de un sueño en tragedia. Gentes del África que creyeron que Europa sería el edén, pero que sucumbieron en un abismo de olas. Entre 2014 y 2021 se recuperaron quinientos treinta cuerpos en playas y litorales, de los cuales doscientos noventa y dos no pudieron ser identificados: casi la mitad. Es lo que dice el Comité Internacional de la Cruz Roja. Una oenegé, Caminando Fronteras, hizo un recuento espeluznante, pues aseguró que en 2023 perecieron intentando llegar a España 6.618 personas. De todas maneras, es imposible saber cuántos se han dejado la piel en el intento, porque muchos acaban en medio del mar. Sin rastro, sin ayuda, sin saberse quiénes eran. Por eso se dice que el Mediterráneo se está convirtiendo en un gran cementerio. No hay poesía en esta necrópolis salada de fronteras difusas.

Muertos sin nombre, historias por contar. No hace falta ir muy lejos para hallarlos. En la incineradora de Barcelona han aparecido cadáveres de recién nacidos o de bebés de pocos meses de los que alguien se desprendió arrojándolos a contenedores de basura, para que no vivieran y no fueran testigos de dilemas que no se quieren explicar y, a ser posible, olvidar. Nunca sabremos quiénes fueron, ni quiénes hubieran podido ser.

Enigmas que nunca se resolverán, o enigmas que se suman a otros enigmas. El 4 de abril de 2014, Piedad, de cuarenta y cuatro años, salió de su casa de Mataró (Barcelona) para ir a la residencia de ancianos en que trabajaba diciéndole a su hija que la iría a recoger al colegio. No fue. Su hermana, angustiada, comenzó a llamarla al

móvil. No contestaba. Tampoco al Messenger, ni recibía los mensajes de WhatsApp. Denunció su pérdida a los Mossos d'Esquadra.

Las sospechas se centraron en su marido, con el cual había convivido durante veinticuatro años. Ella quería divorciarse, llevaban un mes separados, había abandonado el domicilio conyugal, pero él no lo aceptaba. La llamaba constantemente, hasta veinte veces en un día, la seguía por la calle, se presentaba en su trabajo, le lanzó frases como «Por cosas así, los hombres matan a las mujeres», según algunos testigos. Tres datos más apuntalaron las sospechas sobre él: no le dio importancia a su falta, el día en que desapareció fue la última persona que la vio y su coartada para las horas trascendentes era falsa.

El cuerpo no aparecía. Se encontró su coche, sin cerrar con llave. Se hallaron unos pantalones suyos en una riera. La familia tenía un terreno en la cercana localidad de Dosrius, que fue rastreado por perros especializados en localizar cuerpos, sin resultado. A pesar de que no había cadáver, la fiscalía apuntaló la acusación contra él y fue detenido. El juicio iba a celebrarse en 2016, pero en diciembre de 2015 un paseante se topó, en la pendiente de una ladera de una zona boscosa del término municipal de Llinars del Vallès (Barcelona), con una mandíbula. Arriba, en la cima, los Mossos encontraron una fosa en donde se había enterrado un cuerpo, sepultado en vertical, en cuclillas. Estaba muy descompuesto, posiblemente roído por animales salvajes. Cuando apareció, surgió la duda: ¿y si era Piedad? Podía ser, porque el lugar estaba relativamente cerca de donde se produjo la desaparición. De madrugada, la zona se acordonó y dos antropólogos forenses trabajaron cuidadosamente durante setenta y dos horas para recuperar el resto del esqueleto. Días más tarde se comprobó que la víctima era un hombre, no una mujer. En el juicio contra el marido, él negó haberla matado: «No, rotundamente, no, es la madre de mis hijas». Un jurado popular lo condenó y la fiscalía consiguió una condena a pesar de no haber un cadáver, prueba irrebatible de un asesinato. En 2018 el Tribunal Supremo ratificó la sentencia de quince años de cárcel.

Piedad no ha aparecido. La familia siguió buscándola. Mediante donaciones sufragó otra exploración en la finca de Dosrius, donde una excavadora perforó un pozo, sin resultado. Los vecinos organizaron rastreos para localizar sus restos, infructuosos. En cuanto al cuerpo encontrado en la montaña, no se ha podido identificar. Otra incógnita. Nadie sabe quién es, ni porque lo enterraron allí de esa manera.

Cadáveres anónimos. Un recuento de 2020 señalaba que en España había 3.217. No tienen el final común y corriente: están solos en ese momento último, no los acompañará un familiar o un amigo en su adiós definitivo. Se les hará la autopsia; se les tomarán las huellas digitales, la impronta dental, el ADN, por si alguna vez es posible darles una identidad, y, pasado un tiempo prudencial, se les inhumará en la fosa común. Sin más datos. Sin un recuerdo. Sin memoria. Puede que alguno se corresponda con uno de los desaparecidos a los que se busca. La cifra no es menor: en 2023 eran 16.252. Algunos se habrán ido por voluntad propia; otros no: serán víctimas, lo mismo que sus allegados, que no pueden culminar el duelo. A muchos les quedará la esperanza, compañera del ser humano. ¿Estarán vivos? ¿Cuándo podré llorarle?

Incógnitas dolientes. Una investigación es un acertijo por resolver y puede que el primer resultado no sea acertado y añada un nuevo jeroglífico, irresoluble. Este dura ya cuarenta y cinco años y no parece que pueda solucionarse. Zaragoza, 12 de julio de 1979. España vivía su transición de la dictadura a la democracia, que no fue siempre pacífica porque el terrorismo se empeñaba en torcer el destino. El hotel Corona de Aragón era el más lujoso de la capital aragonesa y su ocupación aquella jornada rozaba el setenta por ciento. Sobre las ocho y cuarto de la mañana se inició un incendio que rápidamente se extendió por el edificio y las llamas llegaron desde las plantas bajas hasta la terraza. Fue una catástrofe: murieron setenta y ocho personas y otras ciento trece resultaron heridas. Hubo escenas dantescas, con gente lanzándose desde las ventanas para huir del fuego. Siempre se pensó que fue un siniestro

provocado, idea reforzada por el número de militares que había en el hotel porque ese día se entregaban los despachos de la XXXVI promoción de la Academia General Militar, con sede en la ciudad. Estaban hospedados y sobrevivieron, por ejemplo, Alfonso Armada, el general que sería en 1981 uno de los protagonistas del golpe de Estado, y Carmen Polo de Franco, la viuda del dictador, con parte de su familia, porque uno de los que iba a recibir su grado de alférez era nieto suyo. El deporte también tuvo su protagonismo ese día. El Zaragoza de fútbol había fichado a dos prometedores jugadores del Alavés: Jorge Valdano y José Ramón Badiola. Los dos tenían habitación reservada en el Corona de Aragón, pero Valdano no llegó a ocuparla porque se quedó en Vitoria cerrando unos flecos de su contrato. Badiola, sí. Firmó el 11 de julio y durmió en el hotel. Sorprendido por las llamas y el humo, subió al segundo piso y se lanzó desde una ventana. Se le consideraba uno de los jóvenes más prometedores del campeonato, pero las lesiones sufridas al huir del incendio arruinaron su carrera. Valdano jugó en el Zaragoza y en el Real Madrid y ganó el campeonato del mundo de México 1986 con la selección argentina. Triunfó. Así de aleatoria es la vida.

Desde el principio se habló de un atentado, pero nunca se le ha puesto nombre al responsable. Se citó a ETA, que jamás lo admitió y en su último comunicado antes de su disolución negaba su autoría. Se mencionó al FRAP (Frente Revolucionario Antifascista y Patriota, organización terrorista de ideología maoísta, responsable de matar a cinco policías y un guardia civil), pero no se demostró. La investigación del suceso fue una carretera secundaria llena de baches, curvas y con señalización contradictoria. En 1980, la Audiencia Nacional archivó el caso. En 1981, la Audiencia de Zaragoza lo sobreseyó por no haber autor conocido y por «no resultar debidamente acreditado la perpetración de un delito». En 2000, el Gobierno de José María Aznar indemnizó a las víctimas pero sin reconocer que fue un atentado. Treinta años más tarde del hecho, en 2009, el Tribunal Supremo asumió en una sentencia que fue un acto intencionado, recogiendo lo expresado en un informe pericial, que aseguraba que existieron tres focos diferentes distintos

a la cocina —como se dijo al principio—, avaló que los causantes fueron tres personas «adiestradas» y la causa un elemento exógeno, napalm o pirogel. El 11 marzo de 2013, la Audiencia Nacional reabrió la causa pero la volvió a archivar tres meses después porque no había nada que avalase la acción terrorista. Diferentes visiones, hasta discordantes, para una misma tragedia.

El incendio del Corona de Aragón es un rompecabezas con piezas sin encajar. Una más: esa noche durmió en el hotel un empresario catalán, José Domingo Pujadas. Perdió la vida en el siniestro. Dos de sus hermanos, Antonio y Ramón, fueron a Zaragoza para identificar el cuerpo. Los llevaron al cementerio de Torrezno, donde unas personas destinadas a auxiliar a los familiares de los fallecidos les fueron abriendo ataúdes con cadáveres calcinados, muchos muy difíciles de reconocer por los estragos causados por el fuego y el humo. De manera peculiar, los convencieron de que uno de aquellos restos era de su familiar. La forma de atribuirlo era que las manos del finado eran grandes, como las de Antonio y Ramón. Un reconocimiento anómalo. Trasladaron el cuerpo a Pompas Fúnebres de Barcelona y el día 14 se ofició el funeral, recibiendo sepultura en el cementerio de Montjuïc.

No acabó ahí la cosa y aún se produjo otra situación inverosímil. El día 25 de julio, en la página 31 de La Vanguardia, apareció una breve noticia relacionada con el incendio del Corona de Aragón. Se titulaba «¿Conoce usted a este hombre?». Se explicaba que era la última víctima por identificar de la catástrofe y que por orden del juez del caso se facilitaba la foto del fallecido así como unos pocos datos: de cuarenta a cuarenta y cinco años, un metro setenta y dos centímetros de altura, pelo castaño, ojos azules y un reloj Favre-Leuba en la muñeca. La familia no tuvo ninguna duda: era José. Reconocieron sus facciones y que ese reloj era el que siempre llevaba. De manera que se trasladaron nuevamente a Zaragoza, se hicieron cargo del cadáver y el 27 se llevó a cabo el segundo entierro de la misma persona en el mismo camposanto de Montjuïc.

Nadie ha reclamado nunca al otro finado. Durante veintiún años, en la necrópolis hubo dos tumbas con el mismo nombre: José Domingo Pujadas. Hasta que en el año 2000, como nadie pagaba por la primera sepultura, esos restos fueron desalojados y depositados en la fosa común. Ni la última morada esquiva el pago del alquiler. Los desahucios también alcanzan a los muertos.

No se sabe quién es, ni qué pasó en verdad, ni quién fue responsable de la catástrofe del hotel Corona de Aragón, aunque se volvió a intentar resolver la ecuación. En octubre de 2015, Antonio Domingo Pujadas presentó una denuncia en la Fiscalía de la Audiencia Nacional a fin de que se averiguara quién era esa persona a la que confundieron con su hermano. Entre la documentación aportada había un dato extraño: en la ficha de la sepultura se detallaba que el finado que estaba en la tumba era una persona que había fallecido por enfermedad en el hospital de la Vall d'Hebron barcelonés el 13 de julio de 1979, lo cual no era cierto. El Ministerio Público archivó la investigación el 15 de abril de 2015 al considerar que no había delito alguno por la doble inhumación.

Caso abierto y posiblemente para siempre. Una de la cuestiones que quería dilucidar la familia Domingo Pujadas era si ese hombre al que confundieron con su pariente era uno de los causantes del incendio, un rumor que circuló desde que ocurrió el singular error. Pero ¿cómo averiguarlo, si nadie sabe quién es? ¿Quién explicará si se trata de una víctima o de un victimario? ¿Alguien contará qué hacía allí o qué intenciones guardaba en su mente?

El tiempo pasa. No elimina ni las dudas ni el dolor, pero hace que las personas deban ocuparse del presente dejando de lado el pasado. En el siglo xxi a poca gente le preocupa qué pasó en Zaragoza, y con los años el olvido envolverá aún más lo ocurrido. El Corona de Aragón pasó a llamarse Meliá Zaragoza y unos jardines en la ciudad recuerdan lo ocurrido en aquel lejano 1979, del que todavía queda un cadáver sin nombre, enterrado en una fosa común y que nadie dice en voz alta que lo echa en falta.

A los muertos de Puerto Berrío los tienen presentes los habitantes de la ciudad. El río dejó de traer sus amargas ofrendas hace tiempo; una cosecha que fue pródiga durante los años noventa del pasado siglo: hasta veinticinco cadáveres en una semana llegaron a recogerse en ese puerto fluvial del Magdalena.

Colombia es un país de paisajes embelesadores, cultura maravillosa, gentes hospitalarias, música cautivadora y una violencia que es difícilmente equiparable a otras latitudes. Se habla del conflicto, pero en realidad hay varios. Su atormentado suelo sufrió el sangriento enfrentamiento entre liberales y conservadores, ocurrido entre 1946 y 1966, veinte años nada menos, y que dejó tras de sí casi doscientos mil muertos y dos millones de desplazados. Se le conoce en los libros de historia como «la época de la violencia». Pero hubo más. Luego vino la guerrilla, los paramilitares, el narcotráfico y el propio Estado. La estadística de la violencia es aterradora: la contabilidad de los organismos encargados de hacerla, como la Comisión de la Verdad, creada para medir y describir la magnitud del drama, dice que desde 1985 hasta 2019, guerrillas, paramilitares y el propio Estado causaron 450.664 muertos, 121.768 desaparecidos, 50.770 secuestrados, 16.238 niños, niñas y adolescentes reclutados forzosamente por unos y otros y 752.964 desplazados contra su voluntad por la virulencia de los enfrentamientos armados y la lucha por el territorio. Entre ellos están los 6.402 falsos positivos entre 2002 y 2019 denunciados por la Jurisdicción Especial para la Paz, nacida en 2016 a consecuencia de los acuerdos entre el Gobierno y el grupo guerrillero de las FARC. Falso positivo es la denominación que se dio a la práctica de miembros de las Fuerzas Armadas entre 2002 y 2008 de ejecutar a jóvenes campesinos o de bajos recursos haciéndolos pasar por guerrilleros muertos en combate, a cambio de lo cual los militares recibían recompensas y ascensos. Comparar tragedias es una mala praxis, pero a veces da idea de la dimensión de lo ocurrido: durante la dictadura argentina entre 1976 y 1983, una de las más crueles del continente, los desaparecidos sumaron más de ocho mil, según la Comisión Nacional para la Desaparición de Personas (CONADEP). Organismos de derechos humanos sitúan

la cifra en treinta mil. Con el cálculo más alto, y siendo en cualquier caso una barbaridad, hablamos de casi cuatro veces menos que en Colombia.

En ese país que alberga en sus fronteras los Andes, la Amazonia y dos océanos, la violencia es parte de su cotidianidad, ya sea por los paramilitares, el narcotráfico, la guerrilla o el propio Estado. Pero sus gentes son capaces de digerirla y dejan imágenes que transforman el sufrimiento en escenas poéticas. El 18 de agosto de 1989, Pablo Escobar asesinó a Luis Carlos Galán, que según las predicciones iba a ganar las elecciones y que enarbolaba la bandera de la transformación de la corrupción en honestidad. La Vanguardia me envió a informar de los acontecimientos. Días después del magnicidio, horas después de que llegara a Bogotá, vi una enorme manifestación que recorrió una de las principales calles de la ciudad en un absoluto y abrumador silencio, porque el silencio puede ser más desgarrador y estrepitoso que cualquier grito. Desde las aceras, unos peculiares testigos presenciaban la marcha. Los comercios, entonces, contrataban a personas que se disfrazaban de payasos para animar las ventas y que con campanas anunciaban los productos. Aquella tarde, las campanas estaban mudas y los payasos lloraban por la esperanza perdida. No hacía falta palabras. Difícil encontrar una imagen más descriptiva: con su colorida vestimenta, sus narices postizas y sus zapatones, los responsables de repartir felicidad y sonrisas, en vez de reír, derramaban lágrimas. Los colombianos siguen buscando el final de la violencia, si es que algún día llega la paz.

El río Magdalena es la principal arteria fluvial de Colombia y novecientos noventa de sus mil cuatrocientos cuarenta kilómetros de su curso son navegables. Nace en los Andes y desemboca en el Caribe. Es el río donde se desarrolla el romance entre los protagonistas de El amor en los tiempos del cólera, de Gabriel García Márquez, emblema del realismo mágico. En Puerto Berrío, uno de los puertos del Magdalena, hay otra historia mágica y trágica que contar, porque también allí la violencia se transforma en belleza

poética. En su cementerio cerca del cauce, las personas humildes cuidan de los muertos anónimos que ha traído la corriente. Han establecido una especie de compromiso con ellos: los adoptan como quien lo hace con un vivo; pintan sus sepulturas, les dejan flores y les dan un nombre cualquiera que inscriben en la lápida junto a las siglas N. N., como Carlos Mauricio, Jorge Luis o, simplemente, mujer. A cambio, les solicitan amparo para la educación de un hijo, o para encontrar trabajo, o para aliviar una salud maltrecha. Son ya parte de ellos, creen que las ánimas son su línea de teléfono con el otro mundo y les piden favores. Si se sienten recompensados lo dejan escrito en las losas: «No sé quién eres… pero sé que cumpliste», o «Gracias por los favores recibidos, que Dios te permita el reposo eterno».

El agua, símbolo de vida, es también sinónimo de muerte. En Colombia, el Magdalena; en España, el Mediterráneo. El río acoge a las víctimas de los paramilitares. El mar deja en sus orillas a los inmigrantes que buscaban un futuro que nunca llegó. Y nadie sabe quiénes son. Tampoco tendrán identidad los bebés lanzados a la basura y los más de tres mil cadáveres que aguardan recuperar sus apellidos en España.

Nadie llorará sus nombres.

UNA MEDALLA EN EL CARNAVAL DE VENECIA

En el palacete del barrio de Gràcia todo está dispuesto. La noche acaba de llegar y la velada será larga, hasta que las primeras luces del sol derritan las sombras. Los jugadores comienzan a entrar en la sala principal desde el comedor contiguo, donde han disfrutado de la cena obsequio de los organizadores de la partida. Algunos encienden sus puros; otros prefieren cigarrillos. El humo inicia su conquista de la atmósfera, que en un rato será toda suya. El camarero reparte las bebidas: whisky, coñac, ron con Coca-Cola… Es un ambiente muy masculino; solo algunas prostitutas pululan alrededor de los hombres, para alegrar las horas y por si alguno decide dejar un rato los naipes para dedicarse a otras cosas. En otro pequeño cuartito, la cocaína está a disposición de aquellos que necesiten ayuda para permanecer despiertos con los cinco sentidos alerta. La mesa está lista; el crupier ha preparado las barajas y aguarda impasible el momento de repartir las cartas. El juego va a empezar.

El abogado conduce su coche en dirección a un polígono industrial de Barberà del Vallès, a veinte kilómetros escasos de Barcelona. A su lado va un inspector de Policía y detrás hay un hombre al que no conocen, que los va guiando. Ahora a la derecha. Métete por esta calle. Espera que abra la puerta. Entran en una nave. Cargan cuatro grandes sacas en el vehículo. De una asoman lingotes de oro. Se mueven rápido, en silencio. De nuevo a la carretera, hasta Barcelona, hasta la Jefatura Superior de Policía, donde entregan el peculiar cargamento, como parte de un pacto entre la ley y el hampa. La ley saldrá ganando; el hampa perderá.

Agosto es caluroso en la ciudad. De día el asfalto arde y de noche no da reposo al transeúnte. Queda poca gente en las calles: muchos están de vacaciones y otros tantos han aprovechado el puente de la Asunción para ir a refrescarse al mar o para respirar el aire fresco de

la montaña. Bajo las aceras, el grupo ha conseguido llegar a la cámara acorazada del banco. Revientan cajas. Tiran papeles al suelo, que no les servirán de nada. Meten en grandes bolsas joyas y dinero. Están allí horas. Cuando creen oportuno acabar, se van por donde han venido: por el túnel que han cavado. El golpe es un éxito.

El periodista no tiene trabajo esa tarde del viernes, 16 de agosto de 1985. Es puente y hay poco que hacer. Los diarios hablan de que el papa Juan Pablo II está en el Zaire, de la guerra entre Irán e Irak, de que un jumbo se estrelló en Japón causando quinientas veinte víctimas. Todo le queda muy lejos. Va a la Jefatura de Policía, a ver si da con una historia para contar, porque trabaja para un periódico de Madrid y cobra a tanto la pieza publicada y cada artículo cuenta a fin de mes. En los pasillos de la Brigada Judicial ve que todos los inspectores están siguiendo los noticiarios de la televisión. Uno comenta:

—¡Qué raro! No dicen nada del robo en el banco.

Corre al gabinete de prensa. El funcionario de turno está in albis. Le obliga a que se entere. Al poco rato vuelve y se lo cuenta: una banda ha cavado un túnel, ha perforado la cámara de seguridad de la sucursal del Banco Hispano Americano de la calle Fontanella y ha saqueado las cajas. Parece que son los mismos que ya intentaron hacer lo mismo hace poco más de un año en otra oficina, pero entonces fueron sorprendidos en plena faena. Esta vez les ha salido bien. Ya tiene su noticia. Será portada del diario de Madrid en el que trabaja. Y su estipendio sumará más.

Es el asunto del mes. Todo ocurre en los alrededores de la plaza de Catalunya, curiosamente a poca distancia de la Jefatura de Policía. Cada noche, sobre las nueve, los vecinos de la calle de les Moles, 13, ven llegar una furgoneta, de la que bajan varios hombres que se introducen en el local, en desuso durante años. Nadie recela nada y solo uno atribuye unos ruidos que escuchaba a que se estaba remodelando una ferretería cercana. Desde este sitio, la banda cava

un túnel por la que llega al alcantarillado, aprovechan parte del trazado de las cloacas y luego siguen excavando hasta el sótano del banco, ubicado en el número 8 de la calle Fontanella. Un recorrido de unos trescientos metros, de los que sesenta tienen que ser horadados perfectamente, dotándose de instalación eléctrica y carritos para retirar la ruina. Apilan tierra y cascotes en el subsuelo, de manera que no hay quien vea indicios de tal tarea a pie de calle. «Es una obra de arte», comentó uno de los policías que investigó el caso cuando lo vio. Al llegar a la pared de la entidad entran en juego los especialistas. Usan una lanza térmica, que es como un soplete a lo bestia que puede llegar a los cuatro mil grados. Perforan lo que encuentran ante sí: revestimientos de hormigón de 1,20 metros de espesor, con forjado de vigas de hierro de diez centímetros colocados cada cinco, amén de dos planchas de acero de tres centímetros. Todo se funde como mantequilla al fuego. En la cámara acorazada hay 2.032 cajas, de las cuales hay alquiladas un millar. Sin que nadie les estorbe, revientan trescientas ochenta y tres. Escogen el dinero contante y sonante, bien en divisas o en pesetas, y joyas, despreciando lo demás. En el suelo quedan relicarios con recuerdos familiares —uno vaya a saber qué rememora, pues guarda pelo de pubis femenino—, escrituras de propiedad de hasta el siglo xviii y documentos mercantiles. Uno de los asaltantes tiene problemas intestinales, no se puede aguantar y defeca allí mismo, sobre los papeles despreciados. Nadie puede aventurar con seguridad cuál es el botín: se habla de más de mil millones de pesetas, pero es una especulación. Es festivo, la noche del 14 al 15 de agosto, día de la Asunción de la Virgen, y el banco no abrirá a la mañana siguiente. El 16, cuando llegan los empleados, se encuentran el desaguisado. En el lenguaje que comparten ladrones a investigadores, este tipo de robos se conocen como rifirafí. Es el rifirafí al Hispano Americano.

No era la primera vez que la Policía de Barcelona veía algo similar. A primeras horas del lunes 15 de marzo de 1984, diez italianos fueron detenidos pretendiendo hacer lo mismo en otra oficina del mismo banco, en la Diagonal 550, casi esquina con Aribau. La versión oficial es que los descubrió la escolta de una alta jerarquía de la

magistratura que vivía en el edificio colindante, pero no fue así. Un confidente avisó a los inspectores de lo que iba a ocurrir. Los mandos de la Jefatura debatieron si era pertinente cogerlos con las manos en la masa o antes, y al final decidieron hacerlo cuando iban a empezar a romper la pared, porque no podían permitir el destrozo.

La banda accedió a la portería de la casa contigua y de allí bajaron al garaje particular del inmueble, abriendo un boquete en el muro y llegando hasta la cámara de seguridad del banco. Cuando iban a perforarla fueron detenidos. No llevaban armas y no se resistieron. El grupo estaba liderado por dos ciudadanos italianos llamados Mario y Andrea. El plan era asaltar la oficina en la noche del domingo 14 al lunes 15 de marzo, porque ese lunes era festivo, San José, y nadie se daría cuenta hasta el martes, cuando ya habrían puesto tierra de por medio. Pero no salió bien. Los ladrones fueron a parar a la Modelo y juzgados por un delito de tentativa. Comparecieron ante el juez vestidos como para ir a un cóctel, impecables. La sentencia fue leve, porque el delito no se consumó. Dos años y cuatro meses de cárcel. El 4 de agosto quedaron libres bajo promesa de no delinquir en España durante dos años; promesa que está visto que no cumplieron. Al terminar el juicio, un responsable de seguridad del banco abordó a Mario y le comentó que el robo era un propósito vano, por las medidas de seguridad que tenían. El italiano respondió con calma:

—Eso está por demostrar.

Lo demostró. Por eso cuando ocurrió el asalto al banco de la calle Fontanella la Policía estaba segura de que ellos estaban detrás: eran los únicos capacitados para una empresa de este tipo, unos profesionales conocidos en varios países de Europa y bautizados como la Banda de Roma.

Mario era un hombre simpático que sabía ganarse a quien se encontrara. Tanto, que ni siquiera su abogado le guardó rencor

cuando le dejó a deber cincuenta mil pesetas por sus servicios, aunque a cambio le dejó un consejo, el día en que fue juzgado:

—Dottore, no guarde nunca nada en una caja de seguridad.

Nacido en un pueblo de la provincia de Roma y criado en la capital, se casó con una española a la que abandonó para liarse con una compatriota. Hombre que gustaba de vestir elegantemente y devoto de la buena mesa, Mario era un profesional del hampa y tenía calculado qué le podía ocurrir incluso si todo iba mal. De hecho, él y sus cómplices tan solo estuvieron cuatro meses y medio entre rejas. En el patio y en las galerías de la penitenciaría conoció a José Luis, que estaba allí por un tema de drogas, y a Ángel, en prisión por el asalto al taller de joyería Ibergem, ocurrido el 12 de julio de 1982, en la calle Balmes. El atraco se frustró por la intervención de un sargento de la Guardia Civil, que se enfrentó a tiros con los malhechores y que murió en el intercambio de disparos. Al salir del penal, Mario siguió en contacto con los dos, y no solo por sus proyectos delictivos, sino porque le gustaba la noche, las mujeres y el juego. Ángel lo condujo hasta Boni, el que controlaba varias partidas clandestinas que se celebraban en la ciudad.

La noche barcelonesa contaba en aquellos años con numerosos garitos donde jugar; unos estables, otros que iban rotando de sitio en sitio. Varios de ellos funcionaban como after hours, de manera que los aficionados a los naipes coincidían con los noctámbulos que se tomaban la última copa antes de volver a casa. Uno de los más populares era el Quinto Piso, porque estaba en la quinta planta de un edificio de oficinas que estaba a pocos metros de una comisaría de Policía y era parada obligatoria para cualquier noctámbulo renuente a rendirse. Otro era conocido como el Noveno Piso, porque estaba en esa planta de un inmueble también de despachos por la mañana, pero frecuentado por curiosos y jugadores por la noche. Entonces, lo irregular era conocido y se toleraba mientras no creara demasiados problemas.

Otros lugares eran más reservados. El juego había sido legalizado en España en 1977 y en 1985 ya funcionaban dos casinos en Catalunya, uno en Sant Pere de Ribes, a unos treinta y seis kilómetros de Barcelona, y otro en Peralada, en un castillo del siglo xiv de la provincia de Girona; pero estos palacios de las cartas y las ruletas, por ley, no podían ubicarse en el área urbana, así que a los jugadores les era más cómodo acudir a esos locales clandestinos, que eran conocidos pero más o menos consentidos. Y había muchos jugadores, que eran congregados principalmente por dos grupos que controlaban el juego ilegal en la ciudad. Había una partida estable en un palacete del barrio de Gràcia; otra en un selecto club privado al estilo inglés que entonces estaba prácticamente en la ruina y que alquilaba salones para las timbas; una también muy conocida estuvo en una institución cuya finalidad era el arte, pero cuyas finanzas tampoco eran boyantes. O se arrendaban pisos por noche o por meses, como en la calle Mallorca, o en la calle Villarroel. No eran casos aislados: entre 1986 y 1987, los Mossos d'Esquadra levantaron cuarenta y tres partidas clandestinas. Únicamente se les podía imputar una infracción administrativa, castigada con el decomiso de los útiles del juego (mesas, barajas, dinero) y la imposición de una cuantiosa multa, que al final era parte de la contabilidad de tan suculento negocio.

El juego de moda era la señora, una modalidad de blackjack que recibía ese nombre por las curvas de la mesa que se usaba. También era frecuente el bacarrá. Uno de los hombres que dirigía las partidas contó en 1990 que su minicasino tenía catorce empleados, que ganaban entre ciento cincuenta mil y doscientas cincuenta mil pesetas al mes, un sueldazo para la época. El jefe, él, se podía sacar hasta trescientas mil pesetas por noche. Los beneficios se derivaban de la subasta de la banca. Se movía mucho dinero en cada mano. Millones de pesetas cambiaban de dueño en horas, hasta quince. No todo era lumpen. El juego no solo era cosa de gente de dudosa reputación, sino también de jueces, periodistas, médicos, abogados o notarios. Alrededor de la mesa se sentaban policías y delincuentes; empresarios y timadores. Se cuenta que al acabar una partida, uno

de los participantes, miembro de una familia burguesa, se tuvo que ir al notario a depositar dos plazas de aparcamiento y un palco del Barça para pagar la deuda que había contraído. En la trastienda de un restaurante, un traficante de drogas de nacionalidad siria se levantó de su silla tras ganar cuatro millones de pesetas, pero se volvió a sentar y en poco rato perdió ocho. A fin de no pagar llamó a la Policía y denunció que en el establecimiento se estaba realizando una timba clandestina. Los agentes allanaron el local y encontraron varias armas escondidas allí. Pero la anécdota que mejor define el afán de jugar es esta: la Policía hizo una redada en uno de estos locales y se llevó a ciento noventa personas a comisaría. Veinte se quedaron detenidos porque tenían antecedentes y estaban reclamados, unos cuantos se fueron a dormir y el resto pagó una multa, regresó al local y continuó dándole a las cartas hasta que salió el sol.

Mario frecuentaba la partida organizada por Boni en ese club privado cerca de la Diagonal, donde jugaba a la señora. Siempre lo acompañaba su socio, Andrea, un siciliano que hablaba perfectamente castellano porque vivió años en Barcelona, en la avenida Meridiana, y que incluso consiguió la residencia. En su documentación figuraba que era agente artístico. Su principal representada era su esposa, una contorsionista griega que exhibió sus dotes en varias salas de fiestas de la ciudad. En ese club elegante, Mario perdió mucho dinero y para sufragar su deuda le ofreció a Boni entrar en su proyecto: robar el Hispano Americano de la calle Fontanella. Boni, granadino, hombre elemental, que tenía dos familias e hijos en las dos, dicen que, de buen corazón, quedó cautivado por la osadía de Mario y se apuntó al plan. Para ello organizaron una banda numerosa, con dos grupos. Uno, formado por italianos, llevará a cabo el golpe. Otro, constituido por conocidos de Boni, facilitarán la infraestructura y la financiación necesaria para el robo. Por ejemplo, pisos para alojar a sus socios extranjeros o alquilar un local en desuso en la calle de les Moles, a unos trescientos metros del banco, de donde partirá el túnel, que excavarán los especialistas transalpinos. Hacerse con esos bajos

cuesta cuatrocientas mil pesetas. El trámite lo cumple un vecino de Boni, que para ello se disfraza con maquillaje y una peluca. El día del juicio, ante la surrealista explicación que da a su extraño atuendo, el fiscal le espeta:

—¿Y usted se disfraza y alquila locales con DNI falso a menudo?

—No, no mucho, la verdad.

El presidente del tribunal intervino ante la catarata de explicaciones inverosímiles:

—Le estoy dando una oportunidad de que diga algo convincente.

Callada por respuesta. No había manera de explicarlo razonablemente.

Para el golpe también hay que comprar las herramientas necesarias, entre ellas la lanza térmica y un potente gato hidráulico para agrandar el agujero, que son adquiridas en Italia y trasladadas a Barcelona en una furgoneta por la frontera de La Jonquera. Los gastos para preparar el asalto ascienden a cuarenta millones de pesetas, entre los que se cuentan el alquiler de dos cajas en la cámara de seguridad del Hispano, esenciales para conseguir desvalijar la oficina. La primera la arrienda uno de los que conoció a Mario en la cárcel, José Luis, el 15 de enero, con su nombre. Es la número 1.133. De la otra, la número 1.385, se hace cargo con un DNI falso otro integrante añadido al grupo al que llamaremos «el perfumista», y tiene una característica primordial: está situada bajo el sensor de la alarma.

El 14 de agosto, poco antes de que termine el horario laboral en la entidad, ambos piden acceder a la cámara, y mientras José Luis distrae a la empleada, el perfumista coloca un capuchón de plomo que ha fabricado sobre el sensor. Es imprescindible. La alarma es volumétrica y en cuanto se conecta detecta cualquier movimiento en la habitación, como si fuera un radar. Emite ondas que rebotan en la

pared y revelan si hay impedimentos a su circulación. El capuchón reduce el espacio, de manera que el sensor solo vigila lo que ocurre en el reducido tramo que hay entre ella y la tapa, impidiendo descubrir si alguien accede al lugar.

Mientras ocurre esto, los zapadores ya están frente a la pared subterránea de la cámara. En cuanto la oficina se queda vacía, la lanza térmica y el gato abren un boquete, un butrón, en el argot, por donde varios miembros del grupo entran y saquean las trescientas ochenta y tres cajas escogiendo lo que les da un rédito inmediato y despreciando lo otro, lo meten en sacas y se van sin que nadie se entere. El golpe es un éxito.

En las horas posteriores, la banda se reparte el botín y se dispersa. Veintisiete bolsas de deporte repletas de dinero y joyas son llevadas hasta un descampado en Santa Coloma de Gramenet y, allí, escondidas en un doble fondo de un camión tráiler que está aparcado en el lugar y que partirá rumbo a Italia. El perfumista oculta en su almacén de perfumes tres sacos con piedras preciosas que pesan unos quince kilos. Mario y Andrea, con dos españoles, se suben a una roulotte que han alquilado y huyen por carretera, con otra parte oculta en el vehículo. Llegan a Roma y después se van a Avezzano, a poco más de cien kilómetros, donde dejan su botín en un agujero en el bosque. El resto de italianos también desaparece de España.

Al comisario, el robo le provoca una mezcla de estupor, cabreo y, también, una parte de admiración: al fin y al cabo, es un delito sin heridos y perpetrado por unos profesionales de primera. Serán unos dignos adversarios. Empieza el desafío: la caza. A ver cómo dan con los italianos, seguro que se han marchado y estarán fuera del alcance de los inspectores de Barcelona. Tiene sobre la mesa diez nombres de sospechosos, los que intentaron dar el primer golpe. Ya es algo. Pero hay un clavo al que agarrarse, porque una de las cajas, la de uno que fue poco antes de cerrar la oficina el día del robo, fue alquilada con un nombre real. Y es un español. Además, llega la

confidencia: no solo hay que buscar a unos extranjeros; en el rififí también ha participado gente de aquí, vinculada al mundo del juego ilegal. Es fácil encontrarlos, quien los aunó es Boni, el que organiza partidas clandestinas por la ciudad. Hay que escrutar este ambiente.

Pero se produce un hecho que nadie espera. El día 21 de agosto, solo seis días después del golpe, Andrea es detenido frente al Ministerio de Finanzas en Roma. En su coche hay veinte millones en divisas, posiblemente del botín del Hispano. No falta quien comenta que, en realidad, se ha dejado arrestar, porque sabe que en su país la condena será corta y al salir disfrutará de un fortunón. Incluso se comenta que los guardias de la institución oficial fueron a por él porque se puso a orinar en una pared del edificio.

Su arresto deja a su suerte a dos correos españoles que han transportado otra parte del botín hasta la ciudad eterna. Lo han entregado a los italianos, pero se quedan solos cuando cae Andrea: los amigos del jefe ya no les hacen ni caso. Desde su hotel romano llaman a sus hijos para que les remitan un giro postal y así comprar billetes de avión con los que regresar a España. En días posteriores, Mario y otros cómplices son detenidos en Italia, recuperándose otra porción de lo saqueado en la cámara de seguridad.

La parte hispana de la banda corre peor suerte. Van siendo localizados uno a uno. No hay mucha escapatoria, pero se pone sobre la mesa un pacto: si entregan el botín, habrá clemencia. Dicen que sí. Un abogado con un inspector de Policía va a recogerlo a una nave industrial de un polígono de Barberà del Vallès. La versión oficial será que las joyas, unas quinientas piedras preciosas, el dinero y los lingotes de oro han aparecido en un zulo cavado en la montaña del Tibidabo. Pero las cosas se tuercen por desacuerdos finales, así que al final se recupera lo robado pero no se rebaja la acusación.

El juicio se celebra en febrero de 1989 en la Audiencia de Barcelona. En el banquillo, doce españoles, ni un solo italiano. En las sesiones,

que duran una semana, flota el ambiente de que estás viendo jugar a los reservas del partido, porque los titulares están en otra competición. Son como los extras de la película, porque los protagonistas ya se han puesto a salvo en Italia. Una especie de invitados de segunda a la mesa, que además tienen muchas menos tablas que sus socios, que ya no quieren saber nada de ellos. Ahí está, la facción hispana de la banda que saqueó el Hispano; detenidos y sin sus beneficios. Los otros, los italianos, en su país y con la parte del león del botín. En ese momento, la oferta de compartir las ganancias de un rifirafí suena casi a timo: Mario no pagó su deuda de juego, no puso ni un euro para financiar su plan y está en su casa; Boni no ha ganado nada, ha pagado la fiesta y se sienta en el banquillo de los acusados. Solo uno de los que se juzga, el perfumista, reconoce tener algo que ver con el robo. Los otros aseguran que no saben de qué les hablan. Al final, el tribunal solo condena a seis de los acusados y absuelve a los otros seis. Quien sí recibe un reproche del tribunal fue el mismo banco, obligado a indemnizar a los clientes que habían perdido lo que guardaban en las cajas de seguridad.

En el siglo xxi, las partidas de cartas clandestinas ya no forman parte de la noche barcelonesa, si acaso alguna de menor categoría, nada que ver con lo que ocurría en 1985. Los jugadores ya pueden ir a un casino en Barcelona, porque la ley ha cambiado y ya se pueden ubicar en la ciudad. Si quieres jugar, basta con tomar un taxi.

Las penas impuestas a la parte italiana de la banda no llegaron a los cinco años. Seguro que gozaron de un retiro sin estrecheces.

Los españoles están todos en libertad, tras cumplir condenas de entre uno a cinco años, pero sin las ganancias del golpe tras dejar la prisión.

Nunca se identificó a los encargados de cavar el túnel. Sobre el caso quedó la duda de si hubo un enlace de importancia entre los italianos y los españoles. Se sospechó que sí, incluso se puso

nombre a este personaje, un barcelonés, pero nunca se le detuvo por falta de pruebas. Y ninguno de los otros le delató. El rumor es que usó parte de sus beneficios para comprar una discoteca, que tampoco duró mucho tiempo.

Mario demostró al jefe de seguridad del Hispano Americano que sus medidas de protección no eran insalvables. Y eso que la cámara fue revisada un mes antes del rififí por una empresa especializada en la materia, y que certificó que todo estaba correcto.

En 2023, el Banco Hispano Americano ya no existe. En 1991 se fusionó con el Central y la entidad naciente acabó integrándose con el Santander en 1999. La oficina de la calle Fontanella, 8, es un MediaMarkt.

Treinta y nueve años después del robo, el mismo periodista que el 16 de agosto de 1985 bajó a Jefatura de Policía porque buscaba una historia que contar y se encontró con el suceso del mes, está desayunando con un conocedor de la Barcelona fuera de la ley. Desayuno de tenedor, huevos fritos con morcilla, bacalao con judías secas. Comentan otros casos, cómo era la noche de los ochenta; hablan del golpe al Hispano. El interlocutor se explaya:

—Nunca se sabrá lo que se llegó a robar en el Hispano Americano. Lo que apareció es una minucia. Hay propietarios de cajas que nunca dijeron lo que tenían allí y otros dijeron que tenían más que lo que había. Se habla de mil millones de pesetas, de mil quinientos. Es posible, vete a saber…

Hubo muchos rumores sobre lo que se sacó de aquella cámara de seguridad. Se dice que una sola caja guardaba un millón de dólares, y que en otra había una diadema igual a la que luce una dama de la alta sociedad en un cuadro de Casas, colgado en una institución barcelonesa. Quién sabe qué fue de todas aquellas joyas y dinero; las sospechas entre los investigadores es que la mayoría se vendió

en Génova, que lo hizo un exmiembro de la Banda de Roma, que vivía en una gran mansión en la ciudad eterna.

Carnaval de Venecia, unos años después del rifirafí al Hispano Americano. Música en el aire, gente bailando por las calles. Sobre varios disfraces resaltan unas medallas militares, ganadas por soldados españoles en guerras pasadas. Se guardaban en la cámara acorazada y encontraron destino tras ser vendidas por los ladrones para resaltar los vestidos. Un colofón inusitado al golpe más famoso perpetrado en Barcelona.

EL SUEÑO Y LAS CENIZAS

Él mismo lo vaticinó: cuando todo acabe, seré ceniza.

Al final fue ceniza.

Nadie estaba preparado para afrontar algo así en la España de 1971; ni la Justicia, ni la psiquiatría forense, ni la Policía. Nadie. La patria una, grande y libre era oficialmente una nación de ley y orden, dictadura cristiana y recatada comandada por Francisco Franco con Luis Carrero Blanco como su mano derecha. La guerra era cosa de Vietnam y los crímenes estremecedores pasaban en otras latitudes, como en los Estados Unidos, donde se condenó a Charles Manson y tres de sus adláteres por el asesinato de la actriz Sharon Tate; aquí se mataba por celos o por dinero, argumentos de la crónica negra común y corriente. Un país con televisión en blanco y negro y donde desde la radio Simplemente María hacía llorar y la señora Francis ponía orden en las casas; con la VI Flota en el puerto; donde triunfaban artistas que ya han desaparecido (como Nino Bravo o Cecilia) y otros que siguen en la brecha (como Víctor Manuel o Miguel Ríos); una nación a la que comenzaban a llegar turistas a buscar sol y playa. Nadie pensaba que se podía topar con una matemática criminal como esta: cuarenta y ocho asesinatos confesados, de los cuales veintidós se creyeron ciertos, diecinueve no se pudieron comprobar y siete se dieron por cometidos por quien se los atribuyó. Nadie podía imaginarlo y nadie supo cómo hacer frente a semejante revelación, que se convirtió en un proceso judicial chapucero que culminó con una solución de conveniencia: aparcar al culpable en centros psiquiátricos y olvidarse del asunto.

Pero el sueño, la pesadilla y las cenizas siguen ahí.

Manuel Delgado Villegas nació en Sevilla el 25 de enero de 1943, en el seno de una familia humilde. Su madre falleció a los veinticuatro años cuando él tenía uno y había una hermana mayor, Joaquina. El padre y los chicos se trasladaron a la localidad gaditana de El Puerto de Santa María, donde el cabeza de familia se ganaba la vida fabricando arrope, un dulce basado en frutas como los higos. De ahí su apodo, el Arropiero. Él mismo se dedicó a vender caramelos de este tipo, las arropías, por las playas de la zona. En sus primeros años ya dejó pistas de que la suya no sería una vida normal: apedrear a un maestro de escuela, colocar obstáculos en las vías férreas, incendiar casetas de aperos agrícolas, quemar los frutos del campo o beberse sus orines y comer sus excrementos.

Sin embargo, no hay que buscarle tres pies al gato: sus crímenes no tuvieron que ver con la miseria, ni con la situación política del país, ni con cualquier tipo de disculpa sociológica: el Arropiero mataba porque sí, con cualquier método, de cualquier manera y en cualquier situación. Así lo comentaba el que fuera su abogado, Juan Antonio Roqueta. El letrado fue un buen amigo mío y de dos de mis compañeros de La Vanguardia, Domingo Marchena y Francesc Peirón. Hombre peculiar, habitualmente desaliñado, de familia burguesa, amante de la buena mesa y tertuliano cautivador, en realidad siempre tuvo una afición superior a las leyes que era la magia (venció en un concurso de ilusionistas a los dieciséis años), y no había cena que compartiéramos que no le pidiéramos un truco, que por lo general acababa captando la atención de todo el local. Era tan bueno en la prestidigitación como ante los tribunales, donde, por cierto, ganó una vez un asunto haciendo un juego de trile ante los magistrados. El Arropiero era una de las conversaciones recurrentes y afloraban los recuerdos sobre su cliente, que demostraban ese afán por quitar la vida ajena sin causa. Así, Delgado Villegas le había contado como en una ocasión estaba sentado al borde de un precipicio con un hombre cuando este le dijo:

—¡Qué belleza! ¡Qué vistas! No me importaría morir aquí mismo.

—Pues muere —le contestó.

Y lo empujó al vacío. Este crimen nunca se pudo esclarecer.

Roqueta también recordaba una charla que tuvo con él, cuando lo conoció:

—¿Cuándo me vas a sacar de la cárcel?

—Vas a estar mucho tiempo aquí.

—Vaya mierda de abogado eres tú.

No era una mierda. Fue uno de los mejores penalistas de su tiempo en Barcelona, que es situarlo en la élite del país. Juan Antonio comenzó a ejercer en pleno franquismo, con palabras en vigor en el Código Penal como adulterio y pena de muerte. Lo primero era fuente de sabrosos chascarrillos; lo segundo, recordatorio de horas de sufrimiento a la espera de una sentencia que decidiera la suerte de su patrocinado. Defendió dos casos y en los dos evitó la pena capital. Siempre tuvo clavada la espinita de que esos dos hombres jamás le dieron las gracias por librarles del garrote vil. Suya era la frase «No está hecho el hombre para el derecho, sino el derecho para el hombre». Sin embargo, el Arropiero no cabía en el derecho. Ni prácticamente en nada.

De un metro setenta de estatura, Manuel Delgado Villegas era un hombre fuerte, de facciones marcadas en las que destacaba la mandíbula, entradas en el pelo y una mirada que trasmitía su furia inclemente. La lista de sus peculiaridades relatada en informes oficiales, anotaciones de los médicos que lo trataron y testigos que lo conocieron es extensa, variada, imposible de incluir en una definición única: bisexual, anaspérmico (no eyaculaba), megalómano, necrófilo, fumador compulsivo, alcohólico, analfabeto, disléxico, con brotes esquizofrénicos y ataques de epilepsia, pendenciero, delirante, consumidor esporádico de drogas y portador de un triple cromosoma, XYY. (El ser humano tiene cuarenta y seis

pares de cromosomas. Las mujeres y los hombres se distinguen por su carga genética. Las mujeres son XX y los hombres XY. El Arropiero tenía una segunda Y en el par veintinueve, era XYY. La presencia de una segunda Y se creyó entonces que estaba relacionada con una mayor agresividad. Hoy en día no está tan claro).

Nadie, de nuevo nadie, nadie sabía de él hasta enero de 1971, a pesar de que ya tenía una larga carrera homicida. Empezó a matar, según su versión, en 1964, a los veintiún años, y acabó en ese 1971, a los veintiocho. En medio, cuarenta y ocho víctimas. En solo seis años. A más de seis por año; una cada dos meses. En 1971, en esas fechas, en El Puerto de Santa María, la familia de una mujer llamada Toñi denunció su desaparición. De treinta y nueve años, deficiente mental, era conocida por ser frecuentada por transportistas y, de hecho, al principio se pensó que se había marchado con un camionero, hasta que un testigo señaló que el día en que se la dejó de ver iba con un hombre. Este personaje fue identificado como el Arropiero, que fue detenido y llevado a comisaría. Al principio negó tener nada que ver con una posible muerte; después lo admitió. Admitió ese y cuarenta y siete asesinatos más de una tacada. Él mismo llevó a los inspectores hasta el lugar donde había ocultado el cadáver de Toñi. La había estrangulado con sus propios leotardos y él volvía de vez en cuando allí para mantener relaciones sexuales con el cuerpo inerte. Manuel Delgado, aun así, mantuvo versiones discrepantes: una, la del crimen; otra, que era su novia —«La quería mucho», dijo años después— y que ese día tuvieron sexo en el descampado, que se quedó dormido encima de ella y que cuando se despertó estaba muerta.

Manuel Delgado Villegas, alias el Arropiero, fue detenido el 18 de enero de 1971, pero la magnitud de lo que relató escapaba a las atribuciones de cualquier juzgado de aquellos momentos y de cualquier grupo policial. Días después fue trasladado a las dependencias de la Dirección General de Seguridad en Madrid, cuando ya había establecido una especie de relación personal con

dos de los policías de la localidad andaluza, Salvador Ortega y Manuel Alcalá, a los que gustaba repetir que lo habían cogido porque él había querido. Con ellos gestó un escenario casi extravagante, de una confianza singular, pues en el viaje a la capital el coche se estropeó y él ayudo a repararlo en lugar de intentar huir. No se fue nunca, jamás planeó una fuga. Ya se quedó atrapado para siempre en un laberinto legal.

En Madrid se optó por encargar el caso a los agentes que ya lo conocían, y el Tribunal Supremo designó un juez especial para investigar los delitos que reconocía haber cometido, Conrado Gallardo. Se inició así un insólito viaje por distintos lugares de España, donde él iba describiendo sus andanzas. De este periplo han quedado fotos, bastantes fotos, donde el grupo posa para la cámara, como si fueran unos amigos que están de excursión. Él no le hace ascos al objetivo e incluso participa en las fotografías: descansa su mano sobre el hombro de uno de los funcionarios, sonríe o finge boxear. Hay imágenes de él disfrutando en el Parque de Atracciones del Tibidabo, en Barcelona, donde pidió que lo llevaran para subirse a los «cacharritos». Es tan inusitado lo ocurrido que incluso se le puede contemplar llevando una maleta que en realidad contiene el sumario que se va armando con sus confesiones y el recorrido por los diferentes escenarios. «Esta es tu vida», le comentaba uno de los policías. Nunca le dio por deshacerse de la valija, puede que su megalomanía fuera tal que quisiera que se supiera todo lo que había hecho.

En esos días, juez, agentes y criminal comían en restaurantes a mantel puesto, donde era frecuente que Delgado Villegas sisara las propinas. En una ocasión, se quedó mirando el chuchillo y el tenedor que estaban sobre la mesa y le preguntó a uno de los inspectores si se daba cuenta de lo que le podría hacer con ellos. El policía le contestó que no llegaría a alcanzarlo y dejó su pistola en una silla contigua. No pasó nada. Nunca se revolvió contra ellos.

El singular itinerario fue recogido por el director de cine Carles Balagué en su película Arropiero, el vagabundo de la muerte, de 2008, donde se describe esa complicidad entre criminal y policías, desconcertante para un profano, con la única queja por parte de Delgado Villegas de que sus compañeros de peripecias dormían en hoteles y él, en los calabozos de la comisaría más cercana. Otra anécdota reafirma la megalomanía del personaje. Estaban circulando en el coche y la radio dio cuenta de la captura en México de un asesino con una cantidad tremenda de muertes a sus espaldas. El Arropiero les pidió tres o cuatro días de libertad, porque en ese tiempo haría trizas cualquier contabilidad y superaría al mexicano, para regresar después con sus custodios.

No tenía método, ni escogía a sus víctimas por su sexo, o raza, o cualquier otra condición. Mataba donde podía, cuando podía. Su trayectoria dejaría hecha jirones cualquier clasificación que se ha realizado sobre los asesinos en serie. La primera víctima que se atribuyó es del 21 de enero de 1964. Entonces vivía en Barcelona y se fue a pasear por la playa del Garraf, a unos veinte kilómetros de la ciudad. Allí vio a un hombre durmiendo en la arena, agarró una piedra y le rompió el cráneo a golpes, marchándose sin más tras quitarle algo de dinero. Se llamaba Adolfo, era un cocinero de cuarenta y nueve años, que trabajaba en la ciudad y que había ido allí para recoger un par de saquitos de arena que le iban bien para limpiar sus cacharros. Se quedó dormido y ya no despertó. Lo encontraron unos chavales que jugaban al fútbol frente al mar. Era un caso sin resolver, pero él identificó la piedra que usó entre varias que le mostraron. Era la que se había conservado como prueba y en ella había restos de sangre. ¿Por qué lo hizo? Pues le diría a Roqueta que porque le daba pena, porque era un desgraciado a quien nadie quería. No lo conocía de antemano, no sabía nada de él. El asunto tiene una coletilla: un hombre se confesó autor del homicidio, pero se descartó de buenas a primeras y acabó siendo juzgado por una mentira estúpida.

Si allí robó algo de dinero, no ocurrió en Ibiza el 20 de junio de 1967. La isla era ya un destino escogido por hippies y jóvenes en busca de diversión y drogas psicodélicas, como el estadunidense James, de treinta años, y la francesa Margaret, de veintiuno, que se conocieron en una fiesta y se fueron a una casa de campo llamada Can Planas, que James conocía porque había estado anteriormente allí con su esposa. Estaba vacía, pero entraron y se acomodaron en una habitación a la luz de una vela. Margaret no quiso finalmente hacer el amor y James se marchó despechado, dejándose la puerta abierta. El Arropiero había dormido en la playa y andaba por allí buscando comida cuando vio a James irse malhumorado de la finca. Entró, encontró a Margaret, la violó y la mató asfixiándola. También le hizo cortes en la espalda, pero luego lavó el cuerpo, para abandonar el lugar. James regresó después porque se había dado cuenta de que había perdido las gafas y el pasaporte. Vio a la joven muerta y se fue asustado. Detenido por la Policía, estuvo un año y medio en prisión provisional hasta que fue juzgado. El fiscal pidió veinte años de cárcel, pero fue absuelto por falta de pruebas. En la reconstrucción, el 8 de octubre de 1971, Delgado señaló que el colchón que había no era el mismo. Era cierto. El que había cuando el suceso estaba en unas golfas y tenía un rasgo que detalló antes de verlo: hizo dos cortes en cruz. Era verdad. El dato nunca se había hecho público.

Tercer ejemplo que describe su imprevisible elección de víctimas: el 20 de julio de 1968 estaba en Chinchón, en la provincia de Madrid, y bajó a la ribera del río Tajuña, donde coincidió con Venancio, de sesenta años, que estaba lavándose los pies. Propietario de un viñedo cercano, Venancio era conocido en el lugar por ser un poeta local y creador del eslogan «Chinchón, anís, plaza y mesón». Manuel le pidió comida y Venancio le respondió que, si quería comer, que trabajara. El Arropiero le dio un golpe en la garganta y luego le sostuvo la cabeza bajo el agua hasta que se ahogó.

Mal asunto cruzarte con él. Era un nómada y eso explica la aleatoria distribución geográfica de sus crímenes. Personaje extraño, sin

amigos y ligeramente tartamudo, se habló de su baja inteligencia, pero tenía un coeficiente intelectual que entraba en la normalidad (por poco, era de entre setenta y tres y setenta y cinco y la disminución se considera por debajo de setenta) y una memoria fotográfica. Tipo presumido, en el trato directo resultaba hasta simpático a pesar de que siempre estaba esa mirada que hacía estar atento. Tenía arrebatos coléricos. Una vez, encerrado en un calabozo, un guardia le negó un cigarrillo y él entró en un estado de furor en el que destrozó su ropa y calzado a mordiscos. Disfrutaba del cine policiaco, si bien se reía de que siempre pillaran a los bandidos, no como a él, que se dejó atrapar. Por ejemplo, un vecino de El Puerto de Santa María lo acompañó a ver El estrangulador de Boston, protagonizada por Tony Curtis, y no paró de menospreciar al asesino por ser capturado. En su mitomanía tenía un ídolo, paradójicamente un cómico, Cantinflas. Creía parecerse a él y cuando fue detenido lucía un bigote como el del actor mexicano.

Cuando era niño, su padre lo envió a vivir con su abuela y su hermana a Mataró, a poco más de treinta kilómetros de Barcelona. Se desplazaba frecuentemente a la capital, donde se adentró en el Barrio Chino y trató con los maleantes locales. Allí comenzó a ejercer de chapero cuando tenía catorce o quince años. Si se quedaba sin dinero aceptaba trabajos dispares, como chatarrero, peón de albañil, vidriero, mozo de caballerías o pastelero. Incluso recurría a vender su sangre para llevar unas pesetas en el bolsillo.

A los dieciocho años ingresó voluntario en la Legión, donde comenzó a consumir drogas, principalmente grifa, y aprendió a manejar las armas y a usar el llamado golpe del legionario, dado a la nuez del contrincante y que puede causar la muerte; el que empleó con Venancio. Sin embargo, fue expulsado por motivos psiquiátricos, o por simularlos para irse, según otra versión. Hasta la muerte debió de tener miedo de un novio como este, tan devoto de propagar su obra. Roqueta decía que la disciplina no era lo suyo.

Desde Catalunya también empezó a pasar a Francia, y eso que no tenía pasaporte. A veces lo hizo en los autocares con destino a Perpiñán, cargados de hombres que iban a disfrutar de películas pornográficas allí y que eran someramente escrutados por la Guardia Civil de la frontera. Otras veces lo hizo a pie, burlando los controles. Por esas correrías le quedaron antecedentes en el país vecino, amén de por algunos pequeños delitos. Y, sin embargo, había mucho más, según describió en 1971.

El Arropiero no se detuvo cerca de los Pirineos, llegó mucho más al norte. Estuvo en París, donde aseguró haber dado muerte a dos mujeres. Describió que a una la estranguló por chivata y que a la otra la ametralló junto con sus socios pandilleros. Se quedó un tiempo en Marsella, donde se introdujo en los bajos fondos y llegó a ejercer de sicario para una banda de gánsteres, a fin de eliminar a los miembros rivales de otro clan a golpe de metralleta. En aquellos tiempos, Marsella era una capital del hampa. Y en la Costa Azul mantuvo una relación con una mujer adinerada, a la que acabó machacando la cabeza. La mató «porque no aguantaba más», argumentó.

Esta trashumancia lo llevaría hasta Roma. Según su relato, se alojó en una pensión donde la propietaria lo cuidaba, pero describió que era tan gorda que los brazos no le daban para abrazarla. Un buen día se encamó con la sobrina de la mujer, esta entró en la habitación y se montó la de San Quintín. «Se formó tal jaleo que no tuve más remedio que cargármelas a las dos». Este fue su razonamiento. De todos estos sucesos había constancia, pero nunca se pudo establecer judicialmente su participación por la entonces prácticamente nula colaboración entre las policías de diferentes países. Ahora la cosa sería diferente, podría averiguarse qué había de cierto en su narración.

Este trotamundos del crimen añadió otros dos asesinatos a su currículum en Catalunya, y que quedaron demostrados que fueron obra suya. El 5 de abril de 1969 mató a un empresario de setenta y

un años en Barcelona, al que cobraba por relaciones sexuales. Se citaron en su empresa y cuando este no le quiso dar lo que quería, rompió una silla y con una pata lo molió a golpes. Dos limpiadoras lo hallaron aún con vida, pero falleció en el hospital. Y el 23 de noviembre del mismo año, cuando paseaba por Mataró, se topó con Anastasia, de sesenta y ocho años, a la que propuso tener sexo. Como ella se negó, la atacó con un ladrillo y la tiró desde un puente, arrastrándola hasta un túnel, para estrangularla. Luego practicó la necrofilia y volvió varias veces para profanar el cadáver.

En 1970, Manuel Delgado Villegas regresó a El Puerto de Santa María para reunirse con su padre y fue donde puso punto final a su carrera como asesino en serie, cerrando la lista con otros dos nombres. El primero es Francisco, un joven de veinticuatro años al que asestó el golpe del legionario y luego arrojó al río Guadalete. La última es Toñi, de la que ya hemos hablado.

El extraño viaje concluyó a finales de 1971. El Arropiero señaló al magistrado y los dos policías dónde había cometido sus asesinatos y sus testimonios y los datos recabados se acumulaban en la causa, esa que los acompañó dentro de una maleta kilómetro a kilómetro por España. Ahora, la cuestión era qué hacer con él. Nadie lo sabía a ciencia cierta. La pelota fue pasando de un lugar a otro. El Tribunal Supremo no se hizo cargo de juzgarlo, pero tampoco la Audiencia de Cádiz, donde fue detenido. En 1972 dictaminó que era competente Barcelona, porque allí ocurrió el primer crimen confesado, el del cocinero. Documentación y detenido fueron a parar a la Ciudad Condal. Él, a la Modelo; los papeles, al juzgado de instrucción número 5. No parece que hubiera mucho interés en zanjar el asunto, porque entre 1973 y 1976, el sumario se traspapeló sin que nadie se interesara por él, ni siquiera los familiares de las víctimas, que no emprendieron acciones judiciales contra el asesino de sus allegados. Un ujier acabó dejando el sumario en la primera secretaría que se le ocurrió, bajo unos legajos polvorientos. Delgado Villegas era como un coche averiado del que nadie quería saber nada y que se aparca allí donde no moleste, en este caso en la prisión barcelonesa. En

1976, un funcionario de la penitenciaría avisó al fiscal Alejandro del Toro que tenían a un interno del que no se conocía ni abogado ni acusaciones. Surrealista: en seis años, de las portadas de los diarios y la máxima atención de las autoridades al abandono. Del Toro comprobó que el Arropiero llevaba seis años recluido sin ni siquiera tener defensor y llamó a un amigo suyo, el abogado Juan Antonio Roqueta, a quien le planteó: «¿Quieres un asunto con mucha sangre? No cobrarás ni un duro, pero nos interesa». Aceptó.

Del Toro encontró la causa después de poner patas arriba las oficinas judiciales. Para poner hilo en la aguja se reunió un nuevo equipo especial: el juez del Cacho, el fiscal del Toro y el abogado Roqueta. Sobre su mesa, los crímenes del Garraf, Barcelona, Ibiza, Chinchón, Mataró y los dos de El Puerto de Santa María. Pero ni así. En 1978, la causa recaló en la Audiencia Nacional, la instancia creada para delitos especiales como el terrorismo y aquellos que fueron cometidos en varias comunidades autónomas, siendo el suyo un ejemplo paradigmático, pues asesinó sin tener en cuenta el lugar. Tenían que tomar una decisión. Un informe psiquiátrico de 12 de abril de 1972 describió así a Delgado Villegas: «No padece enfermedad mental propiamente dicha», pero al mismo tiempo «es una personalidad psicopática, con rasgos de los desalmados y de los necesitados de estimación». La valoración era que «la imputabilidad, dada su capacidad de conocer e inhibirse, la consideramos disminuida en grado importante». Y el aviso, categórico: «Es un peligro social en grado supremo».

El dilema era el siguiente: si lo juzgaban, su estado mental podría incidir en una rebaja sustancial de la pena, pero el temor era que si quedaba libre volviera a matar sin freno. Un gran disyuntiva, salpicada además por las graves irregularidades —falta de abogado defensor, pérdida temporal del sumario— que acompañaban al proceso y que beneficiarían al acusado. De manera que la salida fue no sentarlo en el banquillo de los acusados. En 1979, la Audiencia Nacional ordenó su internamiento en un psiquiátrico «hasta el fin de

sus días, salvo dictamen ulterior de los médicos que merezca una reconsideración por parte de la Justicia».

El nómada inició así su segundo peregrinaje. Si uno lo llevó por España para reconstruir sus crímenes, este sería el definitivo, el que le haría conocer la zona psiquiátrica de las prisiones de Carabanchel (Madrid) de 1971 a 1973 y de Fontcalent (Alicante) de 1978 a 1992. Encerrado en esos lugares, la Audiencia Nacional volvió a ocuparse de él en 1992, para dictaminar que la situación no era compatible con las leyes derivadas de la Constitución y la democracia. Había que dejarlo libre, pero mejor en un lugar donde pudiera ser supervisado. Así fue a parar al centro de Santa Coloma de Gramenet, cerca de Barcelona, donde recibía la visita de su hermana Joaquina. Veintiún años después de su detención, el Arropiero quedaba libre, aunque no del todo. Con uno de los psiquiatras llegó a bromear sobre su vida: «Doctor, veinte años con desayuno, comida, cena, calefacción y agua caliente. Vaya chollo».

Tratado con fármacos en abundancia e incluso con electro-shocks en los inicios a fin de controlar su agresividad, en 1992 era una sombra. Ese año lo visitó en Fontcalent la periodista de Televisión Española Teresa Gray, que le hizo una larga entrevista, la única que se le ha hecho. Se encontró con un hombre avejentado, de mirada perdida, desdentado, alopécico, barbudo, que caminaba arrastrando los pies y que hablaba con dificultad y razonaba aún peor. Deliraba explicando cosas que nunca ocurrieron, como su boda con una polaca que quitaba el hipo con la que se casó cuando él tenía dieciocho años y ella, quince; o que había sido mecánico de aviones en Alemania; o que tuvo hijos con una sueca. Gray quiso averiguar si su mente aún funcionaba, si tenía idea de dónde estaba o qué pasaba más allá de los muros de la prisión, y le preguntó si sabía quién era el presidente del Gobierno. La respuesta fue de órdago: «Hace tres años me hicieron presidente del Gobierno y después rey de España y después no sé nada más, si hay otro presidente antes que yo, me da igual». Delirios que ya tenía cuando lo detuvieron y que motivaron que los inspectores tuvieran que esforzarse en

discernir entre realidad y ficción. ¿Son ciertos todos los asesinatos que confesó? ¿Ocurrieron todos o alguno se lo inventó? Jamás lo sabremos a ciencia cierta, los datos cuentan que fue un asesino insaciable, pero afectado por una gran megalomanía. Ni siquiera su abogado Juan Antonio Roqueta se atrevía a afirmar que todo era verdad, pero sí estaba seguro de que algún inocente estaría en prisión por crímenes del Arropiero, esos que no tuvieron una explicación lógica hasta 1971.

Fumaba sin parar y entre pitillo y pitillo le dijo a Teresa Gray que no se enfadaba nunca, que era un hombre muy tranquilo y que no pensaba en nada, porque si piensas mucho «te vuelves loco» y «hablas solo». Él también quiso saber cosas de la periodista y le preguntó si sería capaz de engañar a su marido, cómo le gustaban los hombres y por el tamaño de los órganos sexuales masculinos que prefería. Ella le planteó si pensaba en la libertad: «Que me saquen cuando Dios quiera. Alguna vez tengo que salir. Eternamente no voy a estar preso». ¿Y qué haría si quedara libre? «Lo primero que haré es irme muy lejos, a un país muy lejano y dejar el pasado».

Nunca pasó. Desde Santa Coloma fue llevado varias veces al hospital de Can Ruti, en Badalona (Barcelona), por el mal estado de sus pulmones, debido al tabaco. En los últimos meses necesitaba oxígeno para respirar. En esos días, el inspector Ortega lo visitó allí. Era un ser patético, tanto que incluso al agente se le escapó alguna lágrima, tal como confesó en el documental de Carles Balagué.

Manuel Delgado Villegas murió el 2 de febrero de 1998 en Can Ruti por insuficiencia respiratoria.

En la entrevista televisiva dejó esta frase: «Todo lo que estamos viviendo es un sueño, un sueño sobre una pesadilla. Y cuando ese sueño se acabe, seremos cenizas».

Un vaticinio.

El 3 de febrero de 1998, el cuerpo de Manuel Delgado Villegas fue incinerado.

Sueños, pesadillas y cenizas.

LOS CHICOS DEL SUBURBIO NO TIENEN MAÑANA

Hay una canción de Joan Manel Serrat que siempre me hace pensar en ellos, porque me parece que los estoy viendo. En una de sus estrofas dice:

Crecen de noche

y en el día se derrumban

los sueños que el olvido mece

por rumbas.

En tanto llegue

el día de los elegidos

cuando el eco los devuelva

del olvido.

Y, sin embargo, la canción, «Caminito de la obra», se refiere a los trabajadores de la construcción y no a los quinquis, pero varios de sus versos parecen dedicados a ellos. Como este: «Y que al nacer les pusieron la trabanqueta».

Quinqui, una palabra que ha caído en desuso en el lenguaje actual, pero muy extendida desde los años cincuenta hasta final del siglo xx. Usada como término despectivo, ser un quinqui equivalía a chico

de baja cultura, pocos modales y comportamiento asocial, y también definió a generaciones de delincuentes. No fueron un grupo homogéneo, ni quisieron serlo, ni organizar un movimiento alternativo; tampoco se les podía identificar por su origen, pues no eran gitanos, ni payos, ni privativos de un lugar, sino que vivían en muchos sitios. Sí se puede mencionar una característica común: todos eran de barrios suburbiales. El quinqui era, realmente, el delincuente del suburbio. Nacieron en la pobreza, se educaron en la delincuencia, vivieron deprisa y murieron pronto. La heroína barrió a la mayoría de los que quedaron vivos tras sus enfrentamientos con los cuerpos policiales. Los chicos del suburbio, violentos, marginales, nunca pensaron en el futuro, porque los chicos del suburbio no tenían un mañana.

No hay una definición clara para el término quinqui. La revista de la Guardia Civil publicó un largo artículo sobre ellos, explicando que se originaron en grupos trashumantes que vendían quincalla, que se tuvieron que radicar en núcleos urbanos por la Ley de Asentamientos del franquismo, siendo desde entonces protagonistas de la delincuencia de las ciudades. El diccionario de la Real Academia de la Lengua admite dos acepciones no exactamente iguales: una, «persona que pertenece a cierto grupo social marginado, que generalmente se gana la vida como quincallero ambulante»; y dos, «persona que comete delitos o robos de poca importancia».

Cualquier reportero que se desempeñara entre finales de los cincuenta y principios de los noventa del siglo xx supo de ellos, de esos delincuentes suburbiales llamados por extensión quinquis, porque fueron protagonistas de las secciones de sucesos y tribunales. En su haber hay apartados enteros del Código Penal: atracos, robos, sustracciones de vehículos, tirones de bolsos, incluso asesinatos. Idealizados con el tiempo y por el deseo de crear leyendas de forajidos, no hay que engañarse, era mejor no darte de frente con los desesperados del extrarradio, porque la furia era habitual en su mundo y guardaban rencor hacia aquellos que ellos

pensaban que fueron bendecidos por la fortuna. Ya desaparecidos, hoy en día se recuerdan más sus apodos que sus nombres reales: el Rata, el Rubi, el Pesetas, el Pepsicolo, el Jaro, el Fittipaldi, el Torete…, un alias siempre con un «el» delante.

El primero en ser conocido públicamente fue Eleuterio Sánchez, alias el Lute. Nacido en una chabola de un barrio de Salamanca el 15 de abril de 1942, se hizo famoso por saltar de un tren cuando era trasladado por la Guardia Civil, pero sobre todo por una foto de 1966 tras una detención, en donde se le ve pobre, mal vestido, con un brazo en cabestrillo y una mirada fija y penetrante. En prisión estudió Derecho y al salir de la cárcel rehízo su vida. Su periplo vital dio lugar a libros y películas. Luego vinieron otros que se hicieron tan o más famosos que Eleuterio. Sin duda, el más célebre de finales del siglo xx fue Juan José Moreno Cuenca, que hizo popular su apodo de el Vaquilla.

Vino al mundo el 19 de noviembre de 1961 en el barrio de Vallbona, uno de los trece que forma el distrito barcelonés de Nou Barris y que se sitúa allí donde acaba la ciudad y prácticamente empieza Montcada. Parece una premonición: nacer en el límite para vivir al límite. Luego vivió en Sant Boi, en Girona y, de nuevo, en Barcelona, en el Camp de la Bota y en La Mina. Siempre en el extrarradio, siempre en barrios precarios, suburbiales, dejados de la mano de Dios, como su propia historia: hijo de Rosa Cuenca, no conoció a su padre y le dio apellido otra pareja de ella, Antonio Moreno. Con él, Rosa tuvo tres hijas más, Gloria, Carmen y Antonia. Antes que el progenitor del Vaquilla, Rosa tuvo otro consorte, Miguel Ugal, con cuatro descendientes, hermanastros de Juan: Julián, Miguel, Antonio e Isabel.

El árbol genealógico de Juan José Moreno Cuenca es una compilación de muertes violentas. Tal como se relata en el capítulo dedicado a Bueno Latorre, su tío, Miguel Cuenca Martín, perdió la vida en un enfrentamiento con la Guardia Civil. Su padrastro, Antonio Moreno, falleció de una embolia sobrevenida en un atraco.

La otra pareja de su madre, Miguel Ugal, murió a tiros tras un atraco en L'Hospitalet; y tres de sus hijos acabaron de mala manera: Julián Ugal Cuenca, el Julián, al despeñarse cuando intentaba huir de una detención; Antonio, el Antonet, recibió varios disparos en un atraco en Girona; Miguel, el Carica, se estrelló en un coche durante una persecución tras otro robo.

A los nueve años Juan José ya conoció el reformatorio de Wad-Ras, del que se fugó. A las trece lo enviaron a la Modelo por robar coches, a pesar de que la edad penal era dieciséis. Allí coincidió con Juan Paredes Manot, alias Txiqui, militante de ETA fusilado el 27 de septiembre de 1975. Era uno de los cinco condenados a muerte esos días, junto con otro etarra y tres miembros del FRAP: las últimas ejecuciones del franquismo. Franco agonizaba y murió el 20 de noviembre de ese año.

Los presos políticos de la Modelo dieron a conocer la indignidad que suponía que un chaval de trece años estuviera en ese penal. Uno de ellos, uno de los que más se implicó, fue el periodista Josep Maria Huertas Clavería, encarcelado por un artículo que ofendió a los militares, que le facilitaba libros de la biblioteca. Años más tarde lamentaría la excesiva atención que los medios de comunicación habían prestado al Vaquilla sin reparar en que el personaje había devorado a Juan José Moreno Cuenca, la persona. Vivió de prisión en prisión, a la sombra de un mito, cometiendo delitos de segunda y protagonizando fugas y motines, en las cuales siempre aparecía como un líder, cosa que, sinceramente, dudo, a la vista de quienes eran los otros que siempre permanecían en segunda fila. Creo que de tanto estar entre rejas, tan solo sabía desenvolverse en un mundo organizado en celdas, porque cometió transgresiones absurdas que lo llevaron de nuevo a la cárcel, como, por ejemplo, cuando en 1994 se evadió a escasas semanas de cumplir su condena. Al final, murió de enfermedad el 19 de diciembre de 2003, en el hospital Germans Trias, de Badalona (Barcelona), a los cuarenta y dos años.

El currículum de Juan Moreno Cuenca no era de los más impactantes de su tiempo, comparado con el de otros delincuentes suburbiales coetáneos. Por ejemplo, la banda de Los Lateros, citada en otro capítulo, integrada por tres familias quinquis, perpetró más de cuarenta atracos y por lo menos tres asesinatos. Solo hace falta recordar a la propia familia del Vaquilla. Dos personas murieron durante el asalto protagonizado por el Carica en una joyería. Vamos a detenernos un momento en otro hermanastro, Julián Ugal Cuenca, el Julián (Barcelona, 1953; Madrid, 1986). Solo vivió treinta y tres años, pero dan para una película de Sam Peckinpah. Se integró en una de las primeras pandillas juveniles de los setenta, que actuaba con gran violencia. En ella encontramos otra ristra de apodos: el Rata, el Marino, el Carica, el Gordito, el Basura y el Rubi. El siguiente paso fueron los atracos y las fugas: se evadió de un furgón durante un traslado desmontando el inodoro y se marchó de la Modelo por las alcantarillas en la fuga de los cuarenta y cinco. Tras una de sus escapadas se fue a buscar a otro delincuente de poca enjundia, porque creía que se acostaba con una mujer que decía que era suya, lo encontró en un bar, lo mató de un tiro allí mismo y luego pidió al camarero que le sirviera una cerveza. Su última detención ocurrió en Terrassa: sorprendido por la Policía durante un robo, se refugió en un edificio. Cuando dos vecinos salieron a ver qué pasaba les disparó y los asesinó. Luego, se infligió una herida de bala en una pierna cuando fue arrestado, para evitar el enfrentamiento con los inspectores. El 13 de enero de 1986 intentó fugarse del Hospital Provincial de Madrid, donde fue llevado desde la penitenciaría, a la espera de una operación de corazón. A la vieja usanza, pretendió descolgarse anudando una sábana a la ventana, pero se despeñó y perdió la vida.

Todos sus compinches tuvieron una vida marcada por la violencia. Manuel López Peláez, alias el Rubi, es otro exponente. Autor de numerosos atracos y fugas de reformatorios y prisiones, incluso en Bélgica, donde también se dio a conocer, su cadáver fue encontrado el 3 de diciembre de 1983 en una calle de Barcelona. Lo habían torturado y colgado por los dedos. Dos de sus cómplices en otros

sucesos, el Basura y el Gordito, perpetraron un atraco en una joyería barcelonesa el 31 de enero de 1974, cuando eran casi adolescentes, y mataron al propietario del negocio de una manera absurda: tras hacerse con el botín sin resistencia y cuando ya se iban, el Gordito tropezó con la puerta metálica y se le disparó el arma, y el Basura, al oír la detonación, apretó instintivamente el gatillo de la escopeta de cañones recortados con que encañonaba a la víctima, dejándolo sin vida. Juzgados en la Audiencia de Barcelona, fueron condenados a muerte, pero el fallecimiento de Franco propició cambiar el garrote vil por la cárcel.

Queda claro que los delincuentes del extrarradio eran violentos. Los quinquis eran habitantes de barrios suburbiales, cuando no directamente de barracas, inmersos en una subcultura propia, sin esperanzas de lograr abandonar el círculo infernal en torno al cual daban vueltas continuamente y fueron arrasados por la heroína. Pero, como he dicho al principio de este libro, el reportero debe escuchar, que no es lo mismo que oír, ver, que no es igual que mirar, y también comprender, que no es equivalente a disculpar. No se puede hablar de los quinquis sin saber en qué mundo vivieron, porque así entenderemos que su conducta criminal también hundía sus raíces en la miseria, en la ausencia de oportunidades. Crecieron en arrabales, con la heroína campando a sus anchas, delinquiendo en unos momentos de gran inseguridad ciudadana y fueron frecuentes inquilinos de un sistema penitenciario saturado y que a duras penas era más que un agujero negro. Marginalidad, droga, delito y cárcel; esa era su biósfera.

Desde el final del franquismo hasta concluir los años ochenta del siglo xx, fueron los años de su mayor protagonismo. Tiempos de descubrimientos para los españoles. Empezamos a ver como normal la democracia, a pesar de sustos como el golpe de Estado de 1981, cuando la Guardia Civil irrumpió en el Congreso. Se atisbó un futuro, aunque la crisis económica encogía los bolsillos. Para que nos hagamos una idea, un hipoteca podía llevar aparejada intereses del diecisiete por ciento. A mediados de la década, el país ingresó en la

Unión Europea y ya fuimos parte de un continente en lugar de su apéndice. Aprendimos a convivir con el terrorismo para al final vencerlo mucho después, muchos muertos más tarde. Observamos desde nuestras casas cómo se desmembraba la Unión Soviética y caía el muro de Berlín y dos figuras simbolizaban la revolución conservadora: Ronald Reagan en los Estados Unidos y Margaret Thatcher en la Gran Bretaña.

Nos reíamos con los chistes de Eugenio, viajábamos en Talgo en lugar de AVE, llamábamos desde cabinas telefónicas y no con un móvil y los fans pedían autógrafos en vez de selfis. Hasta el final de la década, no había más canales en la pequeña pantalla que los dos de Televisión Española y las autonómicas, pero que nos llevaron a casa series que se convirtieron en mitos, como Miami Vice, que influyó hasta en la vestimenta de muchos policías que conocí; Tom Selleck era el detective guaperas de Hawái y los espectadores seguían con avidez las continuas desavenencias de la familia Ewing en Dallas. Íbamos al cine a ver sagas como las protagonizadas por Indiana Jones o la de La guerra de las galaxias, cuando no imaginábamos un futuro tenebroso en Blade Runner o Terminator. Leímos a García Márquez, Murakami, Isabel Allende, y un científico, Stephen Hawking, nos enseñó a comprender el universo. Numerosos estilos musicales compartían protagonismo y se oía desde Queen a Michael Jackson, desde Madonna a Tina Turner, desde Mecano a Serrat u Hombres G. La moda era ecléctica; convivían hombreras, lentejuelas, pantalones ajustados, minifaldas, medias, prendas muy ceñidas o muy holgadas. Los clientes de los bares tomaban bebidas que ahora nadie pide ni casi nadie conoce, como Calvados, Cointreau, Licor 43 o combinados con Peppermint o Granadina. Para el gin-tonic se usaban unas pocas marcas de ginebra, los vinos tenían que ser de la Rioja y la variedad de whiskies era limitada.

La crónica de sucesos vino marcada por la peligrosidad de los delincuentes y la inseguridad ciudadana, reflejada en películas españolas como Miedo a salir de noche. Ya hemos contado en otro capítulo el alto índice de atracos a bancos y joyerías. Además de la

llegada de delincuentes extranjeros de primer orden (mafiosos italianos o gánsteres marselleses), el ciudadano común y corriente tenía que llevarse el radiocasete cuando aparcaba el coche (había varias formas; la más común, extraerlo porque los automóviles ya estaban preparados para ello) para que no se lo agenciara el primer caco que pasara por ahí, y al ir a un cajero tenías que mirar si se te acercaba alguien para arrebatarte tu dinero, incluso poniéndote una jeringuilla en el cuello y diciéndote que estaba infectada de sida. Muchos tienen sus historias sobre el particular. Este que suscribe se encontró una noche al salir de una discoteca su modesto Renault 8 montado sobre ladrillos porque me habían birlado las ruedas. Sin embargo, tampoco hay que pensar que Barcelona era una ciudad sin ley. Había problemas que ahora no sufrimos, hay otros diferentes, pero convivíamos con ellos y mirábamos hacia adelante, se vivía bien y había la esperanza de mejorar.

Se vivía bien, pero no todo el mundo. Las grandes ciudades fueron el paisaje natural de los quinquis, como Madrid o Barcelona. El desarrollismo de finales del franquismo produjo una emigración masiva del campo a la ciudad en busca de oportunidades en la construcción, la industria o los servicios. Un río humano reflejado en las estadísticas oficiales. Entre 1940 y 1970, al área metropolitana de Barcelona llegaron un millón y medio de inmigrantes. En los años sesenta, la ciudad acogió hasta cuarenta y cinco mil personas al año. Esto desembocó en realidades ingratas: no había trabajo para todos y, mucho menos, vivienda. La presión demográfica provocó reacciones oficiales radicales e injustas. Entre 1948 y 1957, la Policía esperaba a que los emigrantes bajasen del tren y, si no tenían casa o familia en la ciudad, los llevaban al Palacio de las Misiones en Montjuïc (un pabellón levantado para la Exposición del 29 y hoy unos jardines, los de Joan Maragall), y al poco tiempo los subían de nuevo al tren para devolverlos a sus lugares de origen, normalmente con poca fortuna, pues el hambre aprieta más que el miedo y aquellos desdichados dejaban los vagones a la primera oportunidad que tenían y regresaban de la manera que fuese a la ciudad. Esos trenes de la emigración tenían nombres propios: el Sevillano, que

venía desde Andalucía; el Shanghái, de Galicia, o el Botejara, de Extremadura.

Aquellas gentes se acomodaban donde podían, como en barracas. Existían barrios enteros de construcciones precarias. A finales de los sesenta había censadas unas veinte mil. En la geografía barcelonesa quedaron para siempre nombres como Somorrostro, la patria de Carmen Amaya, Camp de la Bota, de infausto recuerdo por ser escenario de fusilamientos, Can Valero, Can Tunis o la Perona, bautizado en honor de la visita de Eva Perón a la urbe. Fotógrafos preocupados por la situación social recogieron impresionantes imágenes en sus cámaras: calles embarradas, edificaciones hechas de cualquier manera, ausencia de cloacas, falta de luz y enfermedades propias de la pobreza. La memoria de estos sitios se ha recuperado también en documentales y libros. Hay que ser justos: estos barrios no eran nidos de delincuencia, la mayor parte de la gente buscaba un futuro mejor trabajando como locos. Entre ellos había mucha solidaridad y también han quedado fotografías de las fiestas que celebraban en las calles, en comunidad, bodas, comuniones, con participación de todos los vecinos. Hay relatos extraordinarios de supervivencia y superación. Tanto contemplar arquetipos del mal, veamos el lado opuesto. Ángel Velasco nació en Can Valero, un barrio de chabolas de la montaña de Montjuïc, muy cerca del Estadi Olímpic, en el que llegaron a vivir veinte mil personas en seis mil edificaciones precarias. A los ocho años se quedó huérfano de padre y su madre sostenía a la familia trabajando como cocinera. Muy joven se empleó con su hermano como aprendiz en una conocida pastelería de la ciudad. Cuando murió de cáncer el 10 de septiembre de 2022, a los setenta y tres años, era el propietario de Chocolates Jolonch, de Torrons Vicens y de una fábrica de bombones. Lo conocí en octubre de 2018, durante una fiesta en recuerdo del barrio, y también a su vecino Juan, que se hizo constructor, o a Paco, que fue guardia urbano y terminó dirigiendo un concesionario de automóviles. Las dos caras de la moneda. Dos realidades chocaban en pocos metros. Una, la del deseo de prosperar; otra, la del rencor social y el robo como manera

de buscarse el sustento. La primera merece admiración; la otra, reproche, pero también dosis de comprensión. Si hemos de ser justos, la segunda era minoritaria.

La pregunta del millón es por qué unos optaron por la mala vida mientras otros se abrían camino a golpe de horas de trabajo. La respuesta está en el peso que tiene la familia, el legado de un maestro o el ascendente de una figura decisiva para mirar al futuro. Con los quinquis, mejor dicho, con el delincuente de extrarradio, no ocurría así. Desde niños fueron empujados al delito. Venían de familias muy desestructuradas, con experiencias muy traumáticas desde la infancia, con un gran vacío existencial. Vivían en otro planeta, con otras normas, con unas leyes de la calle que no tenían nada que ver con quienes moraban a unos pocos kilómetros de ellos, en avenidas asfaltadas y con desagües. Según me contaron policías veteranos, al Vaquilla le obligaron a buscarse la vida desde sus primeros años, a salir a robar. Valga este ejemplo, que me relató un profesor de un colegio del extrarradio barcelonés: un día se encontró por la calle con la madre de un chico al que habían expulsado del centro debido a sus continuas peleas con otros compañeros y la perpetración de pequeños delitos. Cuando le preguntó cómo le iba al chaval, la respuesta de la madre —que para más inri trabajaba limpiando una iglesia— lo dejó estupefacto:

—¡Muy bien! Ahora está en una banda organizada y me da el cuarenta por ciento de lo que roba.

Durante años, otros barrios fueron levantados para acomodar a los chabolistas, como La Mina; sucesiones de altos edificios sin alma, colmenas humanas. Recuerdo el caso de un niño de un sitio así que mató a una chica clavándole el limpiaparabrisas que había arrancado de un coche porque no le dio un cigarrillo. Fui a ver el lugar. La calle donde vivía el chaval discurría bajo de un nudo de carreteras que pasaban junto a las ventanas de los inmuebles y los chiquillos jugaban en aceras donde el sol llegaba con cuentagotas. Un terreno difícil de abonar con esperanza para que brotara la alegría. No

solamente en barracas anidaba la marginalidad, también en otros lugares deshumanizados. Allí los chicos del suburbio crecían en ese mundo incomprensible para el resto de los mortales, con otra realidad. En un colegio de una zona como esta, en el inicio de curso, los profesores pidieron a los alumnos que rellenaran un cuestionario con sus datos esenciales: nombre, dirección, ocupación de la familia. Varios contestaron que el padre era camello y la madre prostituta. Los docentes, al principio, creyeron que era un desafío a su autoridad, pero luego verificaron que las respuestas eran sinceras: el padre traficaba con drogas y la madre vendía servicios sexuales. Ellos lo aceptaban con naturalidad, como si fueran oficios equiparables a lampista, mecánico o conductor de autobús. Ese era su universo. Otro ejemplo recogido en un instituto de un barrio similar: durante unos días, un menor faltó a clase porque lo habían detenido por robar una moto. Cuando regresó al aula, su tutora fue hacia él y le pidió, con buenas palabras, que cambiara de actitud, que reflexionara porque si seguía así su futuro sería una pesadilla. El chico, alto y fuerte, se levantó de su silla y sin ninguna violencia, sin ninguna agresividad, le puso la mano en el hombro a la docente y le dijo:

—Profa, no se ofenda, pero usted no sabe nada de la vida.

La maestra pensó que muy probablemente él tenía razón y que ella no sabía nada del mundo en que sobrevivía su alumno.

El 7 de noviembre de 1990, con los Juegos Olímpicos a la vuelta de la esquina, el alcalde Pasqual Maragall presenció el derribo del último núcleo de chabolas de la ciudad, llamado Francisco Alegre, en el Carmel. Aquel día, Maragall declaró: «No creo en la erradicación total del barraquismo porque siempre puede haber causas sociales que lo hagan volver. El ayuntamiento debe estar atento si eso ocurre». Cuánta razón tenía: un censo de 2019 reflejaba otra vez la existencia de quinientas treinta y seis viviendas precarias en setenta y siete asentamientos en Barcelona, usadas por inmigrantes sin documentos, sin techo y familias desahuciadas.

En lugares como Somorrostro, Vallbona o La Mina nacieron y se criaron los quinquis, los chicos del suburbio, pero crecieron a la sombra de las cárceles. La falta de libertad siempre es horrible, pero, en los ochenta, las prisiones eran agujeros negros de la sociedad. Los vi en ellas. La primera vez que visité la Modelo fue a principios de la década, con un fiscal. Me viene a la memoria que al entrar en una galería, los internos quemaban los muelles de los somieres con metal ardiente para matar a los chinches. Era un edificio que simplemente amontonaba seres humanos: hasta seis se hacinaban en celdas para dos. Ideada a principios del siglo xx para albergar a ochocientos veinte internos, a principios del xxi había allí más de dos mil. Reinsertar sonaba a broma trágica. «Era una selva», me contó el atracador que reorientó su vida, Dani el Rojo, «si te tratan como un animal, te conviertes en un animal. Fuera todo es de colores, dentro es gris». Había bandas, abusos sexuales entre los internos, peleas sangrientas o asesinatos. La muerte podía ser tu compañero de celda. Solo en 1983, dieciséis reclusos expiraron entre sus paredes; la mitad por agresiones, una cuarta parte se suicidaron y solo la otra cuarta parte dejaron este mundo por causas naturales. Ejemplo de un suceso ocurrido: el 17 de octubre de 1982, cuatro presos encapuchados entraron en la galería donde estaba un delincuente apodado el Pelón y lo asesinaron a puñaladas. Era un joven de diecinueve años, asiduo del sistema penitenciario y que ya había estado ocho veces en la Modelo, donde esperaba juicio por haber dado muerte al propietario de un supermercado durante un atraco.

Los incidentes eran habituales y los motines, recurrentes. Como el ocurrido el 13 de abril de 1984, cuando un centenar de internos de la quinta galería secuestraron a cuatro funcionarios y solicitaron droga y dar publicidad a un confuso manifiesto para liberarlos; siempre creí que el objetivo final era más la heroína que la proclama. Como líder se presentaba al Vaquilla. También exigieron que se les permitiera ser entrevistados por la Cadena SER, porque su programa favorito, el que oían cada noche, era El loco de la colina, de Jesús Quintero. En aquel momento yo era el redactor de sucesos y

tribunales de Radio Barcelona y con Rafael Manzano, más veterano y con más oficio, accedimos a cambiarnos por dos de los funcionarios secuestrados. Entramos en la galería con el abogado de Moreno Cuenca, José Sáinz Vila, hoy fallecido; yo, que era un pipiolo de veinticuatro años, iba el último y jamás he olvidado lo primero que vi, a un funcionario de pie, en medio del pasillo, sujetado por un preso encapuchado que tenía un enorme pincho apoyado en la garganta del rehén, como me quedó grabado en la mente el ruido metálico de la puerta al cerrarse y ser consciente de que no podía irme cuando me diera la gana. Menos mal que estaba Rafa para transmitir, yo me quedé sin palabras durante una hora.

Delante nuestro, los presos empezaron a inyectarse droga y Rafael y yo temimos que alguno sufriera una sobredosis y que una muerte desencadenara violencia. No ocurrió. La galería estaba ocupada por los presos peligrosos, sobre todo esos delincuentes suburbiales, conocidos por sus apodos, como el Pecas o el Chocolate. Casualmente, semanas antes estaba con un inspector de Policía cuando lo visitó un confidente, con un aparatoso vendaje en el cuello: le contó que el Pecas le había intentado rajar la garganta.

El motín acabó sin daños personales. La droga y la entrevista calmaron a los revoltosos y Rafa y yo nos fuimos horas después, pero tardé días en sentir que ya no olía a prisión: a la mezcla de desinfectante, miseria humana y sudor que en realidad es el olor de la desesperación. El olor que era el que respiraban ellos día tras día. El Vaquilla fue condenado y considerado el líder del tumulto. Yo nunca lo he creído, visto quiénes eran sus compañeros de algarada. Creo que, otra vez, el personaje se impuso a la persona y no le importó reforzar su mito. Sinceramente, aquel día no temí ni por un momento que él fuera a hacerme algo; de los otros no estaba tan seguro.

En la cárcel, aquellos chicos del suburbio nunca aprendieron nada, más que a asociarse con otros delincuentes, a perfeccionar sus dotes de forajidos o a endurecer aún más su carácter. No fue una

buena escuela. «Dicen que aquí nos reformamos, pero de aquí salimos con ganas de robar», declaró uno de estos chavales en un programa de televisión. «Sales con ansia de venganza», definió otro. La cárcel era la casa de los hombres sin sonrisa, porque difícilmente te cruzabas con un interno que luciera una en la cara, porque esos eran edificios que acumulaban historias personales de derrotas.

Aquellos quinquis han desaparecido, recibiendo el golpe de gracia por la irrupción de la heroína. En los ochenta, el caballo entró a galope en la sociedad, causando decenas de sobredosis mortales y un incremento de los delitos causados por el síndrome de abstinencia. La heroína lo cambió todo, trajo muerte y violencia. Ellos la consumían para anestesiarse, para olvidar su realidad y ganar dinero, de paso, con su comercio. Muchos murieron por ese asesino blanco que se inyectaban en las venas. Quizás el caso que mejor puede describir lo que digo es este, que es real y no una fábula: a finales de enero de 1983, dos hermanos intentaron atracar una caja de ahorros en la provincia de Barcelona. El mayor, de treinta y dos años, trazó el plan, que pasaba por secuestrar a la esposa del director de la oficina. El menor, de veintiocho, lo esperaba ante la sucursal. Primer dato sorprendente: el mayor era profesor de literatura en la universidad y el segundo, médico. No eran marginales, sino hijos de una buena familia. Sorprendidos en pleno delito, fueron arrestados en posesión de sendos revólveres del calibre 38. Ambos confesaron la causa por la cual se decidieron a asaltar un banco: eran toxicómanos y estaban enganchados a la heroína. El menor, con una condena más baja por ser simplemente cómplice, dejó la cárcel a finales de 1986 y se dedicó como facultativo a tratar a otros drogadictos. El 19 de julio de 1987 fue encontrado en el piso adonde había ido para pincharse: falleció a los treinta y tres años de una sobredosis.

Alguien dijo que cada época de la historia de España necesita un torero y un delincuente para definirse. En los ochenta, los quinquis jugaron ese papel. Hasta crearon una subcultura. Hubo un cine quinqui, firmado casi todo por los directores Ignacio F. Iquino, José

Antonio de la Loma y Eloy de la Iglesia. Protagonizado por los propios delincuentes, se hicieron famosas películas como las dos de Perros callejeros, su versión femenina en Perras callejeras o Deprisa, deprisa, El pico, La estanquera de Vallecas, Navajeros, Yo, el Vaquilla o Los últimos golpes del Torete. También hubo una música, un tipo de rumba dedicada a ellos, cantada por grupos como Rumba Tres, Los Chunguitos, El Pelos o Tony el Gitano, quien grabó más de veinte discos y obtuvo ventas importantes. Sus letras eran crónicas sociales, como la canción «Soy un yonqui», con estos versos:

Yo soy un yonki,

no puedo negarlo,

me gusta la papela

y ese polvo blanco.

Maldita droga,

maldita droga, me tiene loco.

No tengo alegría ni sueño tampoco,

me falta el trabajo y la heroína,

malditas palabras que arruinan vidas.

De Los Chunguitos es «Yo soy un perro callejero», que dice:

Soy un perro callejero

y yo digo qué más da,

vivo solo y como puedo,

soy muy duro de pelar.

Estos delincuentes del extrarradio incluso acuñaron una jerga propia, con palabras como alpiste (bebida alcohólica), angustiao (preso), dar bola (conseguir la libertad), cacharra (arma de fuego), canuto o peta (cigarrillo de hachís), chabolo (celda), farlopa o perico (cocaína), madero (policía), pulguero (cama, catre) o talego (prisión).

Los chicos del suburbio lucían largas cabelleras, pantalones ajustados, camisas abiertas, cadenas en el pecho y nomeolvides en las muñecas. Tenían fijación por robar coches, algo que no podían ni soñar comprar, y con ellos arrebataban bolsos de un tirón o huían tras sus atracos. Los vecinos de sus barrios los contemplaban girando en redondo con los vehículos en calles polvorientas. Al Vaquilla le gustaba el Seat 1430, rápido y con mucho reprise, y se hizo famoso por hacerse con ellos desde niño y huir a toda pastilla de la Policía, conduciendo sobre cojines o con ladrillos atados a los pies, pues todavía era tan bajito que o no veía o no llegaba a los pedales.

No eran gente recomendable para pasar la tarde con ellos. Forjaron sus propias normas y se guardaban lealtad. No eran personalidades frías, había fuertes vínculos entre ellos, casi como soldados. Como adolescentes, era el momento de construir sus identidades, pero lo hicieron con preceptos equivocados, en el grupo, donde eran alguien y reconocidos hasta por la Policía. Hijos de familias desarboladas, la muerte no les preocupaba y asumían grandes riesgos como forma de ponerse a prueba. Envidiaban lo que poseían otros, por eso se lo quitaban: si ellos no eran felices, que los otros tampoco lo fueran. Eran violentos y carentes de escrúpulos, pero uno se pregunta qué

rumbo hubiera tomado su vida de haberse criado en el mismo lugar y en las mismas condiciones que el Lute, el Vaquilla o el Torete.

«Caminito de la obra» está dedicada a esos trabajadores de la construcción que de sol a sol estaban en el andamio, pero me los recuerda:

Vale que donde no hay suerte ni calé,

vale que no hay Dios que encuentre el norte

si no le salva un catorce.

Vale que tienen agujetas en su alma robinada

y que mañana su historia no habrá cambiado en nada.

Ellos ya no existen. Tuvieron vidas fugaces y adrenalínicas. Los chicos del suburbio no tenían un futuro, ni siquiera existía el mañana. El futuro era el ahora. Hoy ya no son más que letras en un papel: la canción de los perdedores. Sombras en el desván de los pasos perdidos.

UNA HERENCIA PINTADA EN LA PARED

Ya se han acabado los crímenes, pero me queda memoria por recuperar. He contado que los hijos de los periodistas heredamos historias, como la del Mula, revivida gracias a una foto encontrada en un cajón. La ilustración de la portada también forma parte del legado, a veces inmaterial, que recibí.

Mis padres, Manuel y Haydée, se conocieron en la redacción del diario La Prensa; el vespertino de los periódicos del Movimiento en Barcelona. Él, del popular barrio del Poble-sec, un hombre de origen muy humilde, sin fortuna, labrando una carrera como periodista. Ella, de la antigua villa de Gràcia, amante de la ópera, de una familia que había perdido la mayoría del patrimonio amasado por un abuelo arquitecto, ejercía de traductora de alemán y correctora. Su procedencia social era antagónica, hasta el punto de que un día un colega le preguntó a mi madre qué veía en ese tipo pobretón, delgado y largirucho que la cortejaba, y ella, de respuestas aceradas y lengua con poco freno, contestó que su dinero, poniendo punto final al estúpido debate. El director del diario era Antonio Sánchez Gómez, que creó ¡Hola!, revista en la que colaboró Haydée en diversas tareas, incluso escribiendo algunas notas con el seudónimo de Blanca Alba, pero eso es otra historia.

Mis padres coincidieron en La Prensa con Fernando Piñana, dibujante, pintor, ilustrador, autor de carteles de cine y de decorados para espectáculos. Piñana (Barcelona, 1911; Fuengirola, Málaga, 1975) era un hombre simpático y bohemio y conservo en mi casa un cuadro suyo que me fascina, una escena de flamenco sobre un fondo rojo. A Piñana se le ocurrió alegrar la sala de redacción pintando en las paredes alegorías sobre el trabajo de los redactores y así lo hizo, creando un ambiente especial, distinto al de cualquier

otro periódico. Tras la mesa de mi padre estaba la escena que hoy es la portada de Los crímenes de los pasos perdidos.

Sé de este dibujo por fotografías antiguas, porque ya no existe. Un directivo de sensibilidad desconocida ordenó años después repintar las paredes de un verde horroroso, haciendo desaparecer la obra de Piñana. ¿O quizás permanece bajo la capa de brocha gorda? Quién sabe. Yo conocí el edificio donde estaba el diario, que aún se levanta en la calle Consell de Cent esquina Villarroel, y vi aquella sala verde, monótona, donde solo había sobrevivido la cabeza de un Cristo donde antes se ubicó la mesa del redactor jefe.

Una herencia pintada en la pared.

AGRADECIMIENTOS

Muchas personas me han ayudado a recomponer los relatos que componen este libro. A algunos no les importaría que los citara, pero a otros sí y así me lo han hecho saber, por lo cual no mencionaré a ninguno. De todas maneras, que sepan que les estoy agradecido a todos: ellos son también parte de los crímenes de los pasos perdidos. Gracias por la atención, por su amabilidad y por compartir sus recuerdos conmigo.



INFORMACIÓN PARA CLUBS DE LECTURA

Querido lector, nos tomamos la libertad de tutearte porque tienes entre tus manos uno de nuestros libros y, por tanto, ahora tú también eres ya miembro de Alrevés.

Y, como tal, queremos comentarte que, pensando en el placer que supone la lectura compartida, hemos añadido una pestaña en nuestra web (www.alreveseditorial.com) donde encontrarás la ficha de lectura de este libro, por si sintieras el irrefrenable deseo de intercambiar tus impresiones sobre él en un club de lectura. Allí encontrarás también nuestros contactos para facilitar la participación de nuestros autores en las charlas, recibir información, organizar actividades, etc.

Te estaremos muy agradecidos si difundes esta iniciativa porque, como dijo un gran sabio a quien conocimos bien, leer nos salva del olvido.

«Sobre este escritorio y sobre la mesilla de noche había siempre novelas baratas de misterio (…) Yo las devoraba por las noches, cuando los rostros de los muertos se me aparecían para ahuyentar el sueño y las preguntas se encadenaban unas con otras para tramar una red en la que me quedaba atrapado. Entonces, aquellas noveluchas me ayudaban a no pensar. Si algo echo de menos es precisamente eso: poder comprar cien páginas de olvido por solo un duro.»

ALEXIS RAVELO,

Los días de mercurio

Table of Contents

Cubierta

Santiago Tarín

Los crímenes de los pasos perdidos

Título

Créditos

Dedicatoria

Introducción: Los pasos perdidos

Pena de muerte, pena de vida

El famoso delincuente de Mataró que nunca existió

La fuga interminable

El jubilado invisible

A los extraterrestres no les gustan los dientes

El mal y los locos morales

Belleza entre las sombras

Predicciones con trampa

El poeta del cheque

¿Dónde está el paraíso?

Tres historias entre el humor y la toga

Tres historias sobre la miseria y la desdicha

Nadie llorará tu nombre

Una medalla en el Carnaval de Venecia

El sueño y las cenizas

Los chicos del suburbio no tienen mañana

Epílogo: Una herencia pintada en la pared

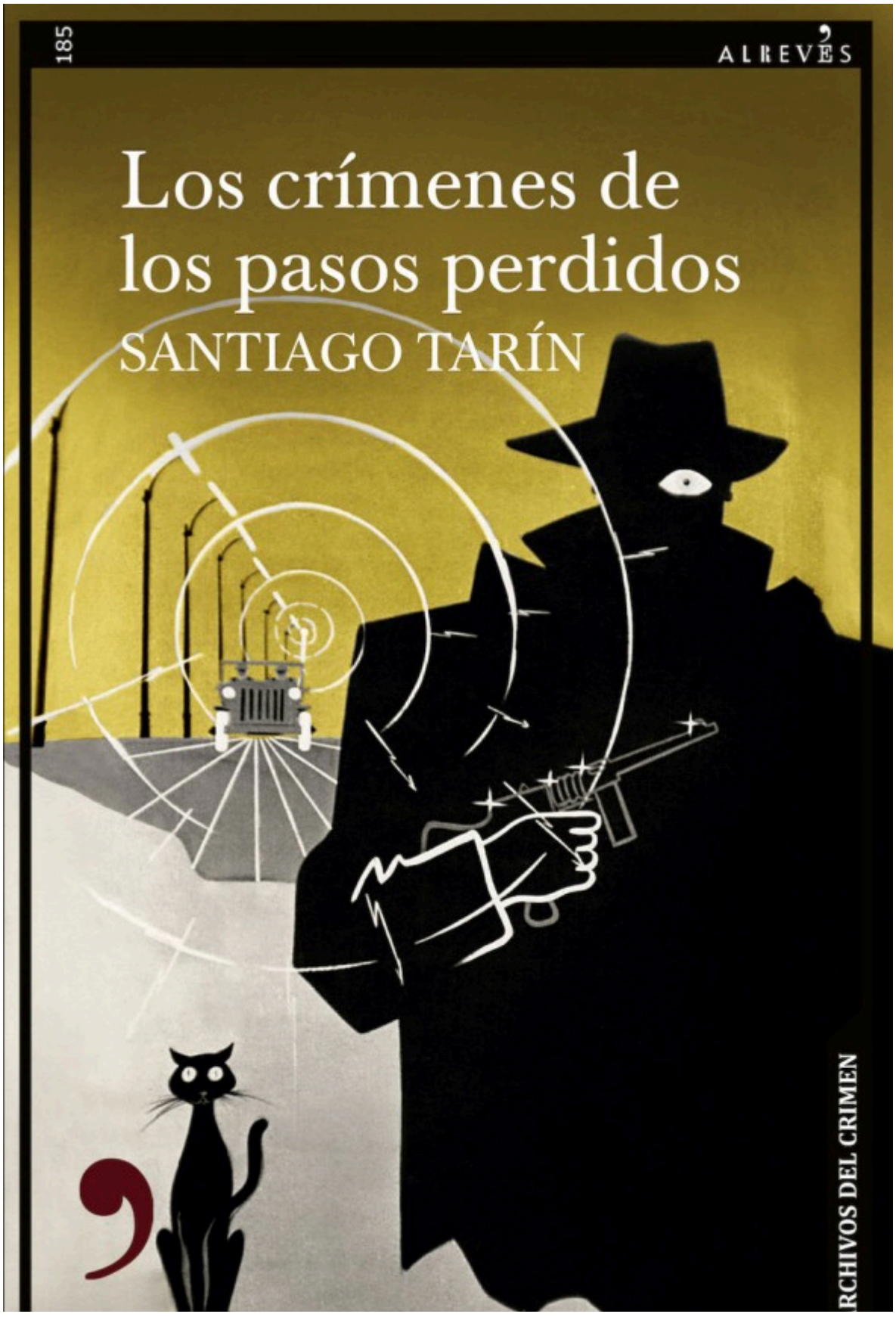
Agradecimientos

Información para clubs de lectura

Guide

Cubierta

Título


185
ALREVÉS
Los crímenes de los pasos perdidos
SANTIAGO TARÍN
RCHIVOS DEL CRIMEN

